

A close-up portrait of a woman's face. Her skin is cracked and has a greyish, textured appearance, suggesting decay or a supernatural condition. A sharp, metallic knife blade is held horizontally across her face, just above her eye. Her eyes are a pale, yellowish-green color. The lighting is dramatic, highlighting the texture of her skin and the sharp edge of the knife.

Teresa Ortiz-Tagle

Javier Cosnava

**EL ASESINO DE
ALCASSER
(Y LA NAVAJA DE OCCAM)**

Antonio Anglés, el supuesto asesino de las niñas de Alcasser, ha sido finalmente detenido tras casi treinta años de fuga. Pero los misterios en torno al caso no han hecho más que comenzar.

Una novela protagonizada por dos mujeres, la periodista Gloria Goldar y la forense Alessandra Campi... y por el propio Antonio Anglés.

Un thriller fascinante, clarificador y cuyo final pocos podrán anticipar.

Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

EL ASESINO DE ALCASSER

(Y la navaja de Occam)



Tercera edición digital: mayo, 2019

Título original: *El asesino de Alcasser (y la navaja de Occam)*

© 2018 Javier Cosnava (AKA Javier Navarro Costa)

© 2018 Teresa Ortiz-Tagle (Sofía Espinosa Alonso)

Portada: fotografía libre de los derechos de autor bajo Creative Commons CC0.

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

La explosión de ira se produjo activada por los tres ataúdes que contenían los cuerpos sin vida de Miriam, Toñi y Desirée.

El pueblo clamó justicia, aunque en realidad exigía venganza; y pidió, claro, un castigo adecuado para los culpables.

(El País, Crónica Negra)

PRÓLOGO

UN DÍA CUALQUIERA

Era un día cualquiera, un día triste y anodino de julio en Madrid. No podía imaginar que estaba a punto de revivir la peor de mis pesadillas, o que el destino había decidido incluso componer nuevas pesadillas, de raras formas, que me perseguirían durante años en mis sueños.

En aquel día cualquiera, en aquella velada monótona que no presagiaba cambios y aún menos la mano negra de ese destino cruel, Rubén depositó su famoso arroz con leche casero sobre la mesa. Me guiñó un ojo. Nuestras cenas siempre concluían con su arroz con leche, con una masa pastosa que tres años atrás me había parecido una delicia con finos aromas de canela, pero que ahora, acaso por comerla tan a menudo, se había convertido también en hastío, en un mar de repeticiones, como nuestra relación.

– Pareces triste – dijo Rubén, dando un bocado a la masa pastosa.

En la televisión emitían un documental sobre Fred West, el asesino en serie que, ayudado por su esposa, mató a doce mujeres y las emparedó en diferentes muros y estancias de su casa. A menudo, por deformación profesional seguramente, veía aquellos programas. Aunque fueran escabrosos, me ayudaban a entender la mente de ciertos criminales. Yo tenía los ojos clavados en la emisión, pero esta vez no prestaba atención al programa. Tenía la cabeza en otra parte. Y Rubén se había dado cuenta.

– Estoy abstraída en mis cosas. Hemos tenido mucho trabajo últimamente.

Pero esto último no era verdad. En la Asociación Egeria teníamos mucho trabajo, pero como siempre. Ni más ni menos. Ayudábamos a mujeres sin recursos en casos laborales o penales, asesorábamos a muchas otras en mil temas y nuestra labor social se extendía por toda la península. Luchábamos contra la violencia de género, la discriminación de la mujer e incluso perseguíamos injusticias procesales como en el caso de feminicidas que habían quedado impunes. También nos personábamos como acusación particular cuando la situación lo requería o investigábamos casos sin resolver como el de las ocho chicas que habían desaparecido en Badalona unos años atrás.

– ¿No estarás pensando en las Ocho de Badalona? Me dijiste que dejarías de lado esa obsesión, Gloria.

Aquel caso me había desquiciado por completo durante una década al menos. Tal vez por eso había decidido poner el documental sobre Fred West, tratando de discernir qué tipo de monstruo se las habría llevado. ¿Un hombre de aspecto corriente, con esposa e hijos? Nadie lo sabía. Luchando a brazo partido por encontrar al culpable llegué a la cúpula de la asociación y finalmente a presidirla seis meses atrás. A pesar de que nunca se efectuó ni una sola detención y aquellas ocho chicas seguían desaparecidas.

– Para nada. Todo eso quedó atrás –mentí.

– Pues entonces...

Mi novio dio una gran cucharada a la masa pastosa y su lengua se tiñó de blanco con tropezones. Aún no los había tragado del todo cuando añadió:

– Pues entonces supongo que aún estáis con lo de Inglés.

Se hizo el silencio. Dejé la cucharilla sobre la mesa manchando el tapete. Miré directamente a Rubén con expresión hosca:

– ¿Por qué dices eso?

– No lo sé. Todo el mundo habla de Antonio Inglés últimamente.

Fruncí los labios. Tenía razón pero de alguna forma no la tenía. Todo el mundo habló en su día de Inglés cuando por fin se detuvo al asesino de las niñas de Alcasser en Barcelona. También cuando se le condenó a solo diez años por tenencia ilícita de armas y otros delitos menores. Los asesinatos habían prescrito y se le impuso una pena durísima por unos cargos que a cualquier otro no le habrían ni siquiera llevado a la cárcel. Se le estaba condenando en parte por aquellos crímenes a los que la justicia ya no alcanzaba, eso lo sabíamos todos. Sin embargo, cuando realmente se comenzó a hablar de Inglés fue cuando cumplió los seis primeros años de condena y pudo optar al tercer grado. Cuando tiempo atrás alcanzó el segundo grado, después de superar la cuarta parte del tiempo que estipulaba la sentencia, era evidente que no obtendría beneficios penitenciarios. Cualquier juez se escudaría en la alarma social que provocaría el que Inglés saliese a la calle de permiso. Pero ahora que podía pedir el tercer grado las cosas cambiaban. Todo el mundo odiaba la posibilidad de verlo de nuevo en la calle, un asesino, torturador y violador de tres niñas de 14 y 15 años. Nadie quería que aquello pasase. Pero iba pasar. Inevitablemente.

– No te creas –repuse–. La gente está harta pero también un poco resignada. Lo hemos intentado todo, incluso la fiscalía del Estado ha probado con todas las triquiñuelas legales posibles e imaginables. Pero no podemos evitar que salga a la calle, no cuando se le condenó por naderías. Pronto volverá a ser un hombre libre mal que nos pese a todos.

– Tú te criaste en Alcasser y conociste personalmente a las tres chicas. Supongo que te debe doler más que a la mayoría.

Miré a Rubén con un gesto renovadamente hosco. Él sonreía, con un estúpido grano de arroz colgándole del labio inferior. A veces me preguntaba por qué llevaba tres años conviviendo con él. Era cariñoso, era dulce y yo estaba un poco harta de los tíos cabrones que en el pasado habían poblado mi vida. Pero tal vez merecía algo más. Alguien cuya conversación no me enervase y que no estuviese tan satisfecho de cómo le quedaba el arroz con leche.

– Sí. Soy de Alcasser. Y sí, a mí me duele más que a la mayoría y por eso hice cuanto pude para que le condenasen a una larga pena. Mi asociación se presentó como acusación particular, di ruedas de prensa y traté de presionar a la opinión pública para que nadie aceptase una pena menor para Anglés. Pero le cayó la pena más alta que permitía el código penal y ahora saldrá a la calle. A largo plazo, mi esfuerzo no ha servido de nada, así que preferiría que no me lo recordases.

Rubén seguía sonriendo. Era moreno, no muy alto, llevaba unas trenzas rastas muy bien cuidadas y vestía de una manera informal, como si fuese un artista y no un ingeniero industrial de cierto prestigio. A veces pensaba que no se tomaba la vida en serio. Otras, todo lo contrario.

– Eres una gran abogada y una célebre periodista de investigación. ¡La gran Gloria Goldar! Recuerdo bien cuando tu cara salía a toda página en las revistas, mucho antes de conocerte en persona. No deberías haber dejado de hacer artículos ni tu trabajo en el bufete... todo para dirigir la Asociación Egeria. Tú misma me has dicho muchas veces que cobras la mitad que antes y...

– Eso ya lo hemos hablado, en efecto –le interrumpí–. Cobro la mitad pero soy más feliz. Creo que también te lo dije.

Comenzaba a estar a la defensiva, y no solo por el arroz con leche. Aquella conversación me sacaba de quicio.

– Yo no te veo más feliz sino siempre preocupada por alguna injusticia, aquí y allá. Nunca se detienen. Egeria siempre tiene más obligaciones que personal. No hay día que no aparezca un violador, un asesino o un...

– Soy más feliz, Rubén. Soy más feliz sobre todo cuando no estoy hablando de estas cosas contigo – le interrumpí por segunda vez.

Mi novio (seguramente pronto ex novio) recogió aquel maldito grano de arroz de su labio y se quedó mirando su dedo anular un par de segundos, antes de decir:

– A este arroz con leche le falta canela.

– A este arroz con leche le sobra arroz con leche.

– ¿Cómo?

– Estoy harta de tu jodido arroz con leche.

Rubén ya no sonreía. No estaba enojado, ya que él jamás se enfadaba. Parecía más que nada sorprendido:

– Creí que te encantaba mi arroz con leche.

– Me encantó las primeras mil veces que lo probé. Las segundas mil veces comencé a cansarme y actualmente preferiría estar comiendo un puñado de alfalfa.

Le miré directamente a los ojos y percibí que sonreía de nuevo.

– Estás algo mosqueada. Lo entiendo. No debería haber sacado el tema de las niñas ni de Inglés.

– Con tu inteligencia y tu capacidad para saber lo que piensan los demás, no entiendo cómo no estudiaste para psicólogo en lugar de hacerte ingeniero industrial y trabajar para una multinacional como FSY Electronics.

Rubén soltó una carcajada y vi volar cerca de mi cabeza una pequeña bola de cañón formada por trozos medio digeridos de arroz con leche. Volví a preguntarme qué hacía allí, con aquel hombre, teniendo aquella conversación cuando podría estar sola, comiendo otra cosa y no hablando de absolutamente nada con nadie.

– Mira que eres mala cuando quieres, Gloria – dijo, alargando su brazo y acariciándome la mejilla –. Por eso me gustas tanto, porque siempre tienes una

frase irónica a punto y eso me encant...

Esta vez no interrumpió al gran chef del arroz con leche ninguna de mis invectivas sino el sonido del teléfono. No eran nuestros móviles sino el teléfono fijo. Esto era muy extraño. De hecho, alguna vez había pensado en darlo de baja y solo lo mantenía porque formaba parte del pack que pagaba a mi compañía de teléfono, junto a los móviles y la televisión digital. Cuando sonaba era siempre una llamada de trabajo, de FSY Electronics o de la Asociación Egeria. Sin embargo, en esta ocasión no era ninguna de esas dos posibilidades que yo estaba manejando, sino una tercera que cambiaría para siempre mi vida y convertiría aquel momento anodino de mi existencia en el más extraordinario y a la vez más terrible de cuantos había vivido hasta entonces.

– Supongo que me está gastando una broma – estaba diciéndole Rubén a su interlocutor al otro lado de la línea.

Y luego, tras un instante en el que escuchó el sonido del auricular con gesto de estupefacción, añadió:

– Ahora le pongo con ella. Sí. Está aquí.

Me levanté de la mesa contenta de dejar atrás el arroz con leche. Según me acercaba Rubén alzó el teléfono y me lo entregó mientras me susurraba al oído:

– Qué casualidad más siniestra. No te lo vas a creer. Dice que es el abogado de Antonio Inglés y que quiere hablar contigo antes de pedir el tercer grado.

Informe "Caso Alcasser"



(1992. UN CASO MEDIÁTICO)

LOS HECHOS PROBADOS

Un viernes 13 de noviembre de 1992, Miriam, Desirée y Toñi, tres chicas de 14 y 15 años, salen de sus casas en Alcasser, una localidad valenciana de menos de 10 mil habitantes. Son amigas y juntas van camino de la discoteca Coolor, en la vecina localidad de Picassent.

No llegarán a su destino.

LA VERDAD JUDICIAL

Nos hallamos ante tal vez el caso más mediático de la historia del crimen en España. ¿Tamaño trascendencia influiría en el rumbo de la investigación? ¿Antonio Anglés y Miguel Ricart fueron realmente los culpables? Jueces y fiscales intentaron dar respuesta a esta última cuestión.

LAS DUDAS

Una jauría de medios de comunicación se encargó de nutrir a las masas de información sobre el caso. A menudo información sesgada, opiniones con poca base y muchas veces sensacionalistas. Comenzaba no solo la telebasura sino que estaban aún por escribir los códigos éticos con que radios y televisiones tratarían más tarde casos de esta envergadura.

En el crimen de Alcasser todo valió para conseguir audiencia; a cualquier teoría, por más fantasiosa o infundada que fuera, se le daba pábulo en horas interminables de debates. Y es por ello que la mayor parte de los españoles, a día de hoy, no conocen realmente el caso, siendo más conocidas las fábulas, las teorías alternativas.

PRIMERA PARTE

EL TRATO

1

Es curioso cómo los recuerdos a veces no se ajustan a la realidad. No digo que se produzca una ligera desviación, que un lugar o una cara hayan cambiado tanto que parezcan distintas. Hablo de que volver a contemplar a alguien sea enfrentarte a un completo desconocido, que regresar a un lugar sea como llegar a donde no se ha estado nunca. Yo había regresado a Alcasser por primera vez en años, casi tres décadas en realidad. Y tenía la sensación de que era un lugar no diferente, no tan cambiado que parecía otra cosa, con otros aromas y otras reminiscencias... No. Tenía la sensación de hallarme en un lugar que jamás hubiera pisado en mi vida.

No estaban los recreativos donde los jóvenes nos reuníamos a echar unas partidas. Creo que allí fue la última vez que vi a Toñi. Aquel lugar era un antro que olía humo, mal iluminado y sucio. Recordé al “jefe”, pues así llamábamos al viejo desdentado que lo regentaba. Nunca supe su nombre y si lo sabía lo he olvidado. Pasando con el coche me pareció ver en lugar de los recreativos un pequeño supermercado, uno de esos que comienzan a desaparecer bajo el influjo imparable de los centros comerciales y de los Mercadona.

Aún se mantenía en el mismo sitio el estadio de pelota valenciana. Justo al lado de donde Miriam y otras chicas de los alrededores a veces nos poníamos a comer pipas, sentadas en un banco, hablando de hombres y de tonterías de la edad.

Al final del pueblo, en la última calle antes de unos huertos de naranjos, me pareció ver a Desirée patinando a toda velocidad, soñando con ser una

deportista de élite, algo que el destino le hurtó junto a muchas otras cosas.

Porque estaban las tres muertas, con sus sueños truncados como único bagaje, y Alcasser no parecía Alcasser, era como un sitio irreal, un espectro de lo que podría haber sido, como los recuerdos que atesoraba de mis tres amigas.

El abogado de Anglés me esperaba en un descampado al final del pueblo, saliendo por la autovía en dirección a Beniparrell, lejos de ojos u oídos indiscretos. Me había dicho por teléfono que iría en un SEAT Córdoba gris metalizado y lo reconocí al instante, aparcado junto a un camino de tierra. Pasé de largo una gasolinera y me salí de la vía a menos de cincuenta metros.

Distinguí a lo lejos a un hombre sentado sobre el capó del Córdoba fumándose un cigarrillo. Sabía que se apellidaba Fabrè y poca cosa más. Su rostro me resultó familiar. Aparqué unos metros más allá, respiré hondo y me bajé del coche. Aquella situación no me gustaba.

– No entiendo la razón por la que ha pedido que nos reuniésemos aquí en Alcasser, señor Fabrè – dije, extendiendo mi mano.

El abogado la tomó brevemente, me acarició los nudillos con su pulgar y luego la soltó. Encontré extraño aquel gesto y puse las manos a mi espalda, como protegiéndome de Dios sabe qué.

– El supuesto cómplice de mi cliente, Miguel Ricart, estaba preso en Herrera de la Mancha antes de que lo liberasen. Si hubiésemos tenido en su día que ir a verlo habríamos quedado en Ciudad Real. Pero Antonio Anglés está en la cárcel de Albocasser. No queda lejos. Este es un buen punto de reunión.

– Castellón está a hora y media en coche. Hay seguramente otros puntos mucho mejores donde quedar, un lugar que no trajese tantos malos recuerdos.

– Tal vez esto va de recuerdos, Glori.

Hacía 30 años que nadie me llamaba así. Glori. Solo una persona me había llamado Glori en toda mi vida. Mi mente, de pronto, comenzó a atar cabos. El apellido Fabrè se me había borrado del todo, pero aquel rostro me había llamado la atención desde el primer momento. Y la caricia, el afecto que había sentido cuando me estrechó la mano, como si...

– Dios mío, Javier. No me había dado cuenta de que eras tú.

Sonrió. La misma sonrisa socarrona de antaño.

– Tú misma lo has dicho: han pasado 30 años. Pero he de reconocer que me ha dolido un poco que tardases tanto en darte cuenta de quién era. Yo te habría reconocido en cualquier lugar del mundo en el que hubiésemos coincidido.

Javier compuso un gesto ofendido pero burlón, un gesto que quería decir: “yo no te he olvidado y tú a mí sí, o al menos un poquito”.

Sin saber por qué, sin conocer la razón, me acerqué más a él, a menos de un palmo. Meneé la cabeza y como tantas veces en el pasado no pude abstraerme a aquella sonrisa. Mis labios, tensos hasta aquel instante, se curvaron en una mueca que, sin poder evitarlo, se tornó también en sonrisa:

–Eres el mismo de siempre. El mismo ladrón que me robó el primer beso.

El abogado de Inglés había sido mi primer novio, el chico con el que me besaba el mismo día que mataron a Miriam, Toñi y Desirée. El mundo es un jodido pañuelo. O tal vez no. Porque me di cuenta de que aquello no podía ser una casualidad. Era una casualidad demasiado grande.

– Dime ahora mismo lo que quieres – le espeté, abandonando mi sonrisa y endureciendo el tono de mi voz–. Y dime sobre todo por qué y por qué a mí.

Javier entornó los ojos, un gesto de falsa sorpresa que a mi pesar volvió a estar a punto de arrancarme otra mueca cómplice. Pero fruncí los labios y apreté bien fuerte, resistiéndome a su encanto.

– Tú tampoco has cambiado, Glori. Siempre dura. Siempre al grano y con las ideas bien claras. Quizás por eso te marchaste de Alcasser. Tenías grandes sueños y este sitio se te hacía pequeño.

– Te he preguntado de qué va todo esto y por qué me lo ofreces. No te lo preguntaré más veces. Si sigues con circunloquios igual me monto en mi coche y no me ves más.

– Bueno, bueno, ambos sabemos que esto es lo bastante interesante como para que aguantes un poco mi cháchara por mucho que haya tardado un momento en ir al grano.

Suspiré hondo. Necesitaba saber qué estaba pasando. Necesitaba saberlo ya. Mi corazón latía desbocado, como si fuera a salirse del pecho.

– Vayamos pues al grano –le urgí–. Por teléfono me dijiste que Inglés

estaba dispuesto a no pedir el tercer grado. Perdóname si no te creo.

– Y sin embargo es totalmente cierto. Yo no tengo nada que ver con ello. Solo le represento. Me llamó y me dijo que quería entrevistarse contigo y hacerte una oferta. Le dije que te conocía y él ya sabía que yo te conocía. Inglés no se parece a la persona que nos han pintado en los periódicos. Pronto lo comprobarás. O tal vez haya tenido tiempo de madurar en los más de 25 años que estuvo huido. No es un idiota, no es un loco y ya ni siquiera es un analfabeto. No digo que sea un cerebro criminal, pero no es ningún tonto.

Me quedé un momento en silencio. Miré en la lejanía hacia la estación de servicio, hacia los postes de tendido eléctrico y a unos naranjales que se insinuaban al otro lado de la autovía. Los coches pasaban a toda velocidad y un ruido blanco, sordo, nos obligaba a hablar casi a gritos.

– ¿Tú no sabes qué pretende Inglés?

Javier se encogió de hombros. Antonio era un enigma. El asesino de las niñas de Alcasser jamás había abierto la boca cuando le preguntaron al respecto de aquellas muertes. Ni una palabra. Ni para confesar ni para clamar su inocencia. No concedió entrevista alguna a las revistas (que llegaron a ofrecer mucho dinero), no dio una sola respuesta a las preguntas de los investigadores. El caso Alcasser seguía siendo el mismo misterio de siempre.

– Exactamente no. Al menos no todos sus motivos. Pero sé que quiere hacerte una petición y, si la cumples, está dispuesto a no pedir el tercer grado y morir en prisión.

– ¿Morir en prisión? –repuse sorprendida– ¿Cuántos años tiene, cincuenta y muchos? No creo que llegue a 60. Aunque no lo pida, en cuatro años estará en la calle cuando finalice su condena.

Javier volvió la vista también hace los naranjales. En un lugar similar nos habíamos refugiado de la lluvia a los 14 años. Y ambos descubrimos los labios del otro por primera vez. Me pareció que realmente era ese mismo muchacho bajito de cejas pobladas y mirada soñadora. Yo pensaba que acabaría siendo un artista, un pintor o un escritor. Gloria Goldar era la que tenía los pies en la tierra y quería ser abogada. Nunca pensé que siguiera mis pasos o que sus pasos y los míos convergirían de nuevo. Ni a nivel personal ni a nivel profesional. Javier era una sombra del pasado, como todo lo

relacionado con Alcasser. Una sombra difusa, que no se parecía a mis recuerdos. Pero de cualquier forma una sombra que se negaba a desaparecer.

– Antonio Inglés está muy enfermo – me reveló entonces –. Problemas de corazón. Ya te lo explicará él si quiere. Casi es un milagro que siga vivo todavía. Los médicos no le dan ni un año de vida, mucho menos cuatro.

– Así que lo que me ofrece...

– Lo que te ofrece es la cadena perpetua. Si haces lo que te pide no volverá a pisar la calle. Muchas personas se alegrarían de ello.

– Yo la primera.

Javier sacó de la americana la llave de su coche y pulsó un botón. Se oyó un pitido y dos golpes secos. Las puertas se habían abierto.

– Así que, a primera vista, el trato podría interesarte, me parece – dijo, con un tono que por un momento me pareció decepcionado. Me dio la sensación que hubiese preferido que no me impresionase aquella oferta, que le hubiese dicho: “Me da igual Inglés, me dan igual los crímenes de Alcasser. Que ese cabrón salga a la calle y se pudra en una habitación de un motel durante un año antes de morir”.

Pero no dije nada de eso.

– Me interesa. Depende por supuesto de lo que quiera a cambio. No aceptaré cualquier cosa.

Pero estaba mintiendo. Aceptaría lo que fuese. No quería que aquel cabrón volviese a ver la luz del sol, no quería ver manifestaciones delante de la cárcel, a mujeres chillando, a las familias de las víctimas, el circo de las televisiones, la preocupación de mucha gente porque aquel monstruo no acabase viviendo en su barrio, cerca de sus casas, cerca de sus hijas. No quería que Inglés provocase todo aquel miedo y dolor de forma gratuita. Si había alguna opción de que permaneciese en prisión correría hasta el mismísimo infierno para satisfacer a aquel hijo de puta.

– ¿Vamos a tomarnos algo al bar de los extremeños y luego nos marchamos directamente a Castellón?

La sombra negra que había cruzado por mi mirada se desvaneció. Recordé a aquel hombre al que una vez amé con la intensidad de una adolescente. Inglés, sus juegos y manipulaciones quedaron postergados por el momento.

– ¿Sigue abierto el bar de los extremeños?

–Oh sí, y sigue teniendo la misma pátina de polvo, las mismas patatas bravas deliciosas y los mismos muebles de madera de antaño. Te encantará.

– No sé si "te encantará" son las palabras exactas.

–No es el bar más limpio del mundo pero sus bravas podrían tener una estrella Michelin.

Oh, Dios, las bravas de los extremeños. Por un momento tuve catorce años de nuevo y los recuerdos afloraron por fin, como si Alcasser ya no fuese la quimera imposible que me había parecido hacía unos minutos.

– Como odiaba ese lugar de niña. Siempre tan sucio y dejado. Si no fuera por las dichosas bravas no lo habría pisado ni entonces. –Me relamí pensando en aquella deliciosa y picante salsa sonrosada– Y ahora volvemos por gusto. Somos masoquistas.

Javier se echó a reír. Esta vez le acompañé en la risa sin reparos.

2

El centro penitenciario Castellón II o cárcel de Albocasser era un inmenso complejo de casi medio millón de metros cuadrados. Contaba con más de mil celdas, muchas de ellas asignadas a presos peligrosos, antiguos terroristas del GRAPO o reclusos con penas graves, de más de veinte años.

Serían unos cien los condenados por delito de asesinato. Sin embargo, el más conocido de todos era Antonio Inglés, que estaba allí condenado por unos hechos que a la mayoría no le habrían valido ni pisar aquella prisión.

Pero Inglés no era un preso cualquiera, aunque le hubiesen imputado cargos menores. Era el asesino de las niñas de Alcasser. Eso había confesado su cómplice: Miguel Ricart.

– ¿Tú crees que Ricart dijo la verdad en su confesión? –preguntó Javier.

Habíamos aparcado nuestros coches y, tras pasar varios controles, acabábamos de llegar al locutorio. Aquel lugar no era mucho más que una hilera de pequeñas celdas acristaladas, cada una separada por un pequeño muro también de cristal, con una mesa adosada y sin asientos. Al menos por nuestro lado.

– Claro –dije–. Lo hizo Inglés. Lo sabe todo el mundo.

– Todo el mundo sabe también que el hombre no pisó la luna, que fue un montaje de la NASA hecho por técnicos de la televisión americana, ¿no es verdad?

No respondí y miré al frente. Inglés nos esperaba al otro lado de un vidrio sucio, con huellas grasientas de dedos por todos lados. Él sí tenía una silla,

una de esas de jardín que venden en los centros comerciales por diez euros. Era blanca, con un respaldo alto sobre el que se apoyaba indolente Antonio en persona. Vestía un chándal rojo y azul. Allí sentado en su silla de jardín parecía un jubilado a punto de salir a pasear con el perro.

– Hola, Antonio –dijo Javier.

El asesino de Alcasser estaba mirando al vacío, a algún lugar más allá incluso del techo abovedado, acaso hacia el infinito. El monstruo dejó que descendiera su mirada, contempló a su abogado con expresión seria y luego me observó durante largo rato, sin mirarme a los ojos en ningún momento.

–¿Me has traído los kiwis? – dijo sin volver la vista hacia Javier.

Su abogado abrió una bolsa que previamente habían inspeccionado los guardias y sacó tres kiwis partidos por la mitad y una cuchara de plástico. Se los pasó a través de una ranura en el cristal. Inglés tomó un pedazo con la cuchara, comenzando a comer sin más dilación.

Un guardia nos había traído un par de sillas. También de jardín, blancas, una de ellas con el respaldo roto. Tomé asiento delante del monstruo y Javier hizo lo propio a mi izquierda. Inglés era muy delgado y seguía obsesionado por su físico tanto o más que lo había estado en el pasado. Comía básicamente fruta, jamón de York y yogures desnatados. Rechazaba la comida de la prisión salvo cuando se ajustaba a sus gustos y aquello había provocado varios enfrentamientos con la directora del Centro.

– Las pocas veces que nos traen kiwis están pasados y son asquerosos – nos explicó Inglés –. El kiwi debe comerse antes de que madure, antes de que se convierta en una cosa pastosa y dulce. Porque a mí lo que me gustan son las cosas ácidas. –Aquello le pareció chistoso y comenzó a reír espasmódicamente mientras se relamía.

– Estoy segura que no me has traído aquí para hablarme de tus gustos dietéticos. Me da igual si prefieres las enzimas del kiwi a los probióticos, Antonio, así que... – comencé, pero el monstruo levantó una mano y me conminó al silencio.

– Dile a tu amiga que no utilice palabras finas conmigo, palabras de zorra engreída – espetó lanzando una mirada salvaje a su abogado –. No sé qué es dietética ni enzimas ni probióticos y me importa poco lo que signifiquen. Dile

a la zorra que se espere a que me termine mis kiwis y luego si me da la gana hablaremos.

Anglés tenía fama de analfabeto, pero ya me había advertido Javier que no era el mismo hombre de antaño. O no del todo. En 1992, cuando desaparecieron las niñas de Alcasser, era un desgraciado de la calle, un camello, un toxicómano, un hombre violento, bipolar, acostumbrado a mandar y a que se le obedeciese. Un criminal que inspiraba terror a todos cuantos le conocían, incluida su propia familia. Las cosas debían hacerse exactamente como él quería porque si no te arriesgabas a verle enfadado. Y una vez que lo habías visto enfadado era algo que no deseabas volver a experimentar.

Si me enfrentaba a él no sacaría nada en claro. Y no había hecho aquel viaje desde Madrid para nada. Así que esperé a que se terminase sus malditos kiwis. Se relamía a menudo, casi como si fuera un tic, y yo no tenía claro si era por los kiwis o por otra cosa. No me sentía intimidada, sencillamente estaba asqueada y un par de veces pensé que era mejor marcharme y olvidarme de todo. Pero aquel asunto era demasiado importante para tomar una decisión a la ligera.

–¿Le has explicado lo que quiero? – dijo Anglés de nuevo en dirección a su abogado, arrojando a una bolsa la piel del último kiwi.

Javier frunció el ceño.

– Le he explicado lo que yo sé, que tampoco es demasiado.

Anglés asintió, como si estuviera satisfecho de que sus órdenes se hubiesen cumplido. Como Javier, no era demasiado alto (apenas un metro setenta) pero desprendía una fuerza y un magnetismo animal, malsano, que era casi la contraposición de mi viejo amigo.

– El trato es sencillo – dijo Anglés, dirigiéndose por fin a mí y mirándome también por fin a los ojos –. Estoy dispuesto a hacer pública una carta en la que renuncio a todos mis beneficios penitenciarios. Resumiendo: yo no cojo el tercer grado y tú investigas lo que pasó con las niñas después de que fuesen violadas.

Abrí la boca, luego la cerré. No sabía muy bien qué decir. Así que durante al menos un minuto no dije nada. Por fin me atreví a decir lo que pensaba:

– Después de violarlas, las mataste. No sé qué demonios quieres que

investigue.

Anglés se levantó de su silla. Un guardia en el otro lado de la sala dio un paso al frente. Aunque el preso estaba encerrado en su cubículo de cristal, a los funcionarios no les gustaba que hiciese movimientos bruscos. Javier se levantó también e hizo un gesto de apaciguamiento hacia el guardia.

– Poco a poco, Antonio. Ya sabes cómo va esto.

Me imaginé que el monstruo había perdido los nervios en más de una ocasión y golpeado las paredes del cristal, con los puños acaso, o tal vez con una de aquellas feísimas sillas de jardín. Por el gesto de su abogado y del funcionario de prisiones, me di cuenta de que era una posibilidad que se les estaba pasando por la cabeza.

– Lo que iba a decirle, señorita Goldar – comenzó Anglés, impostando un tono dulce aunque cargado de odio –, es que yo no las maté. He atacado a mujeres en algunas ocasiones, até a una de mis novias y tal vez a alguna otra chica que se cruzó en mi camino. – Sonreía –. Pero siempre les dejo una opción. Nunca las encadeno ni pongo las ligaduras demasiado gruesas. Me gusta que luchen por sobrevivir.

– Así que quieres que me crea que Toñi, Miriam y Desirée escaparon, ¿es eso lo que quieres decir? Que escaparon de La Romana después de que las violases, y que las asesinaron un grupo de torturadores que pasaban casualmente por allí. No me lo creo.

La Romana era el nombre con el que se conocía a una casa y a un barranco donde se creía que habían tenido lugar las muertes de las tres muchachas. Un lugar que yo pronto conocería de primera mano.

–No me importa lo que creas. El trato es el siguiente: quiero que investigues de nuevo el caso desde cero partiendo del hecho que yo no las maté y que examines cada prueba, cada indicio, y me informes regularmente cada semana o diez días a lo sumo.

– Y si lo hago no pedirás el tercer grado. Morirás en prisión tal y como me ha contado tu abogado. Todo muy conveniente. No sé si creerme tampoco que estás enfermo.

Anglés chasqueó los dedos y Javier sacó de su maletín diversos informes médicos. Les eché un vistazo, leí párrafos sueltos y me centré en las frases que

hablaban de “cardiopatía terminal” y de “insuficiencia cardiaca avanzada”. Antonio tenía el corazón de un anciano. Tal vez había vivido una juventud de excesos, tal vez los dioses habían decidido castigarle por sus crímenes. De cualquier forma, si aquellos informes eran ciertos, el cabrón se moría de verdad. Aunque solo tenía 56 años, había perdido peso, las fuerzas le fallaban y el poco pelo que le quedaba era completamente blanco, así como sus cejas. A primera vista no parecía un sociópata. De nuevo me vino a la mente la imagen del jubilado que pasea en chándal a su perro. Eso parecía Inglés. Y sin embargo hasta la última fibra de mi ser me decía que era un asesino despiadado.

Por suerte, un asesino con una condena a muerte a costas. Tal vez el sistema no había podido otorgársela, pero el destino se había encargado de ponerle en su sitio.

– Si me permitís, voy a estudiar todos estos papeles con cuidado y comprobar su veracidad – dije, sin esperar una respuesta y guardándolos en mi propio maletín.

– Puedes hacerlo. Verás que todo es cierto – terció Javier.

Entonces saque a colación lo que más me preocupaba de todo aquel asunto.

– No tengo muy claro la validez jurídica de nuestro acuerdo. Aunque firmemos un contrato mucho me temo que no sería legal y que podríamos impugnarlo. Renunciar al tercer grado a cambio de una investigación paralela es como renunciar a cambio de un chalet en la Moraleja o por un viaje a la luna. Nadie puede quitarte la facultad de pedir permisos o de salir de la cárcel o de disfrutar de beneficios penitenciarios. No creo que sea legal. Ningún juez lo aceptará en caso de que queráis romper el acuerdo.

– En eso te equivocas – intervino Javier adelantándose a Inglés, que había abierto la boca y al verse interrumpido lanzó una mirada asesina a su abogado –. Todo el mundo está buscando una excusa para evitar que Antonio salga de la cárcel. Si cumples con tu parte del contrato tal vez a largo plazo consiguiéramos impugnarlo. Pero estoy seguro que cualquier juez de este país tardaría meses sino años en fallar a nuestro favor. Y luego podrías recurrir. Para entonces, de cualquier forma, mi cliente estaría muerto.

Anglés, que todavía seguía mirando con desprecio a Javier, chasqueó de nuevo los dedos y su abogado me pasó un contrato de pocas páginas. Esta vez lo leí con cuidado antes de guardarlo en mi maletín. El asunto estaba claro. Renunciaba a pedir el tercer grado a cambio de una investigación imparcial hecha exclusivamente por mí, Gloria Goldar en persona.

Pero, ¿por qué yo?, pensé, aunque no me animé a preguntarlo. En ese momento quería saber si la oferta era real. Ya llegaría el día en que indagaría sobre las causas de mi presencia en aquel lugar. Tal vez ese fue mi principal error. No comenzar preguntando a Anglés qué demonios hacía yo allí, en la cárcel, escuchando su oferta.

– El contrato no es un engaño – dijo Antonio –. Mi enfermedad tampoco. Sé que vas a aceptar porque es un buen trato y no me pareces una idiota. Sabes diferenciar una oportunidad de lo que no lo es.

Me levanté de mi asiento. Antonio seguía también incorporado al otro lado del cristal. Nos miramos fijamente.

– El contrato puede que no sea un engaño pero el trato en sí lo es. Hay algo que me ocultas, que me ocultáis los dos –añadí señalando a Javier.

– Yo no te oculto nada – dijo el abogado.

– Nada que me puedas contar a causa del secreto profesional.

El privilegio abogado-cliente no es en España exactamente igual al derecho anglosajón que estamos hartos de ver en las películas. Pero en esencia las conversaciones entre un abogado y su defendido son confidenciales siempre que no encubran o posibilitem un delito.

–Te lo repito. No te oculto nada – insistió Javier–. O al menos nada relacionado con el contrato. A su debido tiempo entenderás el porqué y te darás cuenta de que es algo sin importancia. Necesario pero nada relevante. Anglés tiene razón, Glori. Es un buen trato.

– Si es tan bueno cuéntame eso que me ocultas.

Durante un momento nadie habló. El sonido del reloj de la pared con su tic-tac fue nuestro único acompañante.

– Engaño o no – dijo Anglés –, es lo que hay: puedes hacer que yo permanezca en prisión para siempre.

– Pero sigue habiendo algo que me escondéis – insistí.

– Más de una cosa, señorita gran abogada –se jactó el asesino–. Pero si hay uno o más engaños en todo esto la responsable eres tú.

El monstruo había hablado de forma críptica, tal vez demasiado críptica para un analfabeto, o casi un analfabeto.

– ¿Y qué demonios significa eso?

Anglés se levantó e hizo un gesto al guardia que tenía a su espalda. En todo momento le gustaba dar órdenes. Le gustaba sentirse superior y al mando. Tal vez ya no era el drogadicto que se tomaba un tranquilizante tras otro en la década de los 90, tal vez ya no fuera el maltratador, el asesino, el violador... Pero seguía siendo Antonio Anglés. Y eso era más que suficiente.

–Significa, señorita gran abogada, que si fueses un poco más lista ni siquiera yo te podría manipular.

El guardia abrió la puerta del otro extremo del locutorio y Anglés avanzó hacia ella con paso cauteloso. Me di cuenta en ese instante que era un viejo enfermo, un viejo enfermo que se creía muy listo y pensaba que podía darme gato por liebre. El problema era que tal vez lo estaba consiguiendo. De momento.

– Una última cosa, señorita gran abogada.

Entonces Anglés se dio la vuelta y sus ojos azules, eléctricos, se clavaron en mi retina con la misma intensidad con la que hasta ahora la habían rehuido, como si temiese mirarme directamente demasiado tiempo.

– Te voy a contar cómo violé a una de mis víctimas. Considéralo un regalo –dijo, muy ufano–. La tiré en el suelo. La abofeteé y luego le quité la ropa. Ella chillaba y todavía chilló más cuando le arranqué sus braguitas rojas de encaje. Me la follé duro y descubrí en un momento dado que había dejado de luchar y estaba llorando. Me gustó la sensación. Era como si llorase por dentro, la notaba mojada, húmeda, pero no como lo está una mujer excitada. No sabría explicarlo pero me encantó. Me gusta follarme a una tía cuando está llorando. Por eso las ato y las dejo tiradas durante horas. Porque sus lágrimas me excitan.

Había dejado de mirarme. Contemplaba de nuevo el techo, un lugar muy lejos en el infinito de su maldad y depravación. Pero comprendí que me estaba diciendo la verdad, me estaba narrando una violación que realmente había

perpetrado, seguramente la de una de mis amigas, aunque no me dijese su nombre.

– Tus opciones están muy claras –añadió entonces el monstruo–. Me quedo en prisión porque estás investigando el caso o salgo a la calle. – Se volvió y me miró de nuevo fijamente – Si salgo porque no aceptas el trato, te juro que cuando viole a la próxima chica te mandaré una foto de recuerdo. Y le diré al oído mientras me corro en ella: esto es culpa de la señorita gran abogada, de esa zorra de Gloria Goldar.

3

– No sé qué hago aquí tomándome algo contigo – le dije a Javier muy seria, tal vez un poco más seria de lo que realmente me sentía.

Habíamos conducido desde la cárcel de Albocasser hasta mi hotel en Alzira. Siempre que iba a Valencia me alojaba en la misma localidad. Alzira estaba a una media hora de la capital, y quedaba lo bastante cerca para tenerlo todo a mano, y lo bastante lejos para tener intimidad.

–Somos amigos, ¿no es verdad? –repuso Javier tratando de cogerme la mano que tenía apoyada en la barra. La aparté.

– No somos amigos. Fuimos medio novios hace treinta años y ahora somos unos desconocidos. Por si fuera poco, eres el abogado de uno de los seres más abyectos de la historia de la puta humanidad. Por último, sé que me ocultas algo y esa no es forma de retomar una amistad.

– Vaya, descrito así mi caso no tiene muy buena pinta – opinó Javier, removiendo el hielo de su Gin Tonic y tratando de seducirme con su sonrisa.

Pero yo no entré en el juego. No tenía ganas de bromear.

– No es un caso, es una relación profesional y aun así no hemos comenzado con buen pie.

El tono de mi voz sonaba molesto, tal vez demasiado. Pero quería que me explicase eso que me ocultaba. No sabía si era trascendental o no. Pero necesitaba saberlo. Quería saberlo todo antes de tomar una decisión sobre el trato que me había ofrecido Anglés.

– Realmente no te oculto nada –me aseguró Javier–. Nada importante.

Nada que modifique esencialmente las condiciones del acuerdo. Si aceptas... Anglés se queda en prisión. No hay falsedad en nada de eso. Se trata tan solo de un consejo profesional que le di y que por lo tanto no puedo revelar.

– Y el consejo profesional me afecta a mí.

– El consejo que le di afecta a una pequeña porción de todo este embrollo. Algo que le pedí que no te contase. Mi deber es defender a mi cliente, incluso si es alguien como... Si es...

– Si es un monstruo – terminé su frase.

– Eso, o más bien un supuesto monstruo.

Miré en derredor. El bar (que en el hotel llamaban pomposamente Lounge) tenía un aspecto ochentero o incluso de los noventa, como si hubiésemos viajado en el tiempo y de nuevo estuviéramos en nuestra adolescencia, y Miriam, Toñi y Desirée siguieran vivas. Sillas altas de cuero gastado junto a la barra, mesas redondas con tres sillones de imitación de terciopelo alrededor de cada una y aquel suelo de rayas estriadas que ponían en todos los locales por entonces.

– Supongo que como abogada tendría que comprender tus razones, pero como mujer no pienso en Antonio Anglés como en una persona que merece tener los mismos derechos que el resto de ciudadanos. Los perdió cuando asesinó a esas tres niñas.

– Recuerda que el trato es investigar desde cero sobre la base de que mi defendido no las mató.

– Ahora sí que hablas como un abogado.

– Soy un abogado de pueblo que nunca había tenido un caso interesante de verdad y que le ha caído este a causa de esa lotería llamada turno de oficio. Nunca me marché de la provincia y mi vida ha transcurrido en los alrededores, en Alcasser, en Picassent, en Silla... ya sabes, en los mismos lugares que transcurría cuando Gloria Goldar emprendió el vuelo hacia Madrid, hacia la fama y una vida mejor. No soy alguien importante como tú pero aun así soy un abogado responsable. Y no tan malo como crees.

Negué con la cabeza.

– No creo que seas un mal profesional. Y yo no soy tan importante.

– Te he visto en la tele hablando de los derechos de las mujeres o de los

casos en los que vais a personaros como acusación particular. La Asociación que presides (¿Egeria se llama?) no es moco de pavo y los círculos en los que te mueves no son los míos.

– Todo eso no me convierte en alguien importante sino en una cara medio conocida que tuvo quince minutos de fama. Fue en la época de las Ocho de Badalona. Se produjo una histeria colectiva similar al caso Alcasser. ¿Recuerdas? Pero las desapariciones cesaron y en un año todo estaba olvidado. O casi. Ahora vuelvo a ser una ciudadana anónima. No soy más importante que tú.

– Si tú lo dices... En cualquier caso, has tenido esos quince minutos de fama. Más que la mayoría de los mortales.

– Te los regalo.

Javier volvió a remover el hielo de su vaso. A veces me lanzaba una mirada de soslayo y percibía que quería decir algo ingenioso, algo que relajase el ambiente y nos permitiese echar unas risas, algo que rebajase la tensión entre nosotros.

– Me voy a dormir. Es tarde – dije entonces, tal vez porque no estaba preparada para oír algo ingenioso, ni para reírme, ni para recobrar una amistad que ya no era amistad. Necesitaba pensar, estar a solas en mi habitación y tomarme una buena ducha.

Nos despedimos y una hora después, en mi habitación, vestida con un albornoz, trataba de relajarme escuchando El Capricho Español de Rimsky Korsakov. Tal vez sea una antigua, pero me revelo contra esta época digital y siempre me llevo de viaje un tocadiscos portátil y un par de discos de vinilo. Y ese día le tocó al gran maestro ruso, enamorado de nuestra música, que compuso una obra inmortal, una de esas que deben escucharse precisamente en vinilo, oyendo como la aguja rasga y crea melodías de la nada.

Mientras sonaba la Alborada que da comienzo a la pieza, y me deleitaba en el momento exacto en que el violín se enfrenta al clarinete y juguetea con el tema principal, reflexionaba sobre todo lo acaecido en aquel día. Trataba de buscar explicaciones, que en mi mente se ordenasen las opciones, cada efecto de cada elección posible. Al final, solo había dos: sí o no. Meterme en un embrollo que sabía que escondía más mentiras que verdades o permitir que un

violador y asesino saliese a la calle con al menos un año por delante para volver a hacer daño.

¿Sí o no? ¿Aceptaba la proposición o la rechazaba? A veces la vida se reduce a una bifurcación de dos caminos. Odio esos momentos. Son tan evidentes que a menudo no te das cuenta de que ambos ramales del destino son el mismo desastre.

Entonces sonó el teléfono y El Capricho Español quedó postergado. Era Rubén. Por un momento pensé en darle una excusa y colgar a toda prisa. Nuestra relación no pasaba por su mejor momento (si es que hubo uno realmente bueno) pero tal vez en aquel instante necesitaba un te quiero, una frase, una caricia, aunque fuese a través del plástico y los chips de un teléfono móvil. Algo que Rimsky Korsakov no alcanzaría a darme con toda su orquesta y la magnificencia de su creación.

– Hola, cariño – dije.

– ¿Cómo estás? – dijo Rubén.

– Estoy bien. Ha sido un día duro.

– ¿Has visto a Inglés?

– Sí. Y están cabrón como suponía que iba a ser. O peor.

Rubén calló por un momento. Le oía respirar al otro lado de la línea. A veces, en nuestras conversaciones tenía esas pausas, unas pausas que no tenían una gran explicación, que no eran reflexivas. Era como si se desconectase, como si no estuviese allí, como si Rubén hubiese desaparecido. Nunca me había importado, pero últimamente me sacaba de quicio, tanto esta como sus muchas otras rarezas.

Yo era consciente de que lo amaba con menos intensidad que a mis otras parejas. Incluso desde el principio.

Me cortejó. Me gustó un poco y todo era sencillo con él. ¿Demasiado? Tal vez. Era una persona en la que confiaba ciegamente en un mundo plagado de hijos de puta que acababan por alguna razón siendo mis parejas potenciales. Había aprendido a valorar la monotonía y la previsibilidad en una relación. Rubén era una persona sencilla, sin dobleces, que hacía su trabajo y se pasaba el día con los planos o los informes de los nuevos proyectos de FSY Electronics. El resto de la jornada la pasaba conmigo. Apenas tenía amigos y

nunca salía con ellos si yo tenía unos días libres. Me cuidaba y me apoyaba. A veces me sentía culpable por no amarle más.

– ¿Has cenado? – Su voz sonó de pronto entrecortada, como si estuviese corriendo o subiendo una cuesta. Me di cuenta de que no era una de sus lagunas lo que había percibido hacía un instante. Estaba haciendo algún tipo de esfuerzo.

– No. Pero no sé si tengo hambre. – Y luego añadí al ver que seguía emitiendo resoplidos cada pocos segundos –. ¿Estás haciendo ejercicio, jogging o footing o algo así?

–Casi – repuso Rubén –. Es que está estropeado el ascensor y estoy subiendo a pie.

– ¿Subiendo a dónde?

Lo próximo que sucedió fue que unos nudillos llamaron a la puerta de mi habitación. Me levanté de un salto, pensando que no podía ser. Él se hallaba enfrascado en un trabajo importante y estábamos a media semana. Pero allí estaba Rubén, con un ramo de rosas en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

– Pensé que necesitarías mi apoyo y que, tarde o temprano, tendrías ganas de cenar – dijo.

Y nos besamos. Joder, aquello era definitivamente mejor que cualquier pieza de música clásica. Recuerdo que acaricié un antojo que tenía en la oreja derecha y me dejé ir. Era lo que necesitaba.

Cenamos en uno de los mejores restaurantes de Valencia. Bueno, fue más bien un picoteo a base de croquetas de diseño que tenían unos sabores poco comunes, y en algún caso nada acertados, agrios, picantes, qué se yo: manjares modernos hijos de esos programas de cocina que hoy en día abundan en la televisión. Pero fue algo original y me sentí mucho mejor tras el picoteo y el postre que, por suerte, no fue esta vez a base de arroz con leche. Hasta Rubén se animó a pedir una copa de helado para variar. Luego volvimos al hotel e hicimos el amor de la misma forma monótona aunque cariñosa que llevábamos tiempo practicando. Y Rubén se quedó dormido. Desnuda sobre el lecho, con los ojos abiertos, mi mente seguía dando vueltas a los sucesos del día.

Curiosamente me vino entonces a la mente, no Inglés y su proposición, sino el caso de las Ocho de Badalona. Aquel asunto me trajo loca durante

mucho tiempo. Pensar en ello me relajaba, me ayudaba a focalizar mis prioridades.

Porque fueron ocho chicas las que desaparecieron en Badalona. Más o menos una cada tres años, aunque no todas en Badalona, por supuesto. Una era de Santa Coloma, aunque trabajaba en Badalona, otra era de Sant Adria y otra de Trinitat Vella, un barrio de Barcelona que lindaba con aquella zona del extrarradio de la ciudad condal. Las otras cinco eran de la propia Badalona. En total ocho, de entre 20 y 25 años.

Al principio, la policía pensó que eran casos sin relación. Una chica que se escapa de casa, harta del control paterno; otra que discute con su novio; otra que tenía una hija con minusvalía y se medicaba contra la depresión... A menudo algunas desapariciones son precisamente eso: gente que no quiere aparecer, que se reinventan desde cero en otra ciudad. Y así fueron pasando los años hasta que comenzaron a ser demasiadas, y el tiempo pasado sin dar señales de vida alarmó a algunos investigadores. Yo me involucré de casualidad, cuando haciendo un seguimiento de casos de maltrato para la Asociación Egeria conocí a una chica que había sido amiga íntima de una de las desaparecidas. Ella me habló de Victoria Planas, de sus sueños de ser actriz o modelo y de que iba a sesiones de fotos con nombre supuesto.

Entonces yo era una jovencita recién llegada de la Valencia interior y aquel caso me permitía viajar a menudo de Madrid, donde vivía y estaba la sede de Egeria, a Barcelona. Descubrí la agencia de modelos falsa, los anuncios de un fotógrafo inexistente entre las cosas de dos de las víctimas y el nombre de otras tres entre las citadas para las falsas sesiones de fotos. Informé a la policía y llegaron a la conclusión de que usaban aquellas sesiones para escoger a las víctimas. Durante un tiempo estuvieron convencidos de que si tiraban del hilo darían con los secuestradores o asesinos o lo que fueran. Tenían un par de retratos robot del falso fotógrafo y su falso ayudante, pero eran bastante malos. Luces bajas, música alta, un local en Gracia alquilado con un carnet falso y poca cosa más. Incluso dos de las chicas reconocieron haberse acostado con los de la agencia de modelos. Encontraron más de cincuenta aspirantes que fueron a las sesiones en todos aquellos años, sin contar las ocho desaparecidas. ¿Cuál era el criterio para raptarlas? ¿O estaban

equivocados y era una pista falsa? Si era así, se trataba de una casualidad monumental.

No, estaban en el buen camino. Aquellos dos hombres eran culpables.

La última desaparecida, Verónica Planas, apareció muerta en un contenedor de basura cerca del Museo de Historia de Cataluña. Señales de ligaduras, anemia, violaciones repetidas durante meses o años, huesos rotos, quemaduras de cigarrillos, desgarros anales, un dedo arrancado y hasta signos de descargas eléctricas. Sadismo mayor llevado hasta las últimas consecuencias. Parecía que aquello sería el pistoletazo final para encontrar a los asesinos. Pero luego, inesperadamente, el caso se enfrió. No hubo más desapariciones, ni nuevas pistas. Nada desde entonces. Solo una nota a pie de página en la lista de los crímenes sin resolver.

Todo aquel tiempo, todo lo que luché para encontrar a aquellos dos monstruos me valieron los quince minutos de fama de los que había hablado con Javier. También me valieron para presidir la Asociación Egeria. Pero poco más. No pude marcar la diferencia en el caso de las Ocho de Badalona. Era una espina que tenía clavada.

Pero ahora sí podía marcar la diferencia en un caso no menos famoso, el de Alcasser. Recordé la amenaza de Anglés de violar a una chica tan pronto estuviera en la calle y susurrarle mi nombre. Estuve seguro de que la llevaría a cabo.

No volvería a fallar como hice con las Ocho de Badalona.

Entonces tomé la decisión. No solo por la amenaza de Anglés o quizás ni siquiera fue la razón principal. Realmente estaba en mi mano evitar que saliese a la calle. Poco me importaba si tenía que investigar de nuevo el caso Alcasser. Me daba igual la metodología pues estaba convencida de que era culpable. Y me daba igual incluso si encontraba cualquier discrepancia con la investigación policial. El caso ya tenía muchísimas, no venía de una más.

Lo que contaba era que todo estaba prescrito, nada cambiaría pasase lo que pasase. Aunque hallase otros asesinos saldrían impunes. Lo cual me llevó una vez más al punto que realmente más me preocupaba de todo aquel asunto: si investigarlo no tenía sentido, si nada iba a cambiar con mi investigación, ¿por qué quería Antonio Anglés que removiese las cenizas del pasado?

Aunque, por otro lado, ¿qué diantre me importaba a mí lo que le pasase por la cabeza a aquel monstruo?

Porque en el fondo daba lo mismo. A pesar del engaño que había reconocido su abogado, a pesar de cualquier duda que asaltara a mi mente... la dicotomía era más simple que todo eso: Inglés en la calle o Inglés entre rejas para siempre.

Una dicotomía bien fácil de resolver.

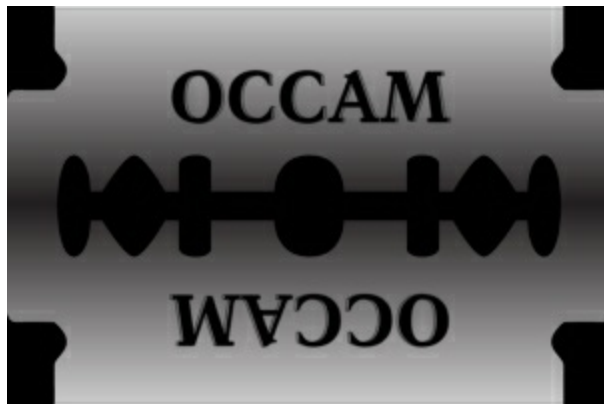
Cogí mi móvil de la mesilla y llamé a Javier Fabré. Eran las dos de la mañana.

– Dime – balbució una voz somnolienta.

Inspiré hondo, llenando de aire mis pulmones, sopesando un instante y por última vez todos los pros y todos los contras. Y entonces me lancé como el que se zambulle en las aguas desde veinte metros de altura, con la seguridad de que va a hacer un gran salto, de que va a sumergirse con estilo en el líquido elemento y va a salir a la superficie entre aplausos, pero en el fondo ignorando a qué distancia están las rocas y si va a darse o no un golpe que puede partirle la columna vertebral.

– Acepto el trato – anuncié y en el mismo instante que mi voz pronunciaba esas tres palabras supe que había cometido un terrible error.

Informe "Caso Alcasser"



(LA DESAPARICIÓN DE LAS TRES NIÑAS)

LOS HECHOS PROBADOS

Viernes 13 de noviembre de 1992. Miriam García Iborra, Desirée Hernández Folch y Toñi Gómez Rodríguez van a visitar a una amiga enferma en Alcasser. Luego una pareja de conocidos las acercan a una gasolinera en Picassent, localidad vecina. El objetivo de las muchachas es acudir a una fiesta de un instituto en la discoteca Coloor, apenas a un kilómetro de donde se hallan. Un amigo las saludó en ciclomotor mientras caminaban hacia la fiesta. Pero nunca llegaron.

LA VERDAD JUDICIAL

Miguel Ricart y Antonio Inglés las recogieron en su coche y las llevaron al barranco de La Romana, donde aproximadamente dos horas después llegarían a una casa abandonada en la zona.

Allí comenzaría su calvario.

LAS DUDAS

La única testigo del momento en que las niñas entraron en el coche que se las llevó, habló de cuatro hombres y no de dos.

No existe ninguna prueba que vincule a Inglés ni a Ricart con los crímenes más allá de la confesión del segundo. Ni pelos en los cuerpos, ni indicios en la casa donde supuestamente tuvieron lugar las violaciones y torturas. Absolutamente nada aparte de la citada confesión.

SEGUNDA PARTE

COMIENZA LA INVESTIGACIÓN

4

– ¿No vas hoy tampoco a trabajar? Pensé que tendrías que volver a Madrid a primera hora.

Estábamos desayunando en la cama. Rubén tenía un hojaldre salado en la boca y casi se atraganta. Me miró con un gesto malicioso como el de un niño pequeño al que han pillado en una travesura.

– He pedido unos días libres. Este asunto con Inglés me daba algo de miedo. Pensé que mi deber era estar contigo.

Aunque me pareció todo un detalle, repuse:

– ¿No estabais en plena negociación de un nuevo campo solar fotovoltaico a nivel nacional, una concesión millonaria? Algo así creo que me habías dicho hace días. Pensé que era de vida o muerte para tus jefes de la FSY Electronics.

Rubén se encogió de hombros.

–Insistí mucho y, después de todo, no era de vida o muerte para mí. Hay cosas más importantes que el trabajo.

Me acarició la mano, que yo tenía en ese momento sobre la bandeja con mis tostadas con mantequilla y mermelada de frambuesa. Nos besamos. Así pues, tenía un ayudante, y además un ayudante que me quería y me cuidaba. Después de todo aquella investigación no comenzaba tan mal.

– ¿Sabes por qué al principio comencé a salir contigo? – le dije mientras me vestía.

Rubén se asomó desde el lavabo. Tenía cepillo de dientes en la mano y la pasta en la otra.

– ¿Te refieres a cuando yo no te gustaba demasiado y me devolvías mis ramos de rosas?

– Sí, cuando comenzaste a echarme los tejos y yo no estaba muy interesada. Aún.

– ¿Que te hizo cambiar de opinión?

– Un escritor llamado John Franklin Bardin.

Rubén pareció sorprendido.

– Vaya, no lo conozco.

– Es mi autor preferido de novela policíaca, en especial una obra suya llamada “El percherón mortal”. Hay una frase especialmente de él que me encanta, una que cuenta la historia de un hombre que con solo apretar tu mano, a los pocos segundos, decide si le vas a caer bien o mal, si eres o no una buena persona, alguien confiable, o escondes algo. Esa frase no está en “El percherón mortal”, no recuerdo en qué novela la podrías encontrar, pero no importa. El caso es que me sentí muy identificada con ella.

Rubén se echó a reír y entró de nuevo en el lavabo. Oí que corría el agua.

– Ahora es cuando me explicarás lo de tu talento para conocer a las personas a los pocos segundos, estrechando manos como ese personaje de una novela.

De eso sí que habíamos hablado alguna vez. Era un don, una cualidad de la que me sentía muy satisfecha.

– Sabes que no se trata solo de estrechar una mano. Para empezar no siempre la estrecho, a veces basta con los dos besos de rigor en las mejillas, o un abrazo antes de hablar brevemente con una persona. A lo largo de mi vida he elegido a todos mis amigos en los primeros treinta segundos de conversación. Siempre. Percibo si son buenos o malos a un nivel básico o si van a formar parte de mi vida. Es como si hubiese una conexión con la relación que tendremos en el futuro.

Rubén salió del lavabo secándose los labios con una toalla. Se puso frente a mí con los brazos en jarras, evidentemente divertido.

– Te estás poniendo mística. Tal vez tendrías que abrir un consultorio televisivo de esos en los que leen las cartas del Tarot y te dicen el futuro.

– Vamos, no estoy de broma. Estaba hablando de lo que me hizo

concederte la primera cita.

– Y yo que creía que fue por mi hermosa sonrisa.

Reímos. Le miré a los ojos y le besé.

– Fue porque, aunque, si te soy sincera, al inicio no me gustabas mucho, percibí que eras una persona buena y que si te daba una oportunidad tendríamos una historia juntos. Algo bonito, seguro y duradero.

– No sé si lo que me cuentas es demasiado romántico.

– En el mundo real pocas cosas lo son –objeté–. Y si te soy sincera, a veces es mejor que no lo sean.

Como colofón de mi discurso me quité de golpe el vestido que acababa de ponerme y me quedé en ropa interior.

– Creo que estoy de acuerdo con lo que sea que hayas dicho –dijo Rubén, abriendo los ojos como platos.

Hicimos el amor con dulzura, sin aspavientos ni excesos, buscando nuestros cuerpos y no pensando nada más que en aquel presente de caricias. Una hora después nos duchábamos. En el bar del hotel nos tomamos un café para reponer fuerzas y cogimos mi coche en dirección a Alcasser.

La pequeña ciudad que recordaba de mi infancia había desaparecido. Ya me había dado esa impresión cuando estuve poco tiempo antes, el día que me reuní con el abogado de Inglés. Era Alcasser pero ya no lo era. Las gentes habían sufrido mucho con el escarnio público, con el circo de las televisiones persiguiendo exclusivas y aquel lugar ya no tenía la inocencia de antaño. O tal vez era yo la que había perdido la inocencia y veía la misma ciudad desde unos ojos distintos.

– Javier Fabré dice que Inglés no nos va a ayudar en nada. Afirma que violó a las niñas pero que no las mató. Pero no nos dirá cómo las convencieron para subir al coche, ni nada relacionado con aquel día. Partiremos pues de cero como hizo la policía. Y lo haremos desde el momento que las niñas salen de sus respectivas casas y se reúnen.

A Rubén le pareció bien y me siguió hasta una vivienda de tres plantas.

– Aquí estaba la casa de Esther, una amiga a la que fueron a recoger al ambulatorio aquella tarde. Estaba indispuesta y no querían dejarla sola. Luego la acompañaron hasta esta casa. Eran buenas chicas.

Habíamos caminado a pie por las calles de Alcasser. Partiendo de la casa de Miriam, habíamos subido hacia las viviendas de Toñi y de Desirée. Las gentes nos miraban con extrañeza, como si intuyeran que otra vez dos forasteros estaban dando vueltas a aquel viejo crimen que parecía proyectar una negra sombra que no terminaba jamás de disiparse.

– Tú conocías a las tres niñas, ¿no?

– Sí. Ya lo sabes – respondí secamente y cambié de tema.

Le guié a través de las últimas calles de Alcasser, indicando a Rubén que las tres niñas habían ido caminando hacia la salida del pueblo en dirección a Picassent. Tenía un croquis que había hecho la guardia civil, aunque en realidad no lo necesitaba. Conocía aquellas calles. Había vivido más de una década a dos manzanas de donde nos hallábamos.

– Bajaron desde el ambulatorio, cogieron un coche junto a este semáforo y una pareja de conocidos las llevó hasta la gasolinera, apenas a un kilómetro de aquí.

Estábamos delante del famoso semáforo, que era donde los jóvenes hacían dedo para que alguien les llevase a una fiesta, a una discoteca o a un pueblo cercano. La gente de los contornos sabía que siempre había gente necesitada y a menudo se paraban para llevar a un amigo o a un vecino. Cogimos mi coche, un Volkswagen Polo rojo que me iba muy bien para una ciudad como Madrid pero que ahora, en el marco de aquella misión, se me quedaba pequeño. Rubén me llevó hasta la gasolinera, que ahora era un supermercado. Pasamos de largo.

–La gente odia todo lo relacionado con este crimen –le dije–. Edificios derruidos para construir otros, calles que han cambiado de nombre... Parece que el trayecto por el que pasaron Miriam, Toñi y Desirée estuviera maldito.

Me callé por un momento y me sumergí en la lectura del grueso legajo que tenía entre las manos. Mapas, direcciones, atestados policiales. No faltaba de nada.

– ¿Cómo has conseguido todo ese material? – dijo Rubén mientras aparcaba, dentro ya de Picassent, en una calle llamada en valenciano “Del Calvari”. Calvario, pensé, un nombre de lo más adecuado.

– ¿Qué material? ¿Estos informes? Piensa que esto es ya de dominio

público.

Pero no era del todo cierto. Había recibido un mail aquella misma mañana y lo había llevado a imprimir a una copistería cercana. No solo se trataba de los informes originales sino de información que no había llegado a la prensa. En nuestra asociación teníamos influencias. Habíamos ayudado en muchos casos a la policía y estábamos bien comunicados.

– He llamado a mi gente en la Asociación Egeria: les he dicho que tenía una idea que podía conducir a que Inglés no saliese de prisión. El país entero está rezando para que eso no pase. Ni siquiera he tenido que dar muchas explicaciones. Les he dicho que quería repasar el caso desde el principio y me han mandado todo lo que tenían, todo lo que han podido conseguir de nuestros amigos y contactos.

– Vaya, parece que algunos no han olvidado lo que pasó.

– Nadie en España ha olvidado lo que pasó, Rubén. Nadie.

Bajé del coche y caminamos un par de calles en dirección al ayuntamiento.

– Más o menos por aquí las vieron por última vez.

– ¿Dónde iban las chicas? – quiso saber Rubén.

– A una discoteca. ¿No sabes nada del caso?

– Me pilló muy joven. Tendría dieciséis o diecisiete años y solo recuerdo el revuelo que se armó y poco más. Estaba en aquella época más interesado en salir de fiesta que en la crónica negra de este país.

– Por allí –dije señalando a mi espalda–, a unos centenares de metros, estaba la discoteca Coolor. Era un lugar de reunión habitual de los jóvenes de los contornos y aquel día había una fiesta privada de la gente del Instituto de Picassent. Todo el mundo se dirigía al mismo lugar.

Bueno, en realidad no todo el mundo. En aquel mismo momento, Gloria Goldar y Javier Fabré decidieron no ir a la fiesta sino buscar un lugar privado junto a un huerto y unos naranjales. Allí se besaron durante horas. Qué pequeño era a veces el mundo. Alejando aquellos recuerdos, añadí:

– Así fue. Chicos y chicas de corta edad caminaban justo por esta acera sin saber que unos asesinos les acechaban.

Rubén se volvió de pronto, como si alguien nos acechase también a

nosotros y creo que sonreí por primera vez en varias horas.

– No te habrás asustado con mis explicaciones.

– Para nada, solo es que...

– ¿Gloria?

Una voz rota, prematuramente vieja, la voz de un anciano, interrumpió nuestra conversación. Pero no se trataba de un anciano sino de alguien de mi edad o quizás un poco más mayor, en torno a los cincuenta años.

– Qué hay Mejía –dije, en tono jovial, tratando que mi voz no dejase traslucir mi sorpresa.

Aquel hombre era un despojo humano. Desdentado, vestido con una chaqueta de cuero ajada, media melena estilo años ochenta y pantalones que una vez fueron de campana pero que ahora lucían arremangados hasta casi el tobillo, mostrando unos calcetines sucios y de diferente color; probablemente incluso talla.

– Ya sabes, tirando, Gloria. Poco más. Solo voy tirando.

Mejía era la única persona de los contornos con la que mantenía relación. Hacía unos años me lo encontré en un juzgado, desorientado, solo, esperando sentencia con un abogado de oficio al que su cliente no le importaba en absoluto. Le eché una mano y en lugar de diez años por tráfico de droga le cayeron tres por posesión. Al cabo de catorce meses estaba en la calle. Pero desde que no lo veía parecía que había envejecido de golpe catorce años.

– Tú recordarás bien el caso Alcasser, ¿no?

Mi interlocutor echó un paso atrás, como si una llama estuviera a punto de abrasarlo.

– ¿No me habrás llamado por nada relacionado con ese tema? Aquí ninguno queremos recordar todo eso.

Dio media vuelta para irse. Pero le detuve con una sola frase.

– Me debes una.

Mejía me miró de soslayo.

– Lo de las niñas... eso... da mal fario a cualquiera que lo toca. No te metas en esa historia.

– Ya estoy metida.

– ¿Y qué quieres que haga yo al respecto?

– Nada y todo. Serás como un asesor. Cuando tenga dudas nos veremos. O te llamo. Conociste a todos los implicados, desde Inglés a Ricart o a las niñas. Si alguna cosa no está fresca en mi memoria espero que lo esté en la tuya. Al fin y al cabo, sigues en el mismo lugar y en las mismas calles.

– Por desgracia.

El antiguo toxicómano, si es que no lo era todavía, se mesó nervioso la barbilla y me miró con fastidio.

– No quiero hacerlo.

– Me debes una –insistí.

– Vete a tomar por culo.

No me mostré ofendida sino que le di un codazo amistoso.

– ¿Así le hablas a una dama?

Mejía rió mostrando su boca sin dientes y sus encías sangrantes. Era casi un milagro que siguiera vivo.

– Vale. Pregunta lo que quieras.

– Sabía que podía contar contigo. De todas formas, hoy solo tengo una pregunta que hacerte, y es bastante sencilla.

Un hombre vestido de forma similar a Mejía emergió de detrás de un contenedor de basura. Encendió un cigarrillo y se lo pasó. Ambos me miraron con similar desgana, esperando mi pregunta:

– ¿Crees que Inglés y Ricart mataron a las niñas?

El segundo hombre exhaló una bocanada de humo. Mejía parecía estar pensando una respuesta:

– Antonio era capaz de cualquier cosa –dijo Mejía–. Pero es que él...

– Es que él era maricón –dijo el otro hombre.

– Cállate, Macastre.

– ¿Pero no dices siempre que Inglés era bujarra?

– Que te calles, coño o te parto la boca.

Puse paz entre ambos antes de que la cosa fuera a mayores. Me interpose y les pedí calma.

– ¿Es verdad? ¿Inglés era homosexual? –pregunté al cabo.

Mejía respiró hondo.

– Es lo que te iba a decir. Estaba loco, era una mala bestia... pero no le

gustaban las tías. Había tenido novias pero para aparentar, porque ser maricón entonces no estaba bien visto. Resumiendo. ¿Las mató? Puede ser. ¿Las violó? No creo.

Me quedé algo descolocada. Antonio había afirmado lo contrario, que las había violado pero no asesinado.

– ¿Estás seguro que era homosexual?

– Seguro.

– Vale –dije, y creo que tardé casi un minuto en añadir, mientras le daba vueltas al tema–: De todas formas, no has respondido a mi pregunta.

– ¿Cuál?

– ¿Crees que Inglés y Ricart mataron a las niñas? No quiero saber si es remotamente posible, quiero saber qué opinas tú.

Mejía parecía enfadado cuando dijo:

– No, para nada. Todo el mundo sabe que no fueron ellos. En la calle, por cada persona que vivieron ese momento y que les preguntes, una te dirá que sí, nueve que no.

– Sin embargo, la confesión de Ricart...

El despojo andante se alejaba ya, con su amigo, el tal Macastre, a su lado.

– Ya basta de preguntas por ahora, Gloria. La próxima vez seguimos hablando de lo que quieras. Y mejor que no sea de las niñas. Ya te he dicho que da mal fario.

– ¡Me debes una! –le recordé, lanzando un grito.

– Ya lo sé, coño. Ya lo sé. ¿Sino piensas que habríamos tenido esta conversación?

Los dos yonquis desaparecieron al doblar una esquina. Me dirigí hacia Rubén, que se había mantenido ajeno a toda aquella conversación. De pie, a unos cuatro o cinco metros.

– Mejía era un muchacho listo –le confesé–. De los mejores de la clase. Y las drogas le han convertido en esa cosa que has visto. Me da mucha pena.

Pero Rubén no dijo nada. Miraba hacia atrás, como si estuviera resiguiendo mentalmente el camino que hicieron las tres niñas.

– ¿Me estás escuchando?

Rubén miró en dirección contraria. Y de nuevo hacia atrás. Lo hizo dos

veces y se quedó pensativo.

– ¿Pasa algo? – pregunté.

– Para nada. Solo pensaba.

No me estaba contando la verdad. Un coche, un Renault Megane negro, nos estaba siguiendo desde que salimos de Alcasser. Él se había dado cuenta hacía rato. Pero no me dijo nada.

5

Después de comer algo en un bar cercano, seguimos con el caso. Yo estaba concentrada en mi análisis de la desaparición de las tres niñas y volvía a menudo a mi legajo con todos los datos del caso. Dimos una vuelta por los alrededores. Caminé desde la antigua gasolinera hasta la discoteca. Apenas unos minutos. Regresé al punto de origen, a la confluencia de calles donde habían desaparecido y me detuve a medio camino, a la altura de la ermita de la Virgen de Vallivana. Allí decía el sumario que se había parado el coche que se llevó a Miriam, Toñi y Desirée.

Mientras yo hacía mis pesquisas, Rubén miraba en ocasiones en dirección contraria hacia donde andábamos. Aunque yo lo percibía pensé que trataba de hacerse una imagen del lugar sopesando diferentes itinerarios, que era más o menos lo que yo pretendía con aquel paseo. De cualquier forma, estaba concentrada en mi investigación y no le di mayor importancia. Tenía algo más importante en lo que pensar: el lugar a donde nos dirigíamos.

– Aquí es – informé a mi novio–. Calle “Pare Guaita”.

– ¿Qué hay en este lugar? – quiso saber.

No contesté. En su lugar llamé a un timbre sencillo de plástico blanco colgado en el lado izquierdo de un portal antiguo y algo abandonado. La puerta era de cristal y aluminio; tenía varios vidrios rotos o desportillados. Una voz rezongó al otro lado del comunicador:

– ¿Quién es?

– Soy yo, señora Segovia. Gloria Goldar. La llamé esta mañana.

–Ah, sí. Pase, pase.

Se escuchó un pitido y una vibración, la puerta se abrió y entramos al interior. Íbamos al primer piso.

– Conchita Segovia es el testigo más importante del día de la desaparición. Por suerte está aún viva. Pero es muy mayor –le expliqué a Rubén, que no preguntó nada más y se limitó a seguirme.

En el primero B nos abrió su nuera, Gabriela, una chica colombiana que nos invitó a té y pastas antes de dejarnos a solas con Conchita, la última persona que había visto con vida a Miriam, Toñi y Desirée... aparte de sus asesinos.

Nos hallábamos delante de una mujer de 95 años que conservaba no obstante toda su lucidez. Caminaba con soltura, regaba las plantas de una pequeña terraza y solo cojeaba levemente de la pierna izquierda. Se quejaba de la rodilla pero se negaba a usar bastón. Durante toda la conversación la vi perfectamente consciente del significado de sus palabras y de sus actos; a veces repetía anécdotas de una nieta suya que se había ido a trabajar Alemania y de otra nieta aún más joven que, como le iban tan bien las cosas a su hermana, estaba pensando en irse también al norte. Pero aparte de estos lapsus era una persona sensata y coherente. Y lo era especialmente en lo que atañía a la desaparición de las niñas, que recordaba como si hubiese sucedido hacía un instante. No en vano los ancianos rememoran mejor momentos antiguos que acumulan nuevos, tal vez porque como el tiempo se les acaba su mente vaga hacia el pasado, antes que ese mismo enemigo (el tiempo) les deteriorase y les arrebatase la juventud.

– Lo recuerdo todo. Se lo dije a la policía y a los investigadores y a todo el que me preguntó. Lo repetí muchas veces –dijo Conchita sin dar tiempo a presentaciones.

– ¿Qué les dijo? – pregunté. Rubén, a mi lado, permaneció en silencio durante toda la conversación, ajeno como siempre a los hechos, como un mero espectador.

– Que habían sido cuatro los que se habían llevado a las niñas. No dos.

– Pero pudo equivocarse.

– No, no. Para nada.

Conchita se levantó y caminó hacia la ventana de su habitación. Sacó la cabeza y los hombros por el alféizar y nos señaló a la acera.

– ¿Que habrá... veinte metros hasta el cruce de la calle? Tal vez ni eso. Allí estaban, justo debajo de la farola. ¿Ve la farola? Las recuerdo perfectamente. A las niñas. Y al coche. Era un coche blanco. Siento no saber mucho de coches ni de modelos pero sé que era un coche blanco y no demasiado grande. Me llamó la atención que en un coche así se metieran siete personas: los dos hombres que iban delante y los dos de detrás, aparte de las tres niñas. Yo no las conocía por entonces. Me enseñaron fotografías y eran ellas. Estoy segura. Y los hombres eran cuatro.

– ¿Recuerda algo más?

Conchita se alejó de la ventana y se sentó en su mecedora.

– ¿No le digo que lo recuerdo todo? Lo único que no vi fue los rostros de los hombres porque quedaban de lado o de espaldas. Una de las niñas habló con uno de ellos, con el que me pareció que cojeaba levemente, el que salió por la derecha y por la parte de atrás del vehículo. El otro de la parte de atrás era muy delgado, con cuerpo de niño pequeño, esquelético. Pero mediría al menos un metro setenta. No dijo nada. El conductor también salió y les dijo unas palabras. Creo que se reía de algo. El acompañante se medio incorporó sacando la cabeza por la puerta, pero no llegó a salir del todo del coche.

– ¿Sabe de dónde venía el vehículo?

– Venían de la entrada de Picassent, por el mismo camino que han venido ustedes andando hace un momento. Sí, sí les he visto antes de llegar desde mi ventana. – La anciana se echó a reír, contenta de su posición privilegiada como atalaya de la vecindad –. Y se marcharon luego por la carretera en dirección a Venta Cabrera.

– Como si fueran a la discoteca Coloor.

– Por la carretera he dicho, sí, en esa dirección.

– Y no tiene ninguna duda de que eran las niñas asesinadas.

– Describí cómo vestían y luego quedó confirmado que estaba en lo cierto. Yo siempre me entero de lo que pasa en el barrio. Desde que murió mi difunto Andrés no tengo otra ocupación. Y de eso hace cuarenta años.

– Una vida muy solitaria – dije sin pensar, y añadí para reconfortarla—:

Pero seguro que tiene una familia maravillosa que la cuida.

Aquello fue un error porque ella negó que su vida fuera solitaria y me habló de sus nietas, de la estancia de la primera en Alemania en una gran empresa en Dortmund, y de su hermana menor que también estaba pensando en marcharse. Contó la anécdota dos veces seguidas y luego se nos quedó mirando:

– No crean que no me doy cuenta de que a veces repito cosas, pero no es que se me vaya la cabeza. Mis recuerdos están perfectamente. Solo es que hay pocas cosas que me importen y esas de pronto dan un salto y se imponen a todo lo demás. Me gustaría vivir lo suficiente para que se casase mi nieta mayor y poder llegar a ver a mi primer bisnieto. Hay mujeres de mi edad que tienen hasta tataranietos aquí en el barrio. Pero mis hijos se casaron tarde y yo quiero tener a un bisnieto entre mis manos antes de marcharme. Aunque hable en alemán. Yo me pregunto: ¿Es eso tan malo?

– No es malo en absoluto, señora Segovia –le aseguré, exhibiendo la mejor de mis sonrisas –. Es más, creo que es un objetivo maravilloso para sus últimos años.

– Sí que lo es. Pero ahora Conchi la pequeña está en Alemania en una gran empresa de Dortmund, que es una ciudad industrial muy rica e importante. Y su otra hermana, la Carme, está pensando en irse también porque allí pagan muy bien, en Alemania, ¿no lo sabía? Pagan muy bien y yo me voy a quedar aún más sola y Alemania está muy lejos. Pero estoy contenta porque lo que quiero es que ellas tengan una buena vida.

Habló un rato más sobre Alemania y luego se calló. Se quedó mirando hacia el enlosado y decidí que era el momento de despedirnos.

– Con su permiso, vamos a seguir nuestro camino y...

– Tuvieron mala suerte las “xiquetas”, las niñas de Alcasser.

– ¿Por qué dice eso? – pregunté.

– Por aquel tiempo, en un día normal había autobuses que iban y venían hacia la discoteca. Los ponía la propia empresa que gestionaba el local para recoger a los chicos y a las chicas, para que los padres estuvieran tranquilos. Pero aquel día debía ser una fiesta privada y no lo organizó la propia discoteca. En esos casos la calle se llenaba de chicos gritando y bromeando

mientras hacían autostop.

Conchita se quitó unas gruesas gafas que llevaba. Nos las enseñó.

– Ya las llevaba por entonces, y hace treinta años veía mejor que ahora. Pero incluso a día de hoy sería capaz de distinguir un coche a veinte metros y si van en él dos, tres o cuatro personas. Había mucha luz porque acababan de encenderse las farolas. Lo vi todo perfectamente. Las niñas estaban riendo cuando el coche paró. El anterior había estado a punto de hacerlo, casi se detiene, aminoró y luego siguió su camino. Eso hizo gracia a las “xiquetas” y yo me reí con ellas. Me gusta oír reír a los jóvenes.

Conchita detuvo su monólogo. Luego prosiguió, perdida de nuevo en su digresión preferida:

– Echo de menos la risa de mis nietas. Son algo mayores que las tres de Alcasser cuando desaparecieron. Pero están seguras; una vive en Alemania y la otra irá pronto. Yo sé que los asesinos siguen por aquí porque eran cuatro y nadie me escuchó. Pero allí en Dortmund se gana buen dinero y mi nieta mayor trabaja en una gran empresa. Pronto colocará a la pequeña. Pero me alegro que se vayan porque los asesinos están aquí, ellos siguen aquí... ellos... yo advertí a todos...

Conchita Segovia comenzó a balbucir frase sin sentido y entonces entró en la habitación la nuera, Gabriela.

– Está muy cansada, Concha. Es hora de irse a la cama. Hágame caso –Y luego, volviéndose hacia nosotros–: Piensen en los años que tiene. Será mejor que se vayan. Yo la llevaré a dormir que ya son más de las ocho.

Bajamos las escaleras poco a poco, sin prisas, como si tuviésemos miedo de despertarla. Salimos a la calle y cerramos la vieja puerta de vidrio y aluminio. Nos alejamos sin querer en la misma dirección que habían tomado las niñas en 1992. Entonces oímos la voz de Conchita:

– Miriam, Toñi y Desirée estaban justamente donde ahora estáis vosotros.

Volvimos la cabeza y descubrimos a la anciana asomada a la ventana, con medio cuerpo fuera, sujeta a duras penas por su nuera.

– Eran cuatro, estoy segura. Y aunque no pude verlos bien me enseñaron fotos de Inglés y de Ricart. El más bajito de los cuatro secuestradores que se las llevaron no era tan delgado como ninguno de las fotos que vi. El delgado

con cuerpo de niño no podía ser uno de ellos y el resto eran mucho más altos y gruesos. Ni Inglés ni Ricart iban en ese coche.

Por fin Gabriela consiguió arrastrar a la señora Conchita al interior. Nosotros nos quedamos afuera, bajo la luz de la farola, mientras la oíamos gemir y quejarse a su nuera camino del lecho:

– Siguen ahí afuera. Siguen ahí afuera. ¡Los asesinos siguen ahí afuera!

Rubén me miró entonces fijamente:

– ¿Su declaración no hizo dudar a la policía?

Suspiré.

– De hecho, es el único testigo que en el fallo del juez se dice que se equivocó y vio mal lo sucedido.

– ¿Se equivocó a veinte metros de distancia en una zona iluminada? ¿Esa mujer que acabamos de conocer piensas que es de las que cometerían un error así?

Miré hacia la ventana. Desde donde estábamos podía ver hasta una pequeña tela de araña en la parte inferior del alfeizar de la ventana de la habitación de Conchita.

– No –dije, a regañadientes–. No creo que se equivocase.

6

Durante los siguientes días proseguimos nuestras pesquisas. Lo que al principio era algo que hacía por obligación, con la mirada puesta en que Antonio Inglés no saliese jamás de prisión, de pronto se había vuelto algo interesante. Como poco me sentía intrigada por lo que estaba descubriendo, aunque en el fondo estaba convencida que aquello no conduciría a ninguna parte. Pensaba, por supuesto y pese a las palabras de Conchita, que el asesino estaba en prisión, pero no descartaba que hubiese dos o cuatro implicados más aparte de Miguel Ricart. Quién sabe, tal vez encontraría la manera de explicar alguno de los muchos cabos sueltos de aquel caso.

Aunque pensaba que era una pérdida de tiempo decidí ser minuciosa; así que interrogamos al resto de los testigos oculares del día de la desaparición de las niñas: La muchacha a la que habían ido a visitar Miriam, Toñi y Desirée; un joven que las saludó cerca del ambulatorio; la pareja que las llevó hasta Picassent, a la gasolinera Mari, y un conocido que las vio caminando hacia la discoteca Coloor. También a diversos vecinos de Alcasser, muchos ya ancianos, que poco o nada tenían que decir. De nuevo un callejón sin salida. Todas las pistas llevaban al momento en que desaparecieron y el único testigo de la misma seguía diciendo que habían sido cuatro los hombres y que no era ninguno de ellos ni Inglés ni Ricart.

No me gustaba la idea de dar la razón aquel monstruo que se moría lentamente en la cárcel de Castellón. Antonio tenía que ser el culpable, él mismo me había dicho que había violado a las niñas, por lo que la declaración

de la señora Conchita era todavía menos entendible. ¿Había cuatro implicados que se habían llevado a las niñas pero que no eran Inglés ni Ricart? ¿Eran seis los implicados? Al final resultaría que eran una banda formada por una decena de torturadores. Aquella era la típica idea absurda y conspirativa que había circulado en los medios de comunicación durante años y que yo no estaba dispuesta a seguir.

– ¿Y ahora qué? – quiso saber Rubén.

Estábamos sentados en un bar de Picassent, no muy lejos de donde vivía Conchita Segovia. Incluso se me había pasado por la cabeza volver a interrogarla. Pero sabía que aquello tampoco conduciría a parte alguna. Ya nos había dicho lo que tenía que decir... y lo que tenía que decir no me gustaba nada.

– Aún quedan muchas pistas por explorar – anuncié, un poco para darme ánimos a mí misma –. Durante setenta y cinco días estuvieron desaparecidas, esto fue un hervidero de videntes que estaban seguros de que las niñas se hallaban en un pozo o en la casa de tal o cual persona. Hubo allanamientos de morada bajo los auspicios de estos médiums farsantes, principios de locura colectiva y hasta un hombre que murió atropellado mientras buscaba en la noche a las niñas por los parajes de los contornos. Otro resultó gravemente herido. Pero nada de eso fue realmente importante para la investigación. Solo es una muestra del estado de nervios y de la irracionalidad que ha estado siempre vinculada a este asunto.

– Pues tendremos que caminar en otra dirección – opinó Rubén, levantándose para pagar la cuenta.

Cuando regresó le dije:

– Tienes razón. Para empezar nos iremos hasta la fosa donde fueron encontradas en el Barranco de la Romana.

– Eso no parece nada agradable.

– No lo fue hace 30 años. Pero ahora es un camino de cabras y poco más. Eso dicen mis informes, pero tendremos que comprobarlo por nosotros mismos.

Cuando nos dirigíamos al coche oí una voz a mi espalda:

– Guapa, guapa y reguapa.

Me volví y fue una de aquellas veces en la que el recuerdo y el presente no pudieron fundirse. Me di cuenta una vez más que todos habían cambiado en Picassent y Alcasser, y ya no transitaba un lugar que me era conocido. Porque al oír aquella frase me vino a la memoria un niño de diez años, gordito y gracioso, cuya familia acababa de llegar por la época en que desaparecieron las niñas. Era un mocoso inofensivo que siempre estaba de buen humor, al que no le importaba que a veces algunos niños crueles le lanzasen huevos. “Subnormal, subnormal”, le gritaban. Sin embargo, Pere siempre les sonreía, incluso cuando se quitaba una cáscara de huevo de la cabeza. Y chillaba a los niños que quería ser su amigo y a las niñas les repetía siempre el mismo mantra:

– Guapa, guapa y reguapa – me dijo un tipo de pelo blanco vestido con un pantalón vaquero, una camisa corta y unos tirantes.

Era el mismo niño pasado por el terrible tamiz del tiempo. Estaba delante de mí, balanceaba un pie de un lado a otro y caminaba de una forma extraña, sincopada, justo lo que había provocado las burlas de los niños en el pasado.

– No te había reconocido, Pere.

– Estás guapa – dijo el hombretón con el mismo gesto tímido, las mismas manos que se contraen abriéndose y cerrándose una y otra vez, la misma sonrisa tarda... pero embutido todo en un cuerpo que mi memoria se resistía a aceptar.

– Gracias.

– No me he olvidado de ti, Gloria. Sigues igual de guapa.

Aquello de alguna manera me emocionó. Él me había reconocido sin dificultad y el tiempo también había dejado su huella en mis carnes. Ya no era la niña de catorce años que estudiaba en el instituto; tenía casi cincuenta, como el propio Pere. Bueno, en realidad cuarenta y seis, aunque siempre decía que tenía cuarenta recién cumplidos. Incluso en alguna ocasión me había atrevido a cambiar de década y decir que eran solo treinta y nueve.

– Gracias de nuevo.

Pere sonrió, aplaudió dos veces, balanceó un pie y luego el otro. Y se marchó calle abajo repitiendo su mantra de “guapa, guapa y reguapa”.

– Es el primero que te reconoce por aquí y resulta ser el tonto del pueblo –

dijo Rubén, con un asomo de crueldad que yo no esperaba y el mismo tono que los niños que le lanzaban huevos en el pasado,

– Oh, calla y sube al coche antes de que te nombren a ti el nuevo tonto del pueblo.

Rubén no rió. Yo tampoco. Me dio la impresión que durante el viaje a la Romana tenía una de esas lagunas, esos vacíos en los que no parecía él mismo. Abstraído en alguna parte, muy lejos, se mantuvo erguido, tieso como un palo, durante la primera media hora del viaje. Esta vez conducía yo y tomé el trayecto que consideré más lógico, camino de Catadau pero no todo el viaje por la carretera general sino atravesando Picassent. Si yo quisiera raptar a unas niñas elegiría aquella opción. Así, al principio del viaje, el camino sería el que ellas esperaban. Al menos hasta la discoteca. Luego pasaría de largo y allí comenzaría a tener que dar explicaciones. Cuatro hombres no tardarían en someter la voluntad de las muchachas y obligarlas a callar, fuera con amenazas o con golpes.

Tardamos una hora desde Catadau hasta llegar a las inmediaciones de la Romana. Rubén había despertado de su ensueño y en este segundo tramo miraba hacia atrás a menudo, primero por el retrovisor del acompañante y luego volviéndose en su asiento.

– ¿Pasa algo?

– No. Solo miraba el paisaje – me mintió una vez más.

En un momento dado la carretera dejó de ser practicable. Primero pasó del asfalto a la tierra y, llegado un punto, no pudimos avanzar más, ni siquiera con un Land Rover lo hubiésemos conseguido. Aparcamos en un lugar conocido como “la subida de la Gitana”.

La partida de la Romana era un lugar sinuoso, escarpado, una montaña rodeada de aquello que yo había llamado antes caminos de cabras y que no eran más que veredas polvorientas, matorrales que te pinchaban cada pocos metros y unos enormes desniveles que subían y bajaban sin conducirte en realidad a ninguna parte. Pasamos por el charco negro, un barranco con una especie de fuente donde Inglés y sus amigos se aseaban. Aparte de eso, algarrobos y despeñaderos a derecha y a izquierda acabaron por convertirse en nuestros únicos acompañantes.

– Creo que es por aquí – dije, aunque no tenía ni idea de qué senda era la correcta. En mi carpeta había diversos croquis e información detallada. Pero un mapa no se parece nada a un monte real. Cada vez que echaba un vistazo a un dibujo que situaba La Romana y sus contornos menos entendía dónde me hallaba.

Tardé casi una hora en encontrar la caseta donde, según el sumario, habían torturado y violado a las tres niñas. Pasamos de largo. Cinco minutos de bajada por un camino estrecho, torcimos a la derecha, caminamos unos minutos más, luego un pequeño repecho y encontramos la fosa donde las habían ejecutado y luego enterrado. Siempre según los hechos probados a criterio de los jueces. El lugar ahora era un cuadrado rodeado de una valla metálica, cubierto en parte por la maleza. Y en su interior una placa en tinta azul ilegible y ocasionales ramos de flores en recuerdo de las niñas.

– Nada relacionado con el levantamiento de los cadáveres tiene sentido – le revelé a Rubén, mirando de reojo la fosa –. Tengo informes del juez, de la guardia civil y declaraciones juradas de los colmeneros que encontraron los cuerpos. Nada coincide. Contradicciones constantes, miembros que faltan, un cadáver sin una mano (y luego son dos los cadáveres amputados), otros dos sin cabeza y luego resulta que sí están las cabezas.... es como si hubieran tenido lugar dos o tres levantamientos de cadáveres distintos y que en cada uno de ellos se hubiesen apuntado cosas diferentes. Es uno de los grandes misterios de la investigación y probablemente una de las claves del caso.

Rubén, normalmente atento a todo lo que yo le explicaba, se alejó y miró en dirección al horizonte. O eso pensé yo.

– Según un informe –proseguí– se encontraron veinte objetos en la fosa, según otro dieciséis, y eso sin tener en cuenta la nota que luego llevaría a la detención de Miguel Ricart y Antonio Anglés. Nota, por cierto, que encontraron los agricultores, los colmeneros, vaya, porque les dieron guantes para que buscasen pistas como si también fuesen fuerzas y cuerpos de seguridad del estado. En resumen, un conjunto de contradicciones y despropósitos del que nunca nadie ha sabido sacar la más mínima conclusión acertada. Y creo que yo tampoco lo conseguiré. Esa es mi principal preocupación ahora mismo.

– Pues me parece que tenemos otra preocupación más inmediata. Y de distinta índole.

Rubén estaba señalando al final del camino, donde estaba aparcado nuestro coche. Acababa de aparecer otro automóvil, un Renault Megane negro conducido por un hombre que no pude distinguir. Era como si algo le tapase la cara. Salieron otros tres hombres de las puertas traseras y la del acompañante. Entonces comprendí la razón por la que no había podido vislumbrar sus rasgos. Iban encapuchados.

– No me jodas. No puede ser – susurré.

– Hacía un tiempo que me parecía que nos seguía un coche negro –me reveló Rubén–. Nunca he llegado a ver la matrícula, quien quiera que condujera era muy profesional. Siempre estaba a demasiada distancia o con el sol a su espalda o en una posición en la que me era imposible ver más que un momento el coche.

– Creo que seguiremos sin saber nada sobre ese asunto –dije–, porque han quitado las matrículas.

Volví a mirar hacia el Megane que, en efecto, no tenía identificación ni matrículas visibles. El conductor había sacado una mano por la ventanilla y señalaba en nuestra dirección. Conversó con sus compañeros y paró el motor. Entonces, tres hombres iniciaron el ascenso.

– Esto no tiene muy buena pinta – le dije a Rubén, cogiéndole una mano–. Vámonos de aquí. Pero ya.

Porque no soy ninguna heroína, ni llevo pistola ni me gusta que un grupo de encapuchados me persiga.

– Nosotros hemos tardado un buen rato en llegar hasta aquí –dijo Rubén con la voz trémula, aunque trataba de parecer racional y sereno–. Por mucho que se apresuren les llevamos diez minutos de ventaja como poco. Eso nos da tiempo para huir hacia la caseta de La Romana. Y luego podríamos seguir camino por la montaña.

– Pero no podremos volver a nuestro coche porque justo al lado tienen ellos el suyo.

– No, no podremos volver, Gloria. Aunque diéramos toda la vuelta para regresar a donde lo aparcamos, nos espera el último del grupo sentado en el

asiento del conductor del coche negro.

No dijimos nada más y nos alejamos a buen paso. Nuestros perseguidores siguieron avanzando y nosotros continuamos el ascenso. Poco a poco iban recortando distancias, sobre todo uno de ellos, más alto y fornido. Pero se paraba de cuando en cuando para esperar a sus compañeros. Me pareció que no se trataba de personas jóvenes (salvo el que encabezaba el grupo). Tres hombres fuertes habrían avanzado mucho más rápido, especialmente teniendo en cuenta que mi estado de forma nunca ha sido excelente y Rubén tampoco era un atleta. De cualquier forma, cuando llegamos a la caseta donde las niñas habían sido torturadas aún les llevábamos alguna ventaja. Miré aquella vivienda abandonada con más detalle que la primera vez que habíamos pasado. Los muros que la rodeaban estaban casi completamente derruidos. Era una casa de piedra que constaba de dos plantas, pintada de blanco, con la fachada posterior derrumbada, dejando a la vista el interior. En los tiempos que Inglés y Ricart la frecuentaban estaba en mucho mejor estado, pero ahora apenas podía uno hallar sino cuatro paredes llenas de pintadas que sujetaban un techo que cualquier día se vendría abajo. No parecía el escondrijo de un grupo de torturadores. Las únicas sensaciones que acudían a mi mente al verla eran la soledad y el abandono.

– Al ritmo que va todo esto se hará de noche antes de que nos den alcance –opinó Rubén.

Reflexioné sobre nuestra situación y vislumbré un rayo de esperanza.

– Nosotros llevamos linternas y seguramente ellos también. Llegará un momento en que se nos verá a lo lejos evolucionar mientras avanzamos y alguna finca de los contornos se dará cuenta de que sucede algo raro. No creo que a nuestros perseguidores les interese.

– ¿Hay fincas en los alrededores?

– Cerca no, pero un grupo de cinco personas lanzando haces de luz en un paraje como este llamará la atención a kilómetros. Es un lugar que, salvo morbosos, pocas personas frecuentan.

– Entonces tenemos una posibilidad.

Las palabras de Rubén, que respiraba entrecortadamente entre frase y frase, me parecieron muy razonables. Cuando menos quise creerlas. Fuera

como fuese, al cabo de unos minutos nuestros perseguidores se detuvieron. Uno de ellos comenzó a hacer aspavientos, como si discutiera con los otros. Me detuve cuando al volver la vista descubrí aquella escena.

– ¡No sabe nada! –dijo una voz de hombre distorsionada por la distancia y la capucha–. ¡Ha sido una casualidad!

Uno de sus compañeros le cogió de la pechera y lo zarandeó, lanzándolo al suelo. El que había hablado se incorporó y siguió razonando en voz más baja, aunque a veces se escuchaba la palabra “Anglés” o “peligro” o algún chillido de rabia o de ira de sus compañeros.

Por fin la discusión finalizó.

– ¡No sigas con esto! ¡Te lo advertimos! ¡No sigas!

Esta vez había hablado el que parecía el más joven y fuerte del grupo, señalando en nuestra dirección. Su voz todavía me pareció más desfigurada que la vez anterior. No parecía ni siquiera humana, como si la estuviese impostando, como si tuviera miedo de que la reconociese.

Poco después, nuestros perseguidores dieron media vuelta y les vimos descender hasta su vehículo. Me fijé en cómo vestían, con pantalón vaquero y camisa, o polo o camiseta de manga larga. Buscaba un detalle peculiar, algo que me permitiera reconocerlos si volvía a encontrarme con ellos. En vano. Uno era más alto que el resto, tal vez metro noventa, y los otros estarían por el metro ochenta, aunque a aquella distancia era difícil estar segura. Aparte de eso, nada a la vista que me permitiese tener una idea de quiénes eran.

El coche de nuestros perseguidores arrancó poco tiempo después levantando una nube de polvo.

– ¿Bajamos? – pregunté, porque comenzaba a hacer frío, soplaba el viento y estaba tiritando.

– Tarde o temprano tendremos que hacerlo – opinó mi compañero de aventuras.

Al iniciar el descenso mil dudas me asaltaban.

– No entiendo por qué nos han atacado, Rubén. Si fuese una ingenua podría pensar que nos estamos acercando a los asesinos, eso presumiendo que no sean Anglés y Ricart. Pero no nos estamos acercando a nada... porque no sabemos nada, como bien ha dicho uno de nuestros perseguidores. No tiene

sentido cerrarnos la boca porque no hay razón alguna para ello.

Cuando llegamos de nuevo a la altura de la fosa donde una vez habían estado enterradas las tres niñas de Alcasser, vimos que habían dejado junto a unos matorrales un papel partido en dos. Exactamente de la misma forma en que se había encontrado el papel que había permitido a los investigadores la detención de sus supuestos asesinos. Pero esta vez no era nada relacionado con la familia Inglés sino una foto tomada con una Polaroid, una foto mía y de Rubén paseando por las calles de Picassent.

– Hace tiempo que nos vigilan.

– Tendrías que habérmelo dicho desde la primera vez que sospechaste que pasaba algo raro.

– Pensé que era paranoia, una tontería. Fruto del miedo que tengo de que te pase algo. No le di importancia.

Terminamos el descenso y finalmente fuimos hasta nuestro coche. Estaba intacto. Ni ruedas pinchadas ni lunas rotas. Suspiré de alivio, porque me moría de ganas de regresar al hotel y darme una ducha. Nuestro Polo arrancó a la primera y nos alejamos de allí. Nadie salió a nuestro encuentro y pronto alcanzamos la carretera.

– Tal vez solo querían darnos un aviso – dijo Rubén, que conducía porque mis manos estaban temblando y era incapaz de tomar el volante.

– ¿Avisarnos de qué? No lo entiendo. Te voy hacer una confidencia. Esta investigación es una farsa. Los crímenes han prescrito y las autoridades nunca aceptarán ninguna prueba que encontremos a menos que fuese una confesión de otro asesino o un video del asesinato de las niñas o alguna cosa de ese tipo. Te hablo de algo tan irrefutable que es una mera fantasía pensar que lo vayamos a encontrar. El caso en su día tenía más agujeros que un calcetín viejo pero siguió adelante hasta el fallo del tribunal. Así que da igual lo que encontremos. Esta investigación es solo la estupidez que se le ha ocurrido a un asesino moribundo. Nada va a cambiar y no sirve de nada. Ya te lo he dicho y te lo repito. Es un caso cerrado y prescrito. Además, fue Inglés quien las violó y las mató, así que...

– ¿Y entonces tu amigo Mejía, el que dice que era maricón?

– Se equivoca.

– ¿Y la señora Conchita, que habla de cuatro secuestradores y de que los acusados no eran ninguno de ellos?

– Se equivoca también.

Sabía que era lo contrario que le había dicho la última vez que me preguntó. Pero estaba cansada y tenía miedo. Y Rubén era consciente de ello. Estoy segura.

– ¿Y todas las contradicciones y misterios del caso?

– Fábulas de la gente, exageraciones de las televisiones...

– ¿Y lo que me has explicado del levantamiento de los cuerpos y de las autopsias?

– Casualidad, error humano.

– Vaya, tienes explicaciones para todo. Pero entonces, ¿esos que nos siguen y nos han perseguido en la Romana? ¿Lo hicieron por aburrimiento?

– No sé. Tal vez se trate de unos amigos de Inglés que quieren que parezca que es inocente y que hay un grupo de asesinos y torturadores por ahí suelto.

– Inglés no tiene amigos. Ya no.

En eso tenía razón. Dudaba que nadie, ni viejos conocidos del barrio y aún menos su familia, cuyos miembros se habían cambiado de apellido para que nadie los relacionase con Antonio, asumiesen el menor riesgo por el monstruo.

– Pues si no han sido amigos de Inglés y nada de lo que estamos investigando pone en peligro a nadie, ya me dirás qué pretendían esos ahí arriba.

– No lo sé, Gloria. Estoy tan perdido como tú. Pero yo no voy a negar todo lo que descubramos solo porque no me gusta el camino que lleva esta investigación.

“Ojalá pudiese regresar a Madrid y olvidarme de todo”, pensé. Pero de momento mi prioridad era evitar que Antonio Inglés saliese de la cárcel. Así que debía seguir investigando aquel caso porque en breves días debía regresar a la prisión para presentarle mi primer informe. Me sentía como una universitaria que ha elegido una asignatura que de pronto comprende que no quería hacer, pero se ve forzada durante un año a estudiar un temario que detesta por los malditos créditos.

Aunque mis créditos valían la pena, pues librarían al mundo para siempre de un monstruo. Inglés no saldría a la calle y todos respiraríamos tranquilos. Así que mis desvelos presentes eran en el fondo poca cosa comparada con el premio.

– Necesito unos ojos nuevos – dije, probablemente pensando en voz alta.

Rubén miraba por el retrovisor mientras conducía. Ni rastro del coche negro.

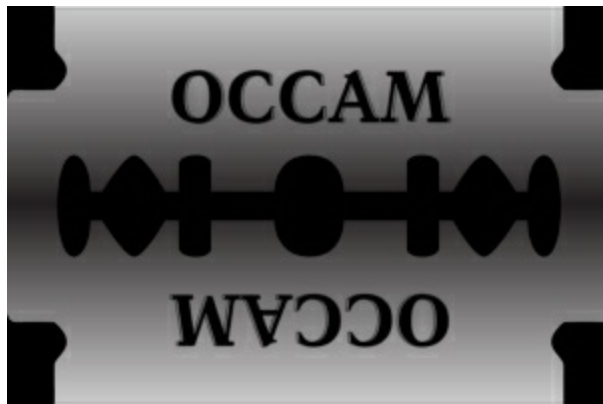
– ¿Unos ojos nuevos? – preguntó.

– Un médico, un forense, un experto en cadáveres que me ayude a entender lo que pasó en el levantamiento de los cuerpos. Pero uno cuyos conocimientos no estén viciados. Alguien que no haya oído hablar de todas las locas teorías de la conspiración en contra de la guardia civil y de los jueces. Alguien neutral. Alguien que a ser posible ni siquiera conozca el asesinato de las niñas de Alcasser.

– Pues te deseo suerte – dijo Rubén –. Por lo que me has contado, encontrar en España a una persona así no te va a ser fácil.

Pero yo esboqué una sonrisa traviesa. Sabía exactamente quién podría ayudarme en aquel terrible embrollo.

Informe "Caso Alcasser"



(APARECEN LOS CADÁVERES)

LOS HECHOS PROBADOS

En un paraje llamado La Romana (en la localidad de Tous, Valencia) aparecieron los cuerpos sin vida de Miriam, Toñi y Desirée. Se hallaban en una fosa, a no mucha profundidad. Unos agricultores que iban a visitar sus colmenas descubrieron de casualidad una mano que sobresalía del suelo. De esta forma se ponía punto y final a dos meses y medio de búsqueda

LA VERDAD JUDICIAL

La sentencia recoge que Antonio Anglés y Miguel Ricart llevaron a las tres niñas hasta la fosa (a Miriam en volandas). Allí Anglés las apedreó, las golpeó con un palo y finalmente las dio muerte con un tiro en la cabeza. Luego colocaron un par de alfombras en la fosa (una de ellas ya la habían usado antes para esconder una moto robada) y las arrojaron adentro.

LAS DUDAS

Uno de los sucesos vinculados a este caso más controvertidos siempre ha sido el levantamiento de los cadáveres. Apenas hay un par de fotografías de la fosa y ninguna donde se aprecien los cuerpos; los atestados no coinciden en número de objetos hallados; otros objetos y pruebas sencillamente desaparecieron (como una de las alfombras en las que estaban los cuerpos) y parece ser que el lugar del enterramiento no se acordonó debidamente.

Todos estos hechos han alimentado las teorías de la conspiración, especialmente aquellas que argumentaban que las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado estaban protegiendo a importantes políticos y/o empresarios, gente que estaría en secreto vinculada con los crímenes cometidos. Teorías, por otro lado, sin la menor base, pero que han calado hondo en la población.

TERCERA PARTE

UNA FORENSE POCO COMÚN

7

– Bah, los hombres.

– Venga, cuéntame – dijo Alessandra comenzando a diseminar mi legajo sobre el caso en el suelo.

Estábamos de vuelta en el barranco de La Romana. Pero esta vez no con Rubén sino protegida y acompañada por una forense hispanoitaliana llamada Alessandra Campi y por un hombretón de más de dos metros llamado Mauro Llorens: mi nuevo guardaespaldas.

– Tengo problemas con mi novio – le confesé a Alessandra –. O no, o los teníamos y dejamos de tenerlos para ahora tenerlos de nuevo. No sé si me explico.

– Te explicas exactamente igual que un libro cerrado.

Suspiré. Nos hallábamos de nuevo delante de la fosa donde aparecieron los cuerpos de Miriam, Toñi y Desirée. Era un día radiante de sol y el paisaje me resultó hermoso, una suave pendiente que se perdía en leves ondulaciones. No parecía el lugar donde tres niñas habían sido ejecutadas. Contemplé la reja metálica que rodeaba la fosa y un par de ramos de rosas, frescos aún, que alguien acababa de depositar.

– A ver cómo lo explico, Alessandra. Pasábamos por una mala racha, teníamos problemas de convivencia en Madrid. Yo estaba un poco harta y pensé incluso en dejarlo. Pero se presentó aquí para ayudarme con el caso. Se comportó como un caballero. Todo muy romántico hasta que una mañana, justo después de que nos persiguieran aquí en La Romana, le llamaron del trabajo y

se marchó a toda prisa. Acababa de decirme poco tiempo antes que iba a pedir más días libres, que se preocupaba por mi seguridad y un montón de tonterías que yo por supuesto me creí. Pero cuando olió el peligro salió corriendo. Hace 36 horas que no sé nada de él.

– Bah, los hombres – dijo Alessandra, imitándome incluso en el tono de voz. Luego se incorporó y me guiñó un ojo. Entonces añadió –: Tienes toda la razón.

– Ya sé que la tengo.

– Aunque, por otro lado, en cómo has llevado la investigación no voy a darte la razón para nada. Deberías haberme llamado antes y no haber comenzado las pesquisas por tu cuenta.

Ahora era Alessandra la que estaba en lo cierto. La presencia de Rubén había modificado mi forma de obrar, involucrando a mi pareja en unas indagaciones complejas hasta para un profesional. No me había dado cuenta de que hacía el ridículo hasta que mi novio desapareció. Solo entonces había reaccionado, aunque cuando el caso comenzó a complicarse ya había decidido que necesitaba un médico forense que me ayudase. Finalmente, abandonada por Rubén, sola en el hotel, con un poco de miedo a causa de los hombres que nos habían perseguido y preocupada por el rumbo de la investigación, resolví llamar a Alessandra y pedirle ayuda. Ya había comenzado a darle vueltas a aquella posibilidad cuando volvíamos en coche de La Romana, pero la traición de mi novio me reafirmó en mi decisión.

No podía seguir sola.

Cuando Alessandra llegó le expliqué por encima de qué iba el caso Alcasser (y los terribles crímenes a los que nos enfrentábamos). Ella no tardó en comprender, al igual que había hecho yo misma, que Inglés estaría mucho mejor en la cárcel gracias a un acuerdo de dudosa legalidad que en la calle con la ley en la mano. Además, después de leer un par de artículos sobre el caso, dijo estar segura que Inglés era culpable y que mi investigación no conduciría a ninguna parte (por los años que habían pasado, porque todo había prescrito y porque no teníamos ni el tiempo ni los medios para resolver un asunto de semejante envergadura). Yo estuve de acuerdo en la segunda parte de su afirmación pero no tanto en la primera. No podía engañarme más tiempo:

tenía muchas dudas sobre el caso y por desgracia también acerca de la culpabilidad de Inglés.

Que era un monstruo, un violador y un asesino... de eso estaba segura, pero no tanto de que fuese el monstruo, violador y asesino que había acabado con la vida de las tres niñas de Alcasser.

De cualquier modo, los servicios jurídicos de la Asociación Egeria estaban investigando la viabilidad del acuerdo. Además, tras el incidente de La Romana me habían enviado a Mauro, un guardaespaldas que trabajaba para Pignus Sécurité, una agencia de seguridad con la que ya habíamos colaborado otras veces. Desde su llegada, no nos dejaba a sol ni a sombra. Su presencia me había tranquilizado un poco.

– Esto es un lío, como decís vosotros los españoles, de padre y señor mío – dijo Alessandra, inclinándose de nuevo sobre las hojas de papel que había en el suelo, diseminando croquis, fotos y atestados a su alrededor en una especie de ordenación en el desorden que yo no comprendía pero que había visto otras veces en ella. Era la tercera vez que trabajábamos juntas y tenía plena confianza en sus capacidades.

De cuando en cuando, un papel salía volando y Mauro solícito lo devolvía su lugar. Alessandra le correspondía con una sonrisa. En más de una ocasión observé que le acariciaba la espalda al pasar.

– Supongo que en Italia este tipo de casos se resuelven de una forma distinta –dije, un poco para ponerla a prueba. Porque la justicia italiana y la española eran muy parecidas. El influjo del sur, un sistema de vida y de trabajo muy diferente a la forma aséptica de interpretar la ley que dominaba en el norte de Europa.

Alessandra era una mujer menuda de curvas sinuosas que vestía un top ajustado y un pantaloncito corto. No era muy guapa pero sí extraordinariamente atractiva y tenía unos ojos verdes que coronaban el conjunto: un conjunto que ella sabía muy apetitoso para cualquier hombre.

– Yo soy medio italiana y medio española, he trabajado aquí, he trabajado allá... soy libre y hago lo que me da la gana y con quien me da la gana. – Se volvió y guiñó un ojo a Mauro que, a pesar de ser un fortachón enorme, se sonrojó como un adolescente –. Por todo ello, sé reconocer un lío de padre y

señor mío. Y este lo sería aquí, en Italia y en la Cochinchina.

Probablemente volvía a estar en lo cierto.

– No entiendo qué sucedió en el levantamiento de los cadáveres – le expliqué –. Estoy comenzando a pensar que realmente hubo una conspiración de algún tipo. Los colmeneros que encontraron los cadáveres tuvieron que esperar horas antes de que llegase la guardia civil. Luego subieron en un coche no oficial y les dieron guantes para que buscasen pruebas como si fuesen policías. De hecho, fue uno de los colmeneros quien encontró la nota que vincula a la familia Inglés con este caso. Luego llegó el juez. Más tarde el grupo especial venido desde Madrid. Y todo el mundo vio un levantamiento de cadáveres distinto, con datos que no coinciden, con cabezas y manos que sobran y que faltan. No encuentro una explicación. La propia familia de una de las niñas durante años ha luchado por probar que hubo una conspiración policial o política o judicial o de todas las partes implicadas. Lo que no entiendo es cómo...

– Esto es más sencillo de lo que parece – me interrumpió Alessandra –. Los valencianos sois un poco como nosotros los napolitanos, os gusta mucho el espectáculo y los grandes gestos. Pero la vida es muy sencilla y las explicaciones también son a menudo sencillas. Ya he visto lo que tenía que ver y lo he comprendido todo – añadió con gesto de jactancia, como si aquel embrollo fuese algo de lo más común y yo fuese una pobre tonta–. Ya nos podemos ir.

Alessandra se inclinó a recoger mi legajo con todos los informes que había reunido; la forma de sus nalgas quedó claramente marcada en su pequeño pantalón negro. Pasaron por allí en ese momento unos ganaderos a caballo. Las bestias cabecearon mientras sus jinetes los conducían campo a través con mano diestra. Pero de pronto se detuvieron. Aquellos hombres rudos (y seguramente algo primarios) estaban como embobados, admirando las nalgas de Alessandra. Uno de ellos dijo:

– Tenga cuidado señorita no sea que le vaya morder el culo un lobo de los que a veces vienen por la comarca.

Lo que hizo que sus compañeros estallasen en carcajadas.

Alessandra se incorporó, apoyó el legajo completo bajo sus generosos

pechos (seguramente a propósito para realzarlos) y repuso:

– Yo me preocuparía por sus lobos, caballero. Tal vez sea yo la que, si me los encuentro, les muerda en el culo.

Aquello hizo que el grupo estallase aún en mayores risotadas antes de iniciar el descenso. Pero uno de aquellos hombres, el que cerraba la partida, no pareció tomarse a bien la broma de Alessandra. Vestía camisa blanca y pantalón y chaleco oscuros. Era un hombre mayor, con apenas cuatro pelos mal peinados, uno de esos que no ve con buenos ojos a las mujeres jóvenes y deslenguadas.

– ¿Alguna vez te han confundido con una puta? –dijo–. Yo he pagado a alguna que vestía de forma más decente que tú.

Alessandra se revolvió.

– ¿Y a ti, vejestorio? ¿Te han confundido con una? Porque eres igual que una puta vieja sin peluca.

El hombre se quedó pálido y comenzó a decir algo, pero se le trabó la lengua. Tartamudeó una frase sin sentido, se mordió los labios y miró a Alessandra con una ira asesina. Y se alejó al trote detrás de sus compañeros. Aquel lugar había sido zona de paso del ganado vacuno y hasta de toros bravos tiempo atrás, antes del asesinato de las niñas. Luego se abandonó para este cometido y se instalaron los colmeneros. Y ahora regresaba el ganado. El ciclo de la vida. Todo va y viene y regresa para volver al punto de origen.

Poco después comenzamos a bajar camino de nuestro vehículo. Lo hicimos por la senda de la Gitana, que era el mismo camino que yo había tomado días atrás con Rubén. Alessandra me dio un codazo, llamando mi atención, y dijo:

– Mauro, adelántate y baja lo más rápido que puedas hasta el coche. Quiero ver lo que tarda un hombre joven en hacer el trayecto. Es para mis cálculos forenses.

El guardaespaldas (aunque ya no era tan joven, pues rondaría los cuarenta) inició un descenso resuelto pero cuidadoso, esquivando los matorrales, las piedras y los desniveles. Alessandra lo contemplaba sonriente, los brazos en jarras.

– No puedo criticar a esos palurdos por mirarme el culo cuando yo siempre que tengo oportunidad hago lo mismo con Mauro. Fíjate cómo mueve

las caderas bajando el terraplén. Un dos, un dos... qué hermoso ejercicio.

Removí la cabeza y tal vez sonriera, aunque acaso con una brizna de desaprobación. Alessandra, a la que no se le pasaba ni una, detectó al instante mi gesto.

– ¿Acaso solo los hombres pueden disfrutar del sexo o de contemplar un cuerpo hermoso? Son nuevos tiempos los que vivimos, Gloria. No hay que ser mojigata.

– No soy mojigata. Pero al menos de momento tengo novio, pareja o como quiera que lo llaméis ahora.

– Y por lo visto tener novio te ha provocado una lesión en la retina. Ahora ya no puedes ver lo hermoso, perfecto y bien torneado que es el culo de Mauro, ¿no es verdad?

– No me impide verlo pero no me hace falta inventar una torpe excusa para hacerle correr. Y solo para que exhiba sus glúteos.

– O sea que puedes pensar en su culo, pero no decirlo abiertamente ni inventar un pequeño ardid para verlo mejor.

– Vamos, sabes a qué me estoy refiriendo.

– No, no lo sé – dijo Alessandra, que alargó la mano para saludar a Mauro, que ya había llegado hasta mi coche y se señalaba el reloj, pensando que habíamos cronometrado su carrera.

– ¡Tres minutos! – le anunció Alessandra cerrando el puño y levantando el pulgar en alto en señal de victoria. Y luego volviéndose hacia mí: – Tres minutos es lo que va tardar ese muchacho en convertirse en mi novio.

Enarqué una ceja. Alessandra pronto cumpliría veintinueve años, la primera de su promoción, brillante, algo loca e irreverente. Mauro tendría algunos años más, diez, doce como mucho. Aunque no me lo había parado a pensar hasta ese momento, no hacían mala pareja.

– ¿Tres minutos?

– Tengo una técnica especial. Cuando un hombre me interesa le bajo los pantalones y en menos de tres minutos ya es mío. La mayoría no duran ni dos.

– ¡Alex! No quiero que me expliques nada de eso de lo que estás hablando. ¡Por Dios!

– Ya ha vuelto la mojigata.

– No, no es eso. –Como sí lo era en ciertos temas, improvisé–. Es que no sé cómo estás tan segura de que Mauro está disponible.

Alessandra me miró con estupefacción.

– Es un hombre. Está disponible. Pero no te equivoques, me gusta de verdad. Y cuando alguien me gusta de verdad no me ando por las ramas. Tampoco me lío con hombres que tengan novia o esposa. Me he enterado que hace un mes cortó con su chica y está buscando un piso en Valencia. Yo tengo un ático muy mono cerca de la plaza de toros y podríamos comenzar en él una historia tórrida de las que a mí me gustan. Además, da la casualidad de que en breve terminaré mi relación con un chico de Torrent con el que estaba saliendo.

– En breve.

– Sí, en un ratito, por WhatsApp, tan pronto nos subamos al coche.

El mundo había cambiado mucho y definitivamente tal vez yo fuera un poco mojigata para estos tiempos. Alessandra no era ninguna niña, pero si yo hubiese tenido un hijo siendo muy joven podría ser su madre. Había entre ambas un abismo generacional. Tenía la sensación de que me escandalizaba porque precisamente podría ser su madre y ya no entendía que las diferencias entre hombres y mujeres se habían acortado hasta casi desaparecer. Las mujeres podían disfrutar de la libertad conquistada a su manera. Y algunas mujeres la vivían abiertamente, de forma libidinosa y hasta procaz, como lo hacían los hombres de mi generación. Me pregunté si era por eso por lo que nunca me había casado y tenido hijos: porque el mundo iba demasiado rápido para mí.

– Tres minutos – insistió Alessandra, guiñándome un ojo al entrar en el coche.

Mauro ya estaba al volante y pensó que hablábamos de su carrera.

– Sí, creo que he hecho un descenso bastante rápido –dijo.

Recordé que mis perseguidores tardaron mucho más en llegar al punto donde Mauro comenzó su descenso. Ellos lo habían hecho de subida y aquello explicaba la diferencia de tiempo. Pensé que se confirmaba mi impresión inicial de que, salvo uno de ellos, no eran hombres jóvenes ni atléticos como mi guardaespaldas.

Mauro encendió el motor del coche, satisfecho de haber colaborado en la investigación. O al menos eso pensaba. Porque en realidad aquella información ya la sabíamos. Su carrera solo había servido para ver un culo trabajado en el gimnasio rebotando para solaz de Alessandra. Para eso y para que la joven tuviese tiempo de explicarme su teoría de los tres minutos.

– Bueno, dime lo que has descubierto del caso hasta ahora – le dije a la extrovertida y peculiar forense. En realidad, la apreciaba y la consideraba una buena amiga. Sus excentricidades me traían sin cuidado porque sabía que su trabajo era excelente.

Alessandra me hizo un gesto con la mano para que esperase. Y siguió tecleando en su móvil. Estaba en una aplicación de mensajería, esa que había llamado antes WhatsApp, cortando con su novio. Yo ni siquiera tenía por entonces instalada ninguna aplicación, aparte de las que venían de serie. Me gustaba pensar en los teléfonos como en unas herramientas pensadas para llamar y recibir llamadas. No sabía lo que era Android o un teléfono Apple, un iPhone de esos. Pensaba que no necesitaba saberlo. Incluso añoraba los tiempos de los teléfonos fijos, cuando podías ir por el mundo sin estar constantemente localizada.

Sí, ahora lo veía claro. Me estaba volviendo una mujer mayor y no solo en el tema de las relaciones sexuales. Era un carcamal, un dinosaurio, tal vez el tipo de carcamal y de dinosaurio que podía descubrir lo que pasó en el caso Alcasser. Una época antes de los móviles, antes del euro, un mundo en pesetas y casi en blanco y negro.

– Cuando llegemos a tu hotel te lo explico todo – me dijo la forense cerrando precisamente un iPhone, feliz de ser de nuevo una mujer soltera y sin compromiso–. Creo que es algo mucho más sencillo de lo que piensas, pero necesito una mesa, un lugar donde ordenar los papeles y explicarte lo que creo que sucedió.

Alessandra se inclinó y me dijo al oído:

– Y cuando acabe dile a Mauro que quieres bajarte al bar del hotel a tomarte una tónica, una infusión o lo que sea que tomen las mojigatas como tú.

No me supo mal lo que dijo. Me di cuenta de que decía mojigata de una forma tierna, con la misma espontaneidad y un punto de locura con que lo

hacía todo.

– Quiero que le pidas a tu guardaespaldas –añadió– que te deje un rato a solas para reflexionar sobre el caso. Que prefieres que no te acompañe nadie. Y, por favor, sé persuasiva. Necesito quedarme con él en la habitación sin nadie que nos interrumpa.

– El colchón no es muy cómodo – le revelé –. No creo que estéis muy a gusto si lo ponéis a prueba.

– ¿Qué colchón? No tenía pensado usar el colchón – repuso, componiendo una mueca maliciosa.

8

Rubén seguía sin dar señales de vida. En ocasiones tenía tal sensación de abandono que hasta comenzaba a echar de menos hasta su maldito arroz con leche. Pero por otro lado, me sentía ofendida, como si de pronto tomase conciencia de que nuestra relación no valía nada para ambos y no era solo yo la que tenía dudas. Otras veces, por razones de trabajo, uno u otro habíamos salido de viaje y podían pasar un par de días sin que nos llamásemos. Incluso tres. Pero en aquel contexto, después de que nos atacasen en La Romana, aquella ausencia solo podía interpretarse como un acto de cobardía y deslealtad.

Nuestra relación estaba tocada de muerte. Tocada y hundida.

Sentada en un sofá carmesí de diseño, incómodo y resbaladizo, me sentía una invitada en mi propia habitación del hotel. A mi izquierda, Alessandra diseminaba en pequeños montones diferentes informes del caso Alcasser: actas, inspecciones oculares, declaraciones de los testigos, las pocas fotografías existentes, identificaciones genéticas, las radiografías de los dientes o instantáneas de las cuerdas con las que se había atado a las niñas. Mientras, a mi derecha, Mauro fumaba un cigarrillo con aire indolente.

Llegó el momento en que Alessandra no tuvo superficie en la habitación donde poner más montones de hojas. Incluso la cama se había dividido en varios fragmentos, así como la cómoda, el mueble bar y la parte superior de una caja de seguridad que aparecía al abrir el armario ropero. Los dos últimos informes le tocaron a Mauro, que tuvo que apagar su cigarrillo; con los brazos

extendidos sostenía a un lado el análisis de los cabellos de las niñas y al otro las fotografías de las dos alfombras encontradas en la fosa.

– Bien, ya está todo – dijo Alessandra, dando un breve aplauso, contenta con el resultado.

– Supongo que ahora me explicarás lo que pasó –le rogué.

La forense se acercó hasta mí y me dio la mano. La tomé y me levanté de mi asiento, tal vez un tanto reconfortada, ya que esos malditos sofás de diseño destrozan los riñones a cualquiera que cae en sus garras. Al rozar su mano tuve la sensación de entender un poco más a aquella mujer todo pasión, todo alegría desbordante, todo ganas de vivir. Estaba fascinada por los muertos, pero no de una forma escabrosa. Hay gente que necesita un contrapunto en sus vidas. Escritores que llevan una vida muy alegre y disipada que necesitan escribir sobre dramas. Personas muy extrovertidas fuera de casa y en casa serias o hasta lacónicas con su propia familia, esa gente que solo habla con monosílabos. Cómicos que se pasan la vida dando espectáculos, haciendo reír al país entero, para luego, en su vida personal, convertirse en unos gruñones.

Alessandra era una persona que usaba los muertos como contrapunto a esa ansia de vivir que la consumía. Era un culo inquieto que nunca estaba demasiado tiempo en ningún lugar, que no aguantaba más que unos meses con ningún hombre, que se cambiaba el color de pelo cada año e incluso mudaba de forma de vestir. Su personalidad era la del camaleón, pero los muertos eran algo fijo, inmóvil, real... mientras ella estaba en constante evolución. Tal vez por eso desde el principio le había fascinado aquel trabajo, porque le ayudaba a centrarse, a tener los pies en el suelo.

– Mira, es todo muy sencillo – la forense hizo un gesto con la mano, dibujando un círculo imaginario alrededor de los 39 conjuntos de folios y fotografías que había diseminados en mi habitación.

– A ti te parecerá sencillo pero lo que yo veo es un desorden absoluto sin sentido, orden ni concierto.

– Porque lo es. Y eso es lo que lo convierte en algo sencillo de entender.

Alessandra aplaudió como si hubiese dicho algo muy ocurrente y se acercó al montón de hojas que había en el borde inferior derecho de la cama.

– Los primeros que acuden a La Romana para vigilar a sus abejas son los

colmeneros, los agricultores, como quieras llamarlos – comenzó Alessandra muy excitada cogiendo las primeras hojas del legajo y agitándolas delante de mi cara –. Hace mucho calor y las abejas no salen de la colmena así que uno de ellos decide dar una vuelta. Llega al barranco de La Romana y en una de las sendas la lluvia ha desprendido parte de una cornisa: entre un montón de tierra y arbustos asoma una mano humana que reconoce sin dudarle porque lleva un reloj. Es la mano de la pobre Toñi, la mayor de las niñas: quince años.

– Hasta ahí lo entiendo.

– Hasta ahí lo entiendes porque a partir de ahí lo que sigue no tiene el menor sentido.

– Y aun así lo ves sencillo.

– Claro, la navaja de Occam.

Ante dos o más posibilidades, la más sencilla probablemente sea la verdad. Es un axioma, no muy diferente al de Sherlock Holmes: “Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad”. Ambas llaman a ceñirse a lo obvio y a no buscar explicaciones descabelladas. Así pues, Alejandra seguía afirmando que lo que había pasado era obvio, sencillo, evidente. Ahora solo hacía falta que sustentase su tesis porque yo no veía la obviedad por parte alguna:

– Los colmeneros bajan al cuartel de la guardia civil – prosiguió Alejandra releyendo una hoja con los interrogatorios a los dos hombres –. Allí les dicen que no hay ningún coche disponible, ni siquiera los coches privados de los guardias, ni siquiera un vehículo de urgencia por si se hubiese producido un asesinato o hubiese que acudir a salvar a alguien. No hay vehículos.

Aquella era la primera cosa que no tenía el menor sentido.

– Tras dos horas largas de espera – prosiguió – llega un vehículo privado, un coche negro de lujo. Son unos guardias civiles que no se identifican. Se llevan a Gabriel, a uno de los colmeneros, a La Romana, buscan pistas, incluso le dan unos guantes para que se ponga a buscar a cuatro patas como si fuese un CSI de una película americana. Esto lo hacen así porque tienen prisa y luego entenderás por qué tenían prisa.

Alessandra se precipitó hacia un legajo que había sobre una silla baja delante del tocador.

– Un tiempo después llegan los Land Rover de la guardia civil, al menos dos de ellos. Ahora ya hablamos de oficiales debidamente uniformados, capitanes de diferentes cuarteles cercanos, aunque no del mismo cuartel que el coche no oficial negro original. En algunos de estos cuarteles hay policías judiciales expertos en búsqueda de pruebas y levantamientos de cadáveres, pero no son los expertos los que acuden sino los responsables superiores de cada uno de los cuarteles.

Alejandra se inclinó en dirección a unas fotografías que hay en el otro extremo de la cama. Guiñó un ojo a Mauro, que seguía de pie con los brazos en alto enseñando sus dos legajos de pruebas.

– Apenas se hacen fotografías, ni de las pruebas recogidas, ni de los objetos encontrados ni de los cuerpos. No hay fotos tampoco del momento en que se hizo el levantamiento del cadáver. Y esto es sumamente revelador.

Fruncí el ceño, Alessandra se volvió y me guiñó a mí también un ojo. Parecía que aquello era uno de los puntos claves de su razonamiento.

– Y a partir de aquí todo deja de tener sentido. Ya antes era extraño, pero a partir de aquí lo que sigue bordea la demencia. Porque cuando se levantan supuestamente los cadáveres descubren que dos de ellos no tienen cabeza, que está separada del cuerpo; luego el juez no encuentra los mismos objetos que antes había catalogado la guardia civil, y afirma que uno de los cuerpos está partido en dos y muchas más incongruencias en las que no me extenderé porque son todas escabrosas y redundan en lo mismo.

Mauro pareció cansarse y bajó los brazos. Alessandra lo miró con ternura y el muchacho volvió a sonrojarse. Tal vez no lo mirase precisamente con ternura, ahora que reflexiono sobre ello.

– La guardia civil hace su propio atestado – dijo con voz triunfante Alessandra – y habla de manos cortadas en dos de las niñas, la mano derecha y la mano izquierda respectivamente. El médico forense que había actuado por orden del juez no había visto manos cortadas y no figura en su atestado. Y prosiguen muchas más contradicciones, incluida la del funerario que trajo los ataúdes, que no vio que faltaran manos ni cabezas, que no ve a los cuerpos en

posición fetal como los describen el juez y la guardia civil, sino puestas las niñas unas encima de las otras en posición contraria, cabeza contra los pies y pies contra las cabezas.

Di un paso al frente pues comenzaba yo también a sentirme excitada con sus explicaciones, como si algo importante fuese a desvelarse. Dije:

– Todo esto es lo que ha provocado que se hable tanto de la teoría de la conspiración, de que la policía estaba ocultando pruebas por orden de importantes empresarios o políticos, quienes realmente estarían detrás del asesinato. Es como si estuviésemos ante tres levantamientos diferentes de los cuerpos.

– ¡Y es ahí donde los conspiranoicos se equivocan y tú aciertas! – repuso Alessandra dando un grito de felicidad.

Fue corriendo hasta Mauro y cogió un croquis que había hecho y colocado junto a las fotos de las niñas. Se veía toda la zona de La Romana. Dónde había aparcado el coche negro no oficial, dónde habían aparcado luego los Land Rover, el coche del médico y el forense, y finalmente los miembros de la unidad especial mandada por el presidente del Gobierno Felipe González, los súper policías venidos desde Madrid para solucionar aquel embrollo. A La Romana fueron llegando progresivamente más de 20, quizás 30 personas, incluido un grupo de periodistas que se colaron y comenzaron a hacer fotos antes de ser expulsados. Nadie había pensado en acordonar la zona. Un despropósito más pero no sería el último.

– Dime, Gloria – dijo Alessandra, cuya voz de pronto se había relajado. Trató de sentarse sobre la cama, pero estaba tan llena de folios, fotografías y atestados, que lo hizo sobre una pequeña alfombra en el suelo, a los pies del cobertor –. Qué es más probable... ¿una conjura en la que estén metidos un montón de policías, guardias civiles, capitanes de cuarteles, forenses, jueces, médicos y cuerpos de élite enviados por políticos o una solución más sencilla como la que nos da la navaja de Occam?

– ¿Más sencilla? Si la hay quiero oírla.

Alessandra carraspeó. Dijo, muy segura de sí misma:

– La conspiración en este caso y en casi todos los casos es un imposible. Quien es lo bastante importante para tapar algo así de gordo, también lo es

para que no parezca una conspiración y jamás sepamos nada del tema. Si tienes mucho dinero e influencias en las altas esferas puedes disolver a las niñas en ácido o hacer desaparecer los cuerpos para siempre. Nadie los encuentra jamás, no hay caso y fin de la historia. Porque si hay una jodida conspiración... ¿quiénes cometieron los asesinatos? ¿El presidente español de entonces, Felipe González, y dos de sus ministros? ¿El presidente del banco de España? ¿El Rey y un joven Berlusconi? – Esta última acción pareció hacerle gracia y soltó una risotada –: Estaríamos hablando de sobornar o meter en el ajo a varias decenas, tal vez un centenar, de profesionales del orden público, sus familias, amigos y gente que podría haber visto la verdad o saberla a medias. Más tarde o más temprano se habrían filtrado datos decisivos. Pero no sucedió tal cosa porque no es eso lo que pasó.

– Esta explicación está siendo demasiado larga, joder. Dime ya lo que tienes en mente – la exhorté, juntando las manos como el que reza a la Virgen.

– Tú lo has dicho antes: hubo tres levantamientos de los cadáveres.

Creo que me quedé tan boquiabierta que no supe qué decir. Miré a mi izquierda y Mauro estaba igual de sorprendido. Alessandra se echó a reír, fue a por su croquis y nos explicó su teoría:

– Hacía 75 días que habían desaparecido las niñas. No se hablaba de nada más en los contornos, en Valencia, en toda España. Felipe González había recibido en persona a uno de los padres de las niñas y portavoz de las familias. El asunto estaba en boca de todos, en todos los telediarios, en todas partes. Desde Madrid mandaron un grupo de súper policías que se pusieron al mando de todo el cotarro. Pero a los capitanes de los puestos locales de la guardia civil les daban igual los súper policías, el juez y la madre que parió a las jerarquías que imponen los políticos. Querían marcarse un tanto. Cuando apareció la mano con el reloj llamaron corriendo al capitán de la Guardia Civil de la zona. Sus subordinados sabían de la importancia del caso. Querían a toda costa ser ellos los que encontrasen a las niñas y las pruebas decisivas para encarcelar a sus asesinos. No informaron por los canales oficiales de la UCO, órgano que se encarga de este tipo de delitos graves, sino que vinieron vestidos de paisano en un coche privado un par de horas después, que sería el tiempo que tardaron en encontrar al capitán. Por eso llegaron de paisano. Y

entonces comenzaron las pesquisas, comenzaron a recoger pruebas y las embolsaron de cualquier manera: tenían tanta prisa por encontrar a los asesinos, por salir en los periódicos, por estrechar la mano de Felipe González, que le dieron guantes incluso a uno de los colmeneros para que buscara también pruebas. ¿Por qué tanta prisa? Porque pronto llegarían sus competidores: otros capitanes de cuarteles cercanos, los superpolicías de Madrid, el juez, gente que venía a arrebatárles la gloria de haber dado con los asesinos de las niñas. Este primer grupo fue el primero que sacó a los cadáveres de la fosa, de cualquier manera, perdiendo manos y alguna cabeza porque los huesos estaban ya putrefactos.

– La madre de Dios – musité.

– Pero entonces llegaron más miembros de la benemérita y de los cuerpos de seguridad del estado –prosiguió mi amiga–. Pero no los especialistas en recoger pruebas de la policía judicial sino los capitanes de los cuarteles de los contornos, como ya he dicho. Entonces, los primeros en llegar metieron los cuerpos a toda prisa y se enfrentaron a sus compañeros. Ellos habían llegado primero, era su demarcación y tenían todo el derecho del mundo a llevar el caso. Allí discutieron de viva voz, tal vez estuvieron cerca de llegar a las manos. Sea como fuere, el caso es que los recién llegados se impusieron y desenterraron de nuevo a las niñas mientras buscaban pruebas como locos, antes de que llegasen el juez y el forense, quienes en realidad deberían haber levantado los cadáveres.

Hasta Mauro se echó las manos a la cabeza porque intuía igual que yo lo que ahora iba a explicar Alessandra.

– Cuando el médico y el forense se acercaban volvieron a enterrar a las niñas. Ninguno de los recién llegados era tonto y debieron darse cuenta al instante que la tierra estaba removida, que había restos orgánicos aquí y allá, que los cuerpos habían sido desenterrados total o parcialmente y vueltos a enterrar, pero eso no podían decirlo o ponerlo en ningún documento oficial y dejar en ridículo a la policía española a ojos del mundo. Así que desenterraron a las niñas por tercera vez e hicieron su propio atestado, que no coincide con los anteriores porque el otro se hizo al menos una hora antes. Este atestado, el último, es aquel en que los cuerpos están en mejor estado y

faltan menos miembros. ¿Cómo es esto posible? Porque el forense pensó que todos los deterioros, las pérdidas de cabezas y de manos eran fruto de los enterramientos y desenterramientos, y que, cuando se llevase a los cadáveres a las dependencias judiciales, todos aquellos fragmentos irían apareciendo.

Alessandra se acercó hasta mí y me dio un golpecito en la frente.

– Te lo repito. La Navaja de Occam. ¿Qué es más probable, una gran conspiración de un montón de cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado o un grupo de gallitos pasados de testosterona gritándose los unos a los otros y enterrando y desenterrando a las pobres niñas? Mi teoría lo explica todo, las contradicciones de los atestados, que no se hicieran fotos de los cadáveres ni del entorno de La Romana, porque estas demostrarían los errores cometidos, y todas las demás dudas de los amigos de la teoría de la conspiración.

Meneé la cabeza, incapaz de entender hasta dónde puede llegar la estupidez y la avaricia humanas.

– Nunca podremos probar si sucedió como dices.

– No lo necesitamos. Estamos haciendo una investigación independiente para Antonio Inglés. Debemos ser minuciosas, no presentar el caso en un juzgado. Tenemos una buena hipótesis y todo cuadra. Te basta y te sobra.

– Lo que no entiendo es por qué obraron de esa forma. Todo lo que se encontró sería inútil para la investigación posterior. Las pruebas estaban tan contaminadas que de nada servirían en el juicio.

– Y de nada sirvieron, Gloria – me dijo Alessandra, algo cansada tras su explosión de adrenalina y su monólogo –. Todo el caso se sustenta en los dos fragmentos de papel encontrados por el colmenero junto a los arbustos y en la confesión posterior de Miguel Ricart. Nunca hubo ninguna prueba física contra los asesinos. Sobre la nota que vincula a la familia Inglés con la fosa tengo que hacer un pequeño experimento y te informaré más tarde sobre el asunto. Pero ahora...

Mi forense particular miraba hacia el lavabo, donde acababa de introducirse Mauro tras ser liberado de los legajos y las fotografías. Acababa de cerrar la puerta. Oímos cómo corría el agua.

– ¿Me harías el favor de marcharte como quedamos? – dijo Alessandra, bajando la voz–. Me bastará con un ratito. Ya te dije que soy buena

convenciendo a los hombres.

La muchacha parecía tan excitada ante aquella perspectiva que no pude evitar soltar una carcajada.

– Tres minutos, ya lo recuerdo.

– A veces menos.

Cuando Mauro salió del lavabo puse la excusa que me había indicado Alejandra en La Romana. Tal vez literalmente. Quería pensar un rato y reflexionar a solas sobre el rumbo del caso, dije. No sé si fui muy convincente. Al principio Mauro se opuso a dejarme sin protección pero yo le prometí que no saldría del hotel. Solo iría a ese espacio para tomar copas que llamaban Lounge y le daría vueltas a la teoría de Alex. Necesitaba pensar. Al menos era verdad esa parte de mi explicación.

– Vuelvo enseguida – dije cerrando la puerta de mi habitación sin dar tiempo a que Mauro pusiese nuevas objeciones.

Caminé lentamente por el pasillo y pulsé el botón del ascensor. Aún no había llegado al descansillo cuando mi móvil pitó. Era un mensaje de Alessandra. Estaba escrito con abreviaturas y emoticonos y tardé más en descifrarlo que en leerlo:

Hacía siglos que no había mandado a nadie un mensaje de texto. Todo el mundo tiene WhatsApp. Modernízate mujer. Solo escribía para decirte que Mauro me acaba de comentar que su padre fue concejal en un pueblito cercano a Tous y a La Romana en la época de los asesinatos de las niñas. Pero dejó la política para montar una agencia de seguridad privada, unos pasos que ha seguido su hijo. De cualquier forma, lo que cuenta es que me ha dicho que una mujer de la limpieza tuvo problemas con la comandancia de la guardia civil por el caso Alcasser. Dentro del cuerpo había rumores de que estaba implicada en algo, nunca se supo realmente en qué ni cómo. No trascendió a los periódicos, pero el caso es que dejó el trabajo poco después y que extrañó a mucha gente que una sencilla mujer de la limpieza levantase tanta polvareda y rumores. Mauro nos puede conseguir sus señas. Me está preparando una copa. Ya hablamos. No respondas a este mensaje e instálale el puto WhatsApp mientras sorbes tu

tónica.

Me extrañó la capacidad de los jóvenes para escribir tanto texto en unos segundos (aún con abreviaturas, atajos y muñequitos). Esperaba haberlo entendido todo bien.

Pensando en el mensaje de Alessandra, me senté en uno de los sillones aterciopelados del Lounge. Pero me levanté como movida por un resorte, desandé el camino al ascensor y pulsé dando golpetazos en el tablero de mandos. Quería regresar al cuarto piso antes de que comenzasen los preliminares del acto que fueran a representar aquellos dos. Necesitaba la dirección y el nombre de la mujer de la limpieza para, aprovechando los instantes de pasión de aquella pareja, informarme sobre ella o llamarla y concertar una cita: en suma, ganar tiempo. Mi cabeza no paraba de darle vueltas al caso, tenía ganas de saber algo más de lo que pasó después de los sucesos de La Romana. Necesitaba información de los fragmentos de papel que vinculaban a la familia Inglés con los asesinatos. Todavía había muchas preguntas en el aire.

Cuando llegué a la puerta de mi habitación estaba segura que los encontraría aún vestidos, tomándose algo o, en el peor de los casos, dándose un beso. ¡Por Dios, habían pasado solo unos instantes! Pero no fue eso lo que me encontré. Por si acaso abrí con mucho cuidado tras introducir la tarjeta en la ranura, que hizo un leve clic. Lo que vi al entreabrir la puerta me dejó pasmada, fue como un puñetazo en pleno rostro y casi me caigo al suelo de espaldas. Alessandra estaba encima del mueble de la entrada en una posición de contorsionista: tumbada de espalda sobre la madera, la cabeza hacia abajo con la boca abierta y asiendo a Mauro por la cintura.

Cerré la puerta, por un lado defraudada por no haber conseguido el nombre de la limpiadora. Por otro lado triste al constatar que realmente era algo mojigata para los tiempos que corrían. La frustración se apoderó de mí. Necesitaba respuestas ya. No podía esperar media hora o una hora a que aquellos dos jóvenes en celo terminasen su extraño rito de apareamiento.

Iba a marcharme cuando de pronto me detuve en seco delante del ascensor. Caminé de nuevo hasta la puerta y me senté en el suelo, la espalda apoyada en

la jamba.

– Gloria, no te preocupes. Después de todo no tendrás que esperar demasiado – dije en voz baja –. Como mucho tres minutos.

Me eché a reír tapándome la boca. Tampoco quería que me oyesen aquellos funambulistas del sexo que ahora mismo estaban en plena actuación.

9

Hacía mucho tiempo que no pasaba por Silla. Era esta una localidad valenciana cercana tanto a Alcasser como a Picassent. De niña la había visitado a menudo porque allí vivía uno de mis tíos. Desde que murió no había regresado. En el coche, mirando por la ventanilla, trataba de recordar dónde vivía mi tío Andrés cuando escuché la voz socarrona de Alessandra:

- ¿Viste algo antes, Gloria?
- ¿Algo de qué?
- Ya sabes. Me pareció oír que se abría la puerta de la habitación.
- No sé de qué me hablas.

Alessandra soltó una risotada. Mi Volkswagen Polo, conducido por Mauro, se paró en un semáforo. Silla no era muy grande, quince o veinte mil habitantes a lo sumo, y era difícil perderse. Una parte tocaba al lago de la Albufera y había una torre mora junto al ayuntamiento. Poca cosa más digna de mención aparte de la Iglesia de la Virgen de los Ángeles. En mis recuerdos era mucho mayor y una vez más tuve la sensación de que mi memoria me jugaba una mala pasada. Pero si alguna cosa había aprendido desde que había regresado a Valencia es que la memoria era imperfecta: Alcasser, Picassent, La Romana y ahora Silla. Nada era como creíamos que había sido.

– El levantamiento del cadáver, las pruebas recogidas de forma chapucera y todo lo demás pudo deberse a las prisas o a la estupidez, supongo que te das cuenta –dijo la forense, cambiando de tema–. Como antes te he dicho, mi hipótesis es solo eso, una hipótesis. Nunca la podremos probar ni afirmar de

forma taxativa que ocurrió así, por más que esté convencida de ello.

– Ya. Pero fuera por las prisas, por las luchas de poder entre los cuerpos policiales o sencillamente porque las cosas se hicieron mal, el caso es que las pruebas obtenidas no valen para nada. No sabemos quién estuvo implicado aparte de Inglés y Ricart.

– Si es que lo estuvieron.

– ¿Crees que no fueron ellos?

– Al principio estaba segura. Ahora no lo sé, no creo que nadie pueda afirmar con seguridad que las mataron. Hasta tú tienes dudas, Gloria.

Bajé la cabeza. Contemplé largamente mis zapatos, como cuando era una niña y me enfurruñaba con mi madre porque me pedía fregar los platos cuando a mis hermanos les dejaba salir a jugar. Era un gesto típico, una huida hacia el interior; Rubén decía que lo hago constantemente. Quité de mi mente la imagen de mi novio (o exnovio) y dije:

– ¿Queda mucho, Mauro?

– Allí es –señaló mi guardaespaldas, que se detuvo y comenzó las maniobras de aparcamiento justo al lado del número de la calle que andábamos buscando.

Yo andaba distraída, todavía tratando de quitar la imagen de Rubén de mi cabeza. Incluso llamé a Mejía dos veces, pero no me cogió el teléfono. Si lo hubiese hecho, no tengo claro qué le habría preguntado a mi “asesor” de los bajos fondos, pero necesitaba pensar en algo que no fuese mi pareja. Tenía un mal palpito sobre el asunto de su desaparición. Alessandra se dio cuenta y me cogió del brazo.

– No paras de mirar tu móvil, lo que me extraña porque sé lo que odias ese aparato. Rubén sigue sin llamarte, ¿no es verdad?

– Tres días y medio ya. Es la vez que más ha tardado en ponerse en contacto. Su teléfono aparece apagado o fuera de cobertura desde que se fue. Estoy preocupada. Si hoy no aparece llamaré a la policía.

– Ya verás que no es nada porque...

Una figura conocida apareció de pronto frente a nosotras. Una sonrisa tarda pero también amistosa y benefactora. Era Pere.

– Guapa, guapa y reguapa – dijo, haciendo su extraño baile de costumbre

moviendo las caderas y levantando un pie y luego otro.

– Qué haces aquí, amigo – le dije–. Pensaba que andarías como siempre por Picassent.

– Vengo a comer a Silla. Aquí se come mejor que en mi casa. Además, hoy no me daban comida en casa porque se va mi tía con unas amigas. Y tengo hambre.

– Claro, claro – le dije –. Me preguntaba qué tipo de vida llevarían los padres de Pere cargando con un hijo con una minusvalía, un hijo cada vez más mayor que no podía valerse por sí mismo y vagaba de una calle a otra llamando guapa a las mujeres y jugando con los niños. Actividades que cada vez estaban peor vistas por la sociedad, porque los piropos a menudo ya no son bienvenidos y los hombres adultos que quieren jugar con niños todavía menos. Ni siquiera una persona ingenua y sin maldad como Pere estaría libre de rumores maledicentes propios de los pueblos pequeños.

– Guapa, guapa y reguapa –dijo Pere, reafirmando mis pensamientos.

Pero olvidándose al momento de su vieja amiga Gloria, echó a correr detrás de una vecina que estaba cruzando el semáforo con su hija.

– ¡Quítate, subnormal! Apártate de mí. Ya te dicho que no te acerques a mí ni a mi Paula.

La mujer llevaba de la mano a una niña de unos ocho años a la que apartó violentamente del pobre Pere y prácticamente a la carrera se perdieron calle abajo. El niño eterno se quedó mirando en derredor, extrañado por la reacción de la mujer; frunciendo los labios, a punto de llorar, movió compulsivamente los dedos de la mano derecha y se alejó cabizbajo y en silencio.

– Aquí es – repitió entonces Mauro señalando una puerta.

Se trataba de una casa baja, de una sola planta, en el número 17 de la calle Antich. Llamamos al timbre y nos abrió un hombre en silla de ruedas. Tendría algo más de 60 años, tal vez 70, con pelo cano y brazos musculados. Nos contempló suspicaz.

– Qué se les ofrece.

– Queríamos hablar con Luisa Sanchiz.

– Es mi hija. – El anciano miró su reloj – No tardará en llegar. En un ratito volverá del trabajo. Hace el turno de tarde en un supermercado de aquí al

lado. Es del grupo de limpieza.

Nos invitó a pasar. Yo le expliqué quién era y qué estábamos investigando. Al principio siguió mirándonos de forma un tanto suspicaz, pero al final acabó abriéndose.

– Mi hija lo pasó mal por culpa del caso Alcasser. No quiero que vuelva a sufrir.

– ¿Sabe usted lo que pasó? –preguntó Alessandra, que contemplaba sobre una cómoda un grupo de fotos familiares en las que se veía a nuestro interlocutor, Juan Sanchiz, junto a sus tres hijos, dos chicos y una chica de pelo muy corto. Ya en su juventud iba en silla de ruedas y sus tres vástagos, sonrientes, posaban al lado de un coche de cuatro puertas, blanco, pequeño, tal vez un viejo SEAT 127.

– Eso que se lo explique Luisa si quiere. Es muy reservada y es cosa suya todo este asunto de Alcasser – Juan movió las ruedas de su silla y se colocó al lado de Alessandra. Señalando al mayor de los tres niños de la foto dijo: – Esa es Luisa. Siempre ha sido una buena chica. Siempre ha seguido las normas y principios que yo le enseñé.

– ¿Y los otros dos? – Quiso saber Alessandra.

– Murieron ambos hace unos años. – El hombre se emocionó y tragó saliva con fuerza. Notamos que hacía esfuerzos por evitar el llanto y se le hacía un nudo en la garganta –. Yo sé muy bien lo que significa perder cosas en esta vida: perdí las piernas a causa de una enfermedad. Perdí a mi mujer de cáncer y luego perdí a dos hijos. Pero al menos yo sé cómo y por qué perdí lo que más quería. Por eso Luisa discutió con los mandos de la policía. Se arrepintió y se sintió culpable. Había una parte de justicia pero otra de injusticia en lo que había pasado. No estaba bien que las familias no supiesen cuál es la verdad.

– ¿Y cuál es la verdad? – tercié, adelantándome en dirección a Juan, deseando que llegasen por fin las deseadas respuestas.

– Eso, si quiere, se lo contará mi hija.

Se escuchó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta principal. Luego unos pasos en el pasillo y fue entonces cuando conocimos por fin a Luisa Sanchiz. Era morena, de complexión fuerte, con pelo corto y muy escaso

para ser mujer. Venía vestida con su uniforme de limpiadora, todo azul, pantalón y chaqueta. Colgada de una solapa había una tarjeta plastificada con el nombre de una agencia de trabajo temporal.

– Hola, Luisa.

Esbocé una sonrisa. Ella me devolvió el gesto.

– ¿Qué desean? – inquirió, pero antes de que respondiésemos volvió la cabeza al entrar en el saloncito y reconoció a Mauro –: Ya sé lo que pasa. Tu padre me llamó y me dijo que vendrías. No debería haber dado mi nombre. Él no sabe lo que pasó, las verdaderas circunstancias por las que dejé el cuartel de la Guardia Civil. Solo conoce los rumores, como todo el mundo.

– Pero queríamos saber... –Comencé a decir.

– Hoy no –me interrumpió Luisa –. Vengan otro día. Estoy cansada. Acabo de volver del trabajo y necesito una ducha. Además, tengo que reflexionar sobre si quiero explicarles algo o no quiero explicarles nada.

– Le pido por favor...

– En otro momento. Insistir no me va a hacer cambiar de opinión.

No quise forzar la situación. Nos despedimos. Estreché la mano de Juan y la de Luisa. Del primero tuve la sensación de que escondía un gran dolor, una pérdida que iba más allá de la muerte de su mujer o de sus hijos. Era un hombre hundido que vivía para la única familia que le quedaba, una vez muertos el resto de sus seres queridos. En Luisa sentí una fuerza inmensa unida a un dolor también inmenso. Y un extraño sentimiento de culpa vinculado a las muertes de Miriam, Toñi y Desirée. Aquella familia escondía un gran secreto en relación al caso Alcasser. Y yo lo descubriría.

Por fin teníamos una pista sólida. Lo sentía. Gracias a Mauro y a las casualidades de la vida. Pero era una pista real.

– Ha sido un placer. Pronto volveremos a vernos – les dije a ambos, a Luisa y a Juan, ya en la calle.

Iba añadir alguna cosa más pero Alessandra me cogió del hombro. Estaba leyendo un mensaje de su amado WhatsApp, algo que le había mandado un conocido. Al ver la súbita palidez de su rostro, comprendí de inmediato que pasaba algo grave.

– Vámonos – dijo Alessandra.

Nos despedimos precipitadamente y caminamos hacia nuestro coche.

– ¿Qué pasa? – pregunté, con la voz temblorosa, porque la conocía lo suficiente para saber que estaba anonadada.

Alessandra movía la boca sin emitir sonido alguno, ni siquiera sabía qué decir. Y teniendo en cuenta lo resuelta que era ella, comprendí que debía ser aún más grave de lo que me temía.

– Vamos, Alex, suéltalo ya.

– Un amigo mío de la jefatura me ha dado el chivatazo. Y... como es íntimo me ha dado algún dato de más para que nos vayamos preparando.

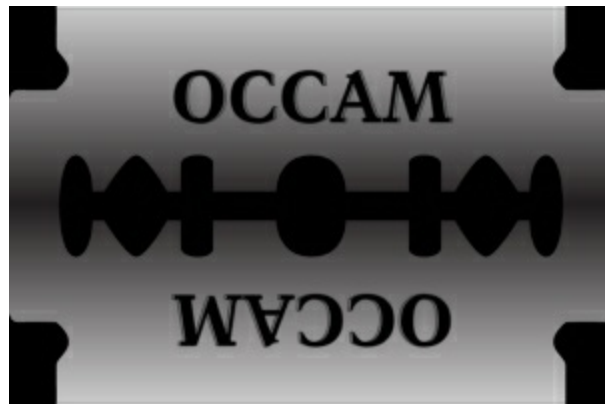
– Dilo ya. No te andes con rodeos.

Alessandra bajó la cabeza. Ni siquiera me miró cuando dijo:

– Nos está esperando la policía en el Hotel. Han encontrado el cadáver de Rubén calcinado dentro de un Renault Megane negro. ¿No era ese el modelo de coche que os persiguió hasta la Romana?

No respondí. Caminé uno, dos pasos, me tambaleé como si estuviera borracha y luego me incliné para vomitar sobre el pavimento.

Informe "Caso Alcasser"



**(DETENCIONES, AUTOPSIAS Y UN DOCUMENTO
CONTROVERTIDO)**

LOS HECHOS PROBADOS

Uno de los colmeneros encontró un papel partido en dos a menos de cuatro metros de la fosa donde se hallaban las niñas. Se trataba de una receta de Enrique Inglés (un hermano de Antonio). A partir de este hallazgo se construye todo el caso.

LA VERDAD JUDICIAL

Siempre se ha sostenido que a Antonio se le cayeron esos dos pedazos de

papel del bolsillo después de asesinar de un tiro en la nuca a Miriam, Toñi y Desirée, y de tirarlas a la fosa. Inicialmente, la Guardia Civil fue a detener a Enrique, pero este tenía cuartada y pronto las sospechas recayeron sobre Antonio, que no fue capturado en primera instancia. Sí lo fue un amigo que vivía con los Anglés. Se trataba de Miguel Ricart, que no tardó en confesar los crímenes.

LAS DUDAS

Dos trozos de papel en un barranco donde soplan vientos de 100 kilómetros hora durante al menos dos meses son hallados intactos. Y esto quiere decir que aunque ha llovido no se han mojado, ni separado cada uno por su lado, ni alejado volando en todo ese tiempo, ni ajado o estropeado o roto bajo el sol y las inclemencias del tiempo.

Las autopsias posteriores no hallaron pruebas contra Anglés ni Ricart. Su ADN no estaba ni en los cuerpos de las niñas ni en sus ropas, ni rastros biológicos en la caseta de La Romana, donde supuestamente fueron violadas y torturadas. Lo que sí se halló en los cadáveres fueron pelos de al menos cuatro personas de las que a día de hoy no se sabe nada.

Las autopsias oficiales han sido ampliamente desacreditadas por algunos medios de comunicación, familiares de las niñas y otros forenses, acusándolas de apresuradas, incompletas y llenas de errores.

CUARTA PARTE

UN PAPEL PARTIDO EN DOS

10

– ¿Quieres que sigamos investigando los crímenes de las niñas de Alcasser o lo dejamos estar? – me preguntó Alessandra.

Estábamos sentadas en un banco delante del tanatorio municipal. No había podido reconocer el cadáver de Rubén. Era una masa de carne quemada e irreconocible. Y ahora yo tenía el estómago revuelto y las ideas nada claras.

– No lo sé – admití, de mala gana. – ¿Tú qué harías?

Alessandra se quedó callada un instante. Luego dijo:

–Yo seguiría, jefa. Lo de tu novio va para largo. No podemos hacer nada y no nos dejarán investigar porque estamos personalmente implicadas en el asunto. Si vuelves a Madrid te esperará la rutina de siempre, pero en una casa vacía que hasta ahora compartías con él. Lo peor que puedes hacer ahora es quedarte sola. Yo en tu caso permanecería en Valencia para terminar lo que empezaste. Entretanto, tu amiga Alessandra irá tirando de sus contactos a ver qué puede descubrir de lo que le ha pasado a tu novio y, sobre todo, por qué.

– Tal vez no sea Rubén el muerto –murmuré en voz baja, buscando un rayo de luz en medio de tanta oscuridad-. La cabeza no estaba quemada del todo y me pareció que el pelo no era igual. No vi sus rastas, ni siquiera una trenza.

– Encontraron su cartera y su móvil en el vehículo, y el cadáver llevaba puesta su chaqueta calcinada. La chaqueta, de hecho, es lo único que has reconocido.

– Era de un grupo de rock que le gustaba mucho, The Struts se llaman. En España no los conoce apenas nadie, así que no creo que se trate de una

coincidencia. Pero tal vez le dejó la chaqueta a alguien y el coche ardió antes de que pudiera recoger sus cosas. O hubo una avería, o un incendio, o yo qué sé...

Alessandra me miró fijamente. Era lo bastante inteligente como para saber que yo no era una ingenua. Probablemente también lo bastante inteligente como para saber que me aferraba a un clavo ardiendo, esperando que se obrase el milagro y Rubén siguiera vivo. Por mucho que pasáramos una mala racha, era una persona importante en mi vida. Por Dios, llevábamos viviendo juntos más de tres años. Me importaba y mucho.

– Yo creo... y tú también lo crees, aunque digas otra cosa, que Rubén estaba tras la pista de los que os siguieron en el coche negro hasta La Romana.

– Pero eso no significa que el muerto sea Rubén. Tal vez encontró a uno de los que nos perseguían y las cosas se complicaron. El otro tipo murió y Rubén prendió fuego al coche, colocándole su chaqueta y sus objetos para tener despistada a la policía unos días.

Alessandra suspiró, meneando la cabeza, como regañando a una niña pequeña. Me enfadé un poco.

– Ese suspiro me dice que crees que lo que te cuento es de película americana más que una posibilidad real.

– No solo de película americana, Gloria. Parece el comportamiento de alguien que es culpable de más cosas que de una muerte accidental. Esos hombres os habían amenazado. Si el otro hubiese muerto en un forcejeo lo más inteligente habría sido llamar a la policía y contarles la verdad, no prender fuego a un coche y a la víctima. Si ha pasado eso es que algo sobre Rubén se nos escapa.

Una muerte accidental tenía una responsabilidad penal muy baja y más cuando estaba probablemente justificada como esta. Un asesinato con incendio provocado y destrucción de pruebas era una cosa muy distinta. Se enfrentaría a una pena mucho más larga, eso sin tener en cuenta que al calcinar las evidencias no podría probar que la muerte había sido un accidente.

Eso, claro, si había sido accidental. Probablemente era ahí donde quería llegar Alessandra. Porque si había sido premeditado entonces la cosa cambiaba. Así pues, me enfrentaba a dos opciones de lo más negativas: Rubén

estaba muerto o era un asesino a sangre fría.

– Hola. Cómo estás. He sabido lo de tu novio y he querido venir a verte.

Javier interrumpió de esta forma nuestras reflexiones. Le miré parado delante de nosotras, sin saber qué más decir, con las manos detrás de la espalda. Se me había olvidado avisarle de que tenía ya el contrato firmado.

– Te acompaño en el sentimiento —añadió.

– Gracias —respondí, aunque aún albergaba esperanzas de que Rubén estuviera vivo.

– Si necesitas más tiempo para lo de la firma lo entenderé. Nadie podía prever que pasase algo semejante. Hablaré con Antonio.

– No necesito más tiempo. Aquí lo tengo.

Abrí mi bolso y le entregué el contrato. Nuestros abogados de la Asociación Egeria tenían las mismas dudas que yo sobre la validez del mismo, pues era probable que en caso de denuncia un juez lo invalidase. Pero tardaría tiempo y estaba claro que bastaría para que Inglés siguiese en la cárcel lo suficiente para que su enfermedad cardíaca acabase con su vida. Es decir, que el acuerdo interesaba a las dos partes. Yo quería que aquel monstruo se pudriese entre rejas y... bueno, lo que demonios quería realmente Inglés era difícil de saber. Y comenzaba a darme igual.

– Gracias, Gloria.

– Voy a seguir adelante con el caso. Dile a tu cliente que no se preocupe.

Alessandra tenía razón. Lo último que quería era regresar a Madrid y quedarme a solas en un lugar que no me traería más que recuerdos de Rubén. Nuestros últimos meses no habían sido buenos, pero también era cierto que aún no habíamos tirado la toalla. Seguíamos siendo una pareja.

– Antonio no está preocupado. Yo sí.

Nos miramos fijamente. Bajé los ojos y cambié de tema.

– Estoy convencida de que Rubén me mintió cuando me dijo que volvía al trabajo por un tema urgente. Había encontrado alguna pista del Renault negro o de sus ocupantes y no quiso meterme en problemas. Probablemente murió para intentar protegerme.

O eso prefería creer.

– ¿Qué coche negro? —repuso Javier—. No sé de qué me estás hablando.

Levanté la cabeza y miré a mi interlocutor con ojos brillantes, casi llorosos. Se me había olvidado que aún no le había contado nada del tema.

– Rubén y yo, en La Romana...

Se me quebró la voz y Javier hizo un gesto que no esperaba: se inclinó y me beso el cabello justo encima de la frente. Me levanté y lo abracé. Después de todo había sido mi primer novio. Entre sollozos le expliqué todo lo que había sucedido y él me tomó también entre sus brazos.

– Esto demuestra de alguna manera lo que Antonio nos había dicho – sentenció Javier tras escucharme–. Hay terceras personas implicadas que quieren tapar lo que sucedió.

– Eso está por ver – le expliqué –. Hay muchas cosas que me suscitan dudas, pero sigo pensando que Antonio es un violador y un asesino.

Javier hizo una mueca extraña.

–Creo que si le preguntas directamente te dirá toda la verdad. Deberías hacerlo.

Me sequé los ojos y nos miramos de nuevo fijamente. Debíamos ir a la cárcel de Albocasser. Era hora de informar a Inglés del progreso de mi investigación.

– Me gustaría que me contases eso que me ocultas, Javier.

Nos habíamos separado tras el improvisado abrazo, pero aún tenía su mano derecha entre las mías. Y la acariciaba.

Pasamos un rato en silencio. Javier fue el primero en hablar:

– Vayamos a ver a Inglés. Si me es posible y él me lo permite te contaré lo que me pides. Es mucho más simple de lo que imaginas.

Seguimos delante el uno del otro, mirándonos, con los dedos entrelazados. Creo que incluso Alessandra, a la que yo creía inmune a cualquier tipo de embarazo social o de incomodidad ante un acto propio o de terceros, se sintió algo fuera de lugar. Porque dijo:

– ¡Ejem! Bueno, con vuestro permiso Mauro y yo nos vamos. Hay un par de cosas que quiero investigar por mi cuenta. Pretendo interrogar a uno de los forenses que hicieron la autopsia a las niñas y quiero comprobar también una teoría que tengo sobre otro asunto. Te mantendré informada, Gloria.

Alessandra era muy capaz y yo estaba segura que por sí misma avanzaría

en el caso tanto o más que yo. Me marché pues con Javier hacia la cárcel de Castellón, segura de que las piezas del puzle poco a poco irían encajando.

Una hora y media después, cuando aún estábamos estacionando en el parking de Albocasser, mi impresión quedó rápidamente demostrada. Porque recibí un video. No sabía ni siquiera que mi móvil pudiese recibir ese tipo de mensajes. Observé con desagrado que me había instalado aquella aplicación que tanto le gustaba, el WhatsApp. Y hasta me había abierto una cuenta en la que en ese momento ella era mi único contacto.

Con la ayuda de Javier fui capaz de comprender los rudimentos de la aplicación y de pulsar en un triángulo para ver el vídeo.

La imagen se movía mucho y Alessandra parecía en algún momento estar enfocando a sus pies, pero pude finalmente discernir que se acercaba a un anciano que paseaba por Valencia, por el barrio del Carmen me pareció. Reconocí a su interlocutor pese al tiempo pasado desde que le hicieran las fotos que había en mi informe sobre el caso Alcasser. Era Santiago Santpere, el séptimo forense del grupo que hizo las autopsias iniciales a las niñas.

– Soy de la asociación Egeria –le abordó Alessandra, sin presentaciones ni miramientos–. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre la autopsia de las niñas de Alcasser.

El hombre se volvió, gritó un par de insultos en valenciano y luego mandó a aquella muchacha que le perseguía a tomar por culo en castellano.

– ¿Hubo una conspiración? – insistió Alessandra –. Siete forenses que realizan una autopsia a toda prisa mandando muestras directamente al Instituto nacional de toxicología, aunque con ello entorpecen la siguiente autopsia que va a hacer el perito de las familias. Múltiples amputaciones innecesarias a los cadáveres, pruebas mal preservadas, dientes y partes del cuerpo perdidas, la alfombra que las recubría también perdida, enfrentamientos con el forense de las familias y discrepancias con la autopsia de este. Por último, las ropas y los cabellos de las difuntas guardadas de cualquier manera, todas a la vez, en una misma bolsa, lo que implica su contaminación y la pérdida de toda posibilidad de hacer más pruebas en el futuro.

Un anciano enjuto de pelo blanco contemplaba a la joven forense con desprecio. Levantó el bastón como si fuese un maestro señalando una

obviedad a un alumno especialmente torpe.

– Usted quiere ensuciar mi buen nombre – le dijo.

– Yo también soy forense, caballero. He visto el trabajo que hizo. Usted no tiene ningún buen nombre que preservar.

El abuelo chirriaba tanto los dientes que parecía que se le fuese a caer la dentadura postiza.

– Tú y esos otros memos que aparecieron poniendo pegas a nuestro trabajo no tenéis ni idea de la presión que recibimos – explicó el anciano, al que la rabia y su edad ya avanzada le hicieron hablar por un momento de más –. Todos querían una solución y la querían al momento, al segundo. Gente de muy arriba quería cerrar el caso. Sabíamos quiénes eran los culpables y las autopsias se debían hacer rápido. Por encima de todo, esperaban que acabásemos pronto y sin dilación. Antes de empezarlas ya querían los informes acabados. Nadie se interesó porque las hiciésemos con precisión matemática. Obedecimos y las hicimos rápido. No mal sino con la mayor presteza que fuimos capaces. ¿No querían eso? ¿No querían terminar cuanto antes? Pues eso hicimos. No es nada malo hacer lo que se te ordena.

– Pero...

– Y no diré nada más.

El anciano probablemente se había dado cuenta de su error y echó a correr todo lo que le permitían sus piernas, alejándose a paso de tortuga de Alessandra y de Mauro. Los jóvenes le dieron alcance y el hombre comenzó a mover su bastón a derecha y a izquierda, enarbolándolo como si fuese una lanza. Alessandra desistió y entonces volvió su rostro aniñado hacia la cámara. Se la veía radiante:

– No te equivoques, Gloria. Yo sigo pensando que no hubo una conspiración. Recuerda aquel asunto que pasó años después con las víctimas de un accidente en Turquía, con un avión del ejército español que se estrelló en un monte junto al Mar Negro.

– El accidente del Yak-42 –terció Mauro.

– ¡Exacto! –dijo la forense–. De eso me enteré estando en Italia. Por mi padre, que es español como sabes y está siempre al tanto de las cosas de vuestro país. Me contó que aquí no se hablaba de otra cosa. Y recuerdo que en

este caso del Yak-42 también tuvieron mucha prisa, tanta que los cuerpos se mezclaron y hubo falsedad documental que acabó en juicios porque la gente llegó a enterrar fragmentos de cadáveres que no eran ni de sus familiares. Un auténtico desastre. Las cosas que se hacen rápido acaban mal hechas y eso es lo que pasó. Nada más. He examinado las autopsias de las niñas y he visto la torpeza propia de querer acabar cuanto antes, nada criminal y por supuesto ninguna mano negra protegiendo a asesinos de las altas esferas.

Como siempre, Alessandra tenía una forma particular de explicar las cosas pero al final las explicaba mejor que nadie.

– Ah, una última cuestión. Si estás con Javier que no vea el video porque hay una cosa que quiero decirte en privado.

Acercó la cámara y bajó la voz como si me estuviese haciendo una confidencia. Javier hizo el gesto de alejarse pero yo le cogí de un brazo.

– He visto cómo os miráis. Me ha parecido que tenéis una historia en el pasado. Y no pongo en duda que el abogado de Inglés debe tener una gran belleza interior. Pero yo creo que la belleza interior está sobrevalorada. La belleza exterior nos alegra la vida. Mira a Mauro.

Alessandra giró la cámara y pude ver a Mauro con el culo en pompa recogiendo el bastón del anciano, que se le había caído en el último de sus ataques intimidatorios. El anciano lo tomó de sus manos y entre nuevos exabruptos en valenciano se alejó camino de una plaza donde jugaban unos niños.

– Mauro me alegra la vista constantemente. Lo acabo de conocer y tampoco espero en este momento escuchar violines o trompetas ni a Cupido bajando con su carcaj de flechas al hombro. Quiero pasármelo bien y ya está. Y luego ya veremos. Tú acabas de perder a tu novio y estás sensible. Si te apetece un poco de compañía date una alegría y deja para más tarde la belleza interior.

Detuvo su monólogo un instante, como si pensase que debía matizar alguna cosa:

– ¿Soy superficial? –se preguntó–. Vale. Lo soy. Pero entiendo bastante de hombres. Mis consejos son muy valorados en ciertos círculos de mujeres divorciadas. Te lo aseguro. Y todas, al final, se alegran de haberme escuchado.

Garantizado al 100 %.

Y dicho esto soltó una carcajada y alejó la cámara del primer plano de su cara, giró el móvil o cambió de cámara a la trasera (o ambas cosas, no entiendo mucho sobre el tema) para que se la viese al completo. Haciendo una reverencia añadió:

– Nos vemos pronto, jefa.

El video se terminó abruptamente. Miré a Javier, que sonreía mientras se masajaba las sienes. No le quedaba mucho pelo, su nariz era larga y aquilina como la de un emperador romano; ni siquiera con catorce años había sido un chico muy guapo. Y ya entonces me daba igual.

– Probablemente tenga razón. Necesitas divertirte y no... – dijo.

— Para nada. No sabe lo que dice –le corregí—. Alessandra es muy joven todavía. Sabe muchísimo de los muertos, pero de los vivos le queda aún un trecho largo por aprender.

11

Antonio Inglés estaba sentado detrás de la misma mampara de cristal, en la misma postura relajada, como si me hubiera estado esperando en aquel lugar desde la última vez que nos viéramos. Me lanzó una sonrisa de superioridad nada más verme. Siempre estuvo convencido de que iba a firmar el contrato y de que iba cumplir con sus pretensiones. Se sentía más satisfecho de sí mismo que nunca.

– Supongo que ya se habrá dado cuenta de la verdad, señorita gran abogada – me dijo sin esperar siquiera a que tomase asiento.

Iba perfectamente afeitado con una bonita camisa blanca y unos pantalones vaqueros ajustados. No pregunté porque iba vestido de aquella forma. Tal vez debía ir al juzgado para alguna formalidad o para recibir alguna notificación. De cualquier forma, siempre le gustó la buena ropa y los pequeños lujos de esta vida, aparte de otros mayores o más peligrosos e infames como la droga, la bebida o maltratar a las mujeres. Era un ser carnal, un sociópata que vivía el instante sin pensar en las consecuencias. Era un ser sin moral que tampoco pretendía tenerla ni disimular su condición de monstruo.

– De qué esperas que me haya dado cuenta, Antonio. No sé de qué verdad me hablas.

– Le hablo de este caso, de que es todo mentira; de que la versión oficial no se sostiene; de que queda mucho que investigar y que descubrir.

Solté un bufido de indiferencia.

– Sigo sin tener claro que haya tanto que descubrir –mentí–. Desde que te

vi tengo la sensación de que eres un violador y un asesino. Lo primero ya me lo confesaste tú mismo, dijiste que habías violado a las niñas. Pero que no las mataste. Sin embargo, yo sigo pensando que lo hiciste, que eres el responsable de todo lo que pasó.

Antonio se volvió hacia su abogado, que juntó las manos en un gesto que yo intuí que era de súplica. El preso se echó a reír. Le gustaba tener el control. Le gustaba mandar y que los otros obedeciesen, le gustaba ser el titiritero y que los otros fuesen los títeres. Aunque nosotros nos hallábamos detrás de un muro de vidrio, al final de una larga hilera de celdas de cristal, de pronto tuve la sensación de ser yo la que estaba presa en aquel locutorio de la prisión y que Antonio era mi carcelero.

– Yo te dije que debías investigar lo que pasó con las niñas después de que fuesen violadas. Luego añadí que no maté a las niñas. Tú fuiste la que pensó que estaba afirmando que las había violado pero no asesinado. No dije nada de eso. De lo que sí te hablé es de una mujer a la que había realmente violado, atado y encadenado. Las conexiones con el caso Alcasser te las imaginaste tú sola.

Comprendí entonces que la base de nuestro trato era una añagaza, una inteligente construcción verbal. Una afirmación que parecía una cosa y era otra.

– Cuando hablabas de aquella violación –dije– no te referías a ninguna de las niñas de Alcasser. No las mataste ni...

– Ni tampoco las violé. No tengo nada que ver con ese crimen en particular.

Javier suspiró y esta vez fui yo la que me volví hacia él. Estaba sentado en una de las sillas de jardín que nos dejaba la dirección para aquellos encuentros y su rostro parecía realmente compungido, como si le doliese haberme engañado.

– Eso era lo que me ocultabas, ¿no? – le pregunté.

– Sí – dijo Javier –. Fue idea mía. Perdóname, por favor. Le dije a Antonio que si negaba de inicio toda implicación en los hechos pensarías que todo era un engaño, un intento de limpiar su nombre a costa del tuyo... o qué sé yo. No me parecía una buena estrategia para convencerte. Pero que reconociese parte

de la culpa pero no toda, eso te intrigaría. O te recordaba muy mal del pasado y me había hecho una idea muy equivocada o teníamos mucho ganado si picábamos tu curiosidad. Al hacerlo así pensaba que había muchas más posibilidades de que aceptases.

– Y luego, una vez metida en el caso Alcasser me sería más difícil dejarlo – concluí su razonamiento.

Pero Javier negó con la cabeza.

– Una vez metida en el caso te darías cuenta de que realmente es una historia que vale la pena investigar porque todo es falso.

– ¿Falso? – inquirí, subiendo el tono de voz –. ¿Me vas a decir que Inglés no es un asesino? ¿Que no es un monstruo?

– Te dije que si se lo preguntabas directamente te llevarías una sorpresa – repuso Javier.

Antonio me miraba con la sonrisa cándida de aquel que nunca ha roto un plato. Estaba frente a un manipulador que era capaz de hacer que compañeros suyos de la cárcel visitasen a su madre para amenazarla, que era capaz de influir de forma perversa en toda su familia o en amigos como Miguel Ricart, un monstruo que había acumulado en la década de los 90 un sinfín de delitos. Porque en la época en que desaparecieron las niñas, era toxicómano, camello, ladrón, y capaz de todas las aberraciones del mundo. Y también era capaz de parecer alguien completamente inocente. Había conseguido un permiso carcelario en la cárcel de Lugo donde estaba preso por el secuestro de su novia. Durante meses fue un prisionero ejemplar y todos los funcionarios le tenían en alta estima; incluso los psicólogos acabaron haciendo informes favorables y le dejaron salir por seis días confiando en que estaba rehabilitado para la sociedad. Por supuesto, no regresó. De hecho, estaba en busca y captura cuando tuvieron lugar los crímenes de Alcasser.

– Pregúntame lo que quieras, Gloria – dijo Inglés con una voz meliflua que no se parecía nada a su tono tajante y nasal de costumbre.

– ¿Eres un asesino?

Antonio respiró hondamente. Cerró los ojos y dijo:

– ¿Recuerdas que te hablé la última vez de una chica a la que había violado, que recordaba las braguitas rojas de encaje que le quité? Si hubieses

sido observadora te habrías dado cuenta de que no hablaba de las niñas de Alcasser. Esas chiquitas eran muy niñas. Estoy seguro que no llevaban unas braguitas de fulana. Me gustan las chicas guarras, las chicas viciosas y he violado a unas cuantas. No a muchas, la mayoría tras un par de ostias se dejaron hacer. También he matado a dos personas, a un hombre y a una mujer.

De pronto el tono de su voz cambió y se irguió ligeramente en su silla de jardín blanca. Apoyó las palmas de las manos en el reposabrazos, como si estuviera decidido a atravesar el cristal lleno de grasa y huellas de dedos que nos separaba –. Pero no tengo nada que ver con los crímenes de Alcasser. Y creo que a estas alturas tú también lo sabes.

Me eché hacia atrás en mi propia silla, un tanto asqueada de tenerle tan cerca a pesar de la protección de los muros de vidrio.

– Tengo otra pregunta para ti, Antonio.

– Dispara.

– ¿Cómo pudiste violar a ninguna mujer si eres homosexual?

Anglés se mordió los labios.

– ¿Quién te ha dicho eso?

– Lo dicen en la calle. Gente que te conoció.

– Delante de mí no se atreverían a contar patrañas como esas. Te lo aseguro.

Pero algo en la voz de Antonio me dijo que estaba mintiendo. El tono, la forma de pronunciar cada sílaba... me estaba ocultando algo sobre su orientación sexual. Pero hacía un instante, cuando me había dicho que no tenía nada que ver con la muerte de las tres niñas... entonces... entonces no había notado que estuviese mintiendo.

¿Era acaso realmente inocente?

“Vaya mierda”, pensé. En menudo lío me había metido. Y recordé el día en que fue detenido, seis años atrás. Una mujer lo reconoció mientras paseaba por una playa en Barcelona y la multitud estuvo a punto de lincharlo. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde había estado los 25 años que llevaba huido? Nunca se supo. Pero Anglés regresó a la vida de todos los españoles. Y también a la mía. Por desgracia.

– ¡Vaya mierda! –murmuré.

Mareada, me levanté y caminé hacia la salida del locutorio.

– No me encuentro muy bien –dije– Ya sé que debía hacerte un resumen de mis indagaciones pero mejor lo dejamos para otro día. Si me lo permites le doy mi informe a tu abogado, allí constará todo lo que he descubierto hasta ahora. Y en otra ocasión te lo explico en persona.

– Creía que te quedarías más tiempo.

– Ya te digo que no me encuentro muy bien. Tienes que pensar que he firmado el contrato. O sea que te has salido con la tuya. Espero que eso te baste de momento.

– De acuerdo. Javier se va a quedar un rato más y me pondrá al tanto de todo – dijo Inglés. –. Pero tengo una pregunta. He visto que tenías los ojos llorosos cuando llegaste. Dime qué te pasa. ¿Por qué te encuentras mal? ¿Algún tema personal te tiene preocupada?

– No es cosa tuya.

Inglés hizo un ruido desagradable con la boca, un tintineo, un chasquido, como si se encajase la mandíbula.

– Ahora trabajas para mí. Te guste o no te guste. Lo que te pase es cosa mía al menos hasta que termines la investigación y yo renuncie al tercer grado.

– Yo no trabajo para ti.

– Ah, ¿no?

Comenzaba a odiar a aquel hombre y entendía que la policía hubiese visto en Antonio al perfecto culpable de los crímenes de Alcasser. Me sentí impotente, desolada, sobre todo después de lo que le había pasado a Rubén. Una única lágrima corría por mi mejilla.

– Mi novio ha muerto en un accidente – mentí, porque no sabía lo que le había pasado y parecía cualquier cosa menos un accidente. Luego me sentí estúpida porque Javier tenía los suficientes contactos como para saber cómo había muerto realmente Rubén y sin duda se lo explicaría a Inglés. Pero no quería contarle a aquel ser repugnante más de lo necesario.

Entonces sucedió una cosa extraña. Pensé que aparecería el Inglés sarcástico, tal vez el Inglés insultante del primer día, el ser sin sentimientos que yo sabía que habitaba tras el caparazón de ser humano. Pero no sucedió nada de eso. Ni siquiera apareció el Inglés que fingía ser un buen preso, el

que había engañado a los funcionarios de la prisión de Lugo. Le miré desde mi percepción borrosa e incompleta, a causa del llanto, y vi que realmente sentía mi pérdida, que estaba compungido. Si era una impostura era el mejor actor que he visto en mi vida.

Tal vez llevé una vez más demasiado lejos mi obsesión por conocer el alma humana, esas impresiones básicas que me asaltan al tocar a los demás, especialmente cuando estrecho sus manos. Pero juraría que, aunque no pude tocarle, Inglés entendía mi desolación y mi pérdida.

– Lo siento mucho. Créeme – dijo, sencillamente.

Y luego permaneció en silencio mirando hacia el vacío de los techos abovedados del locutorio, como había hecho en nuestra primera entrevista, hacia un lugar lejano más allá de aquellas paredes que lo tenían confinado.

Salí a la calle atravesando los largos laberintos de puertas y candados. Javier me acompañó hasta el parking.

– ¿Puedes conducir? – Me preguntó—. Tengo que quedarme con Antonio a explicarle lo del contrato, entre otras cosas. Pero si te esperas un rato te llevo de vuelta a Valencia.

– No hace falta. Puedo yo sola.

– ¿Segura?

– Sí – añadí –. Estoy segura. No te preocupes.

– Creo que es mejor que aguardes a que termine y...

– No, estoy bien – le interrumpí, dándole la espalda y buscando en el bolso la llave del coche.

– Procura no estar sola, Gloria. Piensa en lo que ha pasado, en Rubén y en esos hombres que os perseguían, en todo lo que me has explicado. Toma todas las precauciones posibles.

– Iré directamente a ver a Mauro y Alessandra. No bajaré del coche hasta que me haya reunido con ellos o los tenga a la vista.

– Muy bien.

Entré en mi vehículo. Estaba punto de pulsar el botón de encendido cuando vi la cabeza de Javier junto a la ventanilla.

– Glori.

– No me llames Glori.

Javier resopló como un animal herido.

– Perdóname. No quería mentirte.

– Entiendo el consejo que le diste a tu cliente. Yo también se lo habría dado. No te lo tengo en cuenta. Es tu trabajo. Pero ahora soy consciente que has usado el conocimiento que tienes de mi personalidad para ayudar a ese cabrón de ahí adentro. Por tanto, me queda claro que debo tener cuidado contigo. Y tomar distancia.

Javier respiró hondo. Su voz bajó un tono, como si me estuviese contando una confidencia.

– Me gustaría que hubiésemos vuelto a coincidir en una situación mejor que esta. Tal vez en un local de copas en Madrid. Algo fortuito, sin todo este horror de Alcasser de por medio.

– Yo también pienso lo mismo – reconocí –. Ojalá nos hubiésemos encontrado de casualidad un día cualquiera, no importa el lugar. Habría sido maravilloso recordar los viejos tiempos sin todo esto que se nos ha venido encima. Pero no ha sido así, ¿verdad?

Y sin esperar su respuesta arranqué el motor y puse primera. Salí a toda velocidad sin mirar por el retrovisor.

12

Anocheía cuando llegué a Valencia. Llamé a Alessandra pero no me respondía y descubrí que en mi móvil había un mensaje. Y sí, en el WhatsApp. Me costó algo descubrir que se trataba de un mensaje de audio y que la ventana era más pequeña que la de video, pero finalmente presioné un pequeño triángulo y sonó la voz de mi ayudante:

– Me he hecho daño en un pie caminando por esos andurriales por los que me obligas a transitar para resolver este caso. Estoy mirando plantillas para mis zapatos. Te espero en la Clínica que hay delante del Hotel.

– Si no te pusieses esos enormes zapatos de plataforma igual no te pasarían estas cosas –le dije a la pantalla, olvidando que allí no estaba Alessandra. Lo único que estaba a mi disposición era un pedazo de su voz detrás de un rectángulo con un triángulo equilátero en su interior.

Pero el caso es que la entendía. Las mujeres, por causa del calzado terrible que debemos llevar para encajar en los estereotipos sociales y ser más altas y esbeltas, sufrimos enfermedades en nuestros pies mucho más que los hombres. Además, ellos a menudo creen que unas zapatillas Nike son el paradigma de la elegancia.

Aparqué en una calle adyacente. Me fue fácil encontrar el lugar porque en letras muy grandes y luminosas podía leerse: Clínica del Pie. Mauro estaba delante de la puerta liándose un cigarrillo. Me saludó.

– ¿Todo bien en la cárcel?

– Todo lo bien que cabía esperar.

– Entonces mal.

– Exacto.

Y es que estar junto a Antonio Inglés, aunque fuese solo quince minutos, no era plato de gusto para nadie.

Dentro de la Clínica del Pie me encontré a Alessandra, que charlaba animadamente con un hombre rechoncho en bata blanca. Podría ser su padre, pero el médico la contemplaba con lascivia, solo le faltaba tener la lengua fuera para parecer una versión antropomórfica de un San Bernardo. Pero su voz era suave y modulada, la voz de un profesional con años de experiencia cara al público:

– Trabaja usted mucho, señorita. Tiene los pies muy castigados. – El médico acarició el talón derecho de Alessandra y lo masajeó lentamente – Es una lástima que una mujer tan bonita no tenga unos pies igual de bonitos. ¿No es verdad?

Alessandra no respondió. Le miraba divertida. Ella, que era tan directa y lanzada a la conquista de los hombres, sabía precisamente por ello reconocer el esfuerzo del macho de la especie. Los groseros, soeces y procaces recibían invariablemente una invectiva o una contestación irónica de la muchacha; y a menudo esta hacía referencia al escaso volumen o extensión que sin duda tendrían sus genitales. Pero aquel hombre se esforzaba en galantearla y eso parecía hacerle gracia.

– Por eso he venido aquí, señor mío –dijo–. Para que usted me deje unos pies a la altura del resto de mi cuerpo. – Me di cuenta de que sonreía mientras decía esta frase y todavía más cuando el hombre levantó la vista hacia sus pechos, que quedaban en ese momento a la altura de su coronilla.

– ¿Ese hombre de ahí afuera es su novio? – quiso saber el médico, relamiéndose, esperando que dijese que era su hermano o un primo o mejor alguien que no conocía en absoluto.

– Es mi novio, sí. O algo por el estilo.

– Pero si le lleva más de 10 años.

– Y usted más de 30.

El hombre respiró hondo, como aspirando la fragancia del pie y acarició el contorno de la planta muy lentamente. Muy lentamente.

– Las mujeres son más inteligentes y maduras que los hombres. Un hombre que le lleva 10 años a una mujer tiene la misma edad mental y no puede enseñarle nada. Pero alguien de mi edad ha visto mucho mundo y sabe apreciar matices sutiles en las cosas de la vida, pues conoce secretos que una mujer adecuada puede redescubrir a su lado. Una mujer especial, por supuesto.

– Por supuesto.

– El alma de una mujer a menudo sale a la superficie cuando alguien experimentado sabe tañerla. No sé si me entiende.

No pude soportar más aquella escena, que parecía salida de una película porno: “El podólogo poeta se baja la bragueta” bien podría llamarse. Así que carraspeé varias veces y todo lo fuerte que fui capaz. El médico reparó de pronto en mi presencia, soltó el pie como si quemase y se incorporó de un salto, regresando detrás de su mostrador.

– Ya ves – me dijo Alessandra –. No tenía bastante dinero para que me psicoanalizasen y me curasen el pie así que he decidido venir a un psicopodólogo y matar dos pájaros de un tiro.

Me eché a reír. Psicopodólogo era incluso mejor que “podólogo poeta”. El pobre hombre, escondido tras la barra del mostrador, enrojeció por completo, orejas incluidas. Finalmente regresó con una plantilla especial para zapatos de tacón.

– Usted tiene un principio de fastitis plantar en ambos talones – explicó a Alessandra con una voz que ahora era de nuevo completamente profesional, o pretendía serlo, o al menos intentaba no babear ante el top ajustado y el pantalón corto de la forense –. Si la cosa va a peor podría tener que ponerse infiltraciones. Debería cambiar de calzado, pero si sigue usando el mismo, póngase estas plantillas. Le vendrán bien pero no camine por zonas escarpadas o de difícil acceso. ¿Dónde se lesionó el pie?

– En el Barranco de la Romana, donde mataron a las niñas de Alcasser – repuso Alessandra con toda naturalidad.

Aquello dejó tan sorprendido al médico, poeta, Casanova, psicólogo y fetichista del pie que no supo qué más decir. Las palabras “niñas de Alcasser” eran capaces de acabar con la libido y la verborrea de cualquier valenciano.

Entregó las plantillas a Alessandra y aguardó tras el mostrador hasta que esta se incorporó para pagarle. Bajó los ojos hacia la máquina registradora y ni siquiera la miró mientras le devolvía el cambio.

Ya en la calle, me atreví por fin hablar de trabajo:

– ¿Para qué demonios has vuelto al barranco de La Romana?

Alessandra sacó del bolso dos trozos de papel.

– Quería estar segura.

– ¿Segura de qué?

Mirando los dos trozos de papel me vino a la mente de qué estaba hablando. Dos trozos de papel eran la clave de aquel caso, dos trozos de papel hallados junto a la fosa donde estaban enterradas las niñas de Alcasser. Los dos juntos formaban el resguardo de la receta de uno de los hermanos de Antonio. Aquella era la razón por la que habían comenzado a investigar a la familia Inglés, deteniendo en el registro de la vivienda a Miguel Ricart, que había confesado los crímenes. Dos trozos de papel como los que tenía Alessandra en la mano eran la piedra angular del caso. Sin ellos, nunca se habría dado con los culpables... o al menos con aquellos que la justicia consideraba culpables.

– Hoy hacía un tiempo similar al que hubo en La Romana las jornadas anteriores al descubrimiento de los cuerpos de Miriam, Toñi y Desirée. Vientos de 170 kilómetros por hora, lluvia, etcétera. La última vez que fuimos hasta allí dejé varios trozos de papel similares a los que encontraron los colmeneros junto a la fosa donde estaban enterradas. Los puse en diferentes posiciones: en el suelo, entre los matorrales, semienterrados debajo de una fina capa de tierra o enredados en unas hierbas junto a un árbol. He hecho un sencillo experimento.

– ¿Y?

– Dejé en total diez trozos de papel y en dos días y medio siete han desaparecido: no he podido dar con ellos. Dos los he encontrado por separado y a varios centenares de metros. El tercero estaba casi a un kilómetro. Y todos están hechos una pena, prácticamente ilegibles.

Suspiré.

– Y pretenden hacernos creer que dos trozos de papel se quedaron allí

durante setenta días, aguardando al lado de la fosa de las niñas, indemnes al frío, al calor, a la lluvia... para que tras ese tiempo los encontrasen completamente secos y sin la tinta corrida, señalando a modo de señal divina cómo llegar hasta los culpables. – No tengo claro que pretendiesen que se lo creyese nadie. Y si lo pretendían lo hicieron muy mal porque nadie con dos dedos de frente puede creérselo.

– Pero hay quien se lo creyó, pese a todo. La policía, el fiscal y el juez, para empezar. ¿A la luz de todo esto sigues pensando que no hubo conspiración, Alex?

La forense se encogió de hombros, luego pisó con fuerza el suelo probando sus nuevas plantillas. Me miró.

– En este punto en particular es difícil no creer en una mano negra. Sigo sin creer que haya una conspiración, pero es evidente que esa receta médica partida por la mitad fue dejada pocas horas antes de que la descubriesen los colmeneros.

– ¿Horas, ni siquiera días?

– Horas, no me cabe duda. Incluso parece lógico pensar que lo dejase alguien en el intervalo entre el descubrimiento de los cuerpos y el momento en que la policía subió a investigar.

– Eso son dos horas y media. Dos horas y media en las que nadie aparte de dos colmeneros y la guardia civil conocía la noticia de que se habían descubierto los cadáveres.

Alessandra volvió a encogerse de hombros, dejando claro que esta vez no iba a defender sus antiguas teorías de que no había nada raro en aquel caso.

– A veces las cosas son más sencillas de lo que parecen, Gloria. Como hemos hablado, había mucha gente interesada en que este caso se resolviese. Muchos ascensos, muchas carreras en juego y los políticos presionando. Tal vez alguien pensó que si se solucionaba todo desde el principio las cosas serían más fáciles.

– Eso es otra forma de decir conspiración.

– Amañar esa prueba lo pudo hacer una persona sola. Una persona sola no es una conspiración.

Meneé la cabeza, reacia a una explicación tan simple por mucho que

pareciese lo más coherente. Caminamos hacia mí vehículo. Tenía ganas de conducir. Mauro, que estaba esperando aún en la calle, abrió la puerta del acompañante a Alessandra. La forense le acarició el rostro y se sentó.

– Yo soy la jefa – le expliqué a mi guardaespaldas –. Tendrías que abrirme a mí la puerta en primer lugar.

– Perdona.

Mauro dio la vuelta al coche a toda prisa y me abrió la puerta del conductor. Yo me senté, reprimiendo una sonrisa.

– Fíjate lo dulce que es – me dijo Alessandra –. Se lo ha creído y todo. No se ha dado cuenta de que era una broma.

Mauro se estaba colocando el cinturón en uno de los asientos traseros. Yo giré el retrovisor para mirarle y luego volví la vista hacia Alessandra.

– ¿Qué broma? – pregunté, tratando de poner mi tono de voz más severo.

Pero a Alessandra le temblaban los labios. No pude resistir más y finalmente ambas estallamos en una carcajada.

– ¿Dónde está el chiste? – quiso saber Mauro

– No hay chiste, mi amor – dijo Alessandra –. Nosotras somos así.

La hilaridad no nos duró mucho tiempo. Pregunté a la forense si sabía algo de la investigación sobre la muerte de Rubén. Me dijo que estaba a cargo del caso un tal subcomisario Vela. Y que me esperaba en la jefatura superior de la policía.

– ¿A mí sola?

– De momento quiere hablar contigo. Después de todo, Mauro y yo llegamos después de que Rubén desapareciese.

Media hora después estaba delante de un hombre espigado vestido con chaqueta de franela y pantalón a cuadros. Parecía un jugador de golf, uno de esos señores de cierta edad que pasean con sus palos por las urbanizaciones. De hecho, tenía edad para estar jubilado y por su aspecto debía quedarle ya poco tiempo en el cuerpo de policía. Poseía una gruesa nariz y una cabeza completamente calva, con grandes orejas. Era uno de esos hombres que parecen gordos aunque se conserven en su peso, dominados por una papada y unos mofletes generosos.

– Soy el subcomisario Ángel Vela.

– Yo soy Gloria Goldar.

– Lo sé.

Alessandra me acababa de explicar que el cadáver calcinado que se había hallado con las ropas y la documentación de Rubén había muerto de un tiro en la nuca. Una ejecución. Le iban hacer pruebas dentales y de ADN para conocer su verdadera identidad. No le pregunté a Alex de dónde había sacado la información, pero el caso es que aquel conocimiento me daba una leve ventaja ante el subcomisario, que en ese momento no me habló de lo que había descubierto ni de los avances en la investigación. Sus preguntas iban en otra dirección.

– Usted y Rubén, ¿hacía mucho que vivían juntos?

– Tres años.

– ¿Tenía familia?

– Era huérfano. Durante un tiempo disfrutó de una buena situación económica pues heredó un bloque de pisos por la zona del parque de la Ciutadella, creo que me dijo. En Barcelona. Pero descubrieron que el edificio tenía problemas de aluminosis, no pudo afrontar las reparaciones y lo perdió todo. Dejó de cobrar los alquileres de los que vivía y hasta acabó con algunas deudas. Tuvo que volver a trabajar de ingeniero. No le gustaba mucho su trabajo. Al menos esa es la impresión que siempre tuve.

Al comisario la respuesta no pareció satisfacerle demasiado, aunque yo había procurado darle incluso más información de la que me había pedido. Puso mala cara, torciendo el gesto y mirándome con desconfianza.

– Me han dicho que el coche que ha aparecido con el cadáver en su interior era de la misma marca y modelo que el de unos individuos que les persiguieron a usted y su novio unos días antes. Un Renault Megane de color negro.

– Así es. Iban encapuchados y llegaron incluso a amenazarnos, exigiéndome que parara de investigar. “No sigas con lo que estás haciendo”, o algo así dijeron. Pensé que solo querían acobardarnos y que me echase atrás.

– Que se echase atrás en qué.

– Estoy investigando el caso Alcasser.

El policía no pareció sorprenderse. Dijo en tono apático:

- Está perdiendo el tiempo.
- Eso ya lo decidiré yo por mí misma.

Me hizo varias preguntas más sobre Rubén y de pronto algo me llamó la atención. No me había dado el pésame. Y sus preguntas se centraban tanto en su persona, hábitos y motivaciones que parecía más el sospechoso que la víctima.

- No piensa que el cadáver sea el de mi novio.

El subcomisario no lo negó.

- Exploro posibilidades, sencillamente.
- Pero cree que Rubén sigue vivo.

– Llamémoslo intuición de policía. Y esa misma intuición unida a su gesto, que tampoco es de sorpresa ni de indignación, me dice que usted no había descartado esa posibilidad.

– También ha pasado por mi cabeza la idea de que siga vivo, sí. ¿Quién no lo haría tratándose de un ser querido? Pero no creo que sea un asesino.

El subcomisario se levantó y me alargó la mano.

– Yo, por desgracia, todavía no he desechado esa línea de trabajo. Pero claro, no lo conocía tan bien como usted.

No me gustó el deje de ironía y de condescendencia en sus palabras. Estreché su mano. Percibí al instante una emoción intensa, una aguda sensación de cansancio, de indolencia, de final de trayecto. Ángel Vela era un hombre cansado, un hombre que investigaba su último caso y al que le importaba tan poco como los veinte anteriores que le habían encomendado. Pero era un hombre capaz, aunque un hombre que hacía las cosas maquinalmente, sin la pasión de antaño.

– Hay algo extraño en toda esta historia, subcomisario. No es tan simple como a usted le parece. Ya lo verá. Hay algo extraño de verdad.

– El mundo está lleno de cosas extrañas – dijo crípticamente Vela –. Hay gente que viene desde Madrid, se entrevista en la cárcel con Antonio Anglés y se pone a investigar un caso de hace tres décadas. Y claro, pasan cosas “extrañas”. Aparecen perseguidores y perseguidos, gente encapuchada, coches en llamas y cadáveres carbonizados.

Así pues, estaba mejor informado de lo que yo esperaba. Aunque de todas

formas no entendía a dónde quería llegar con aquella enumeración de sucesos:

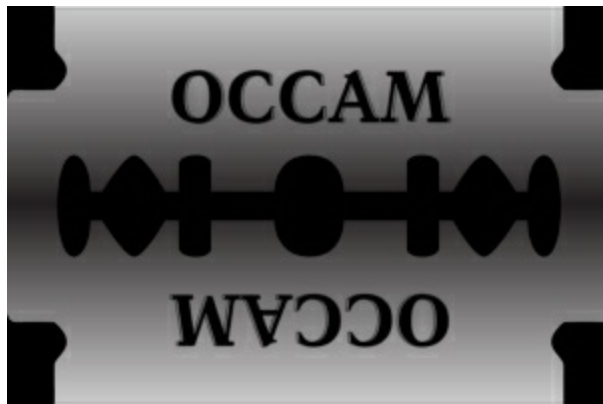
– Qué me quiere decir con todo eso.

– Quiero decir que lo que a usted le parece extraño a mí puede ser que no me lo parezca. Porque si uno mete la cabeza en la boca del lobo no debería extrañarle perderla. Hay gente con los dientes muy afilados por esos mundos de Dios, señorita Goldar.

El subcomisario soltó mi mano y se dio la vuelta, encaminándose a una oficina casi en penumbra. No se volvió cuando me murmuró a modo de despedida:

– Buenas noches. Estaremos en contacto.

Informe "Caso Alcasser"



(EL JUICIO Y LAS TEORÍAS ALTERNATIVAS)

LOS HECHOS PROBADOS

Miguel Ricart confesó haber participado en el secuestro y la violación de las tres niñas (en realidad dijo que solo tuvo relaciones con una de ellas y fueron consentidas, aunque luego también diría que Antonio le obligó a violarla). Nunca confesó asesinato alguno, que atribuyó en exclusiva a Antonio Anglés. Posteriormente se retractó, relatando que había sido torturado y obligado a confesar en falso, aunque lo cierto es que hizo muchas declaraciones, al menos seis, y todas se contradicen total o parcialmente, llegando a acusar a terceras personas.

LA VERDAD JUDICIAL

La sentencia condenó a Miguel Ricart por raptó y violación; también como cooperador necesario en el asesinato de las niñas.

LAS DUDAS

Aunque Miguel Ricart confesó que Antonio había violado vaginalmente a Toñi, la muchacha murió virgen. La violación imaginaria de Toñi es la que explicó curiosamente con más detalle, relatando incluso que le dolía mucho por ser la primera vez.

Aunque confesó que las niñas fueron atacadas en la caseta de La Romana parece casi imposible que así sucediera, a tenor de la falta de rastros de sangre, heces (fueron violadas analmente con palos) y otros humores corporales que deberían haber sido encontrados.

La confesión o confesiones de Miguel Ricart son falsas en todo o en parte. Incluso aceptando que participó en los crímenes, su confesión no tiene valor alguno pues está plagada de mentiras y contradicciones, habiendo relatado en ella diferentes hechos que las autopsias, la lógica y las pruebas demostraron que no se ajustaban a la verdad.

QUINTA PARTE

MIGUEL RICART

13

Me pasé la noche viendo videos del caso Alcasser, de una época en que no existían teléfonos móviles, de una época en la que el dolor y la rabia por las tres niñas desaparecidas hizo nacer la telebasura, los programas que duraban dos o tres horas y hablaban del juicio hasta de sus mínimos detalles, muchos de ellos escabrosos.

Contemplé a los invitados de cada programa, que acusaban sin pruebas a jueces, fiscales y a cualquiera relacionado aunque fuera remotamente con la investigación. Solo importaba el dinero, los datos de audiencia, el saber que la población estaba interesada en aquel caso de una forma enfermiza y dispuesta a consumir cualquier tipo de información, fuese o no veraz. De hecho, buena parte de la población creía que los asesinos eran gente poderosa vinculada al Partido Socialista Obrero Español o al Partido Popular: un grupo de políticos torturadores que campaba a sus anchas matando a niñas de toda España.

Solo faltaba el hombre del saco para completar aquel festival de estupideces.

Quise dejar de lado por un rato todo aquello y encendí el televisor. Vi la segunda parte de un documental. Era sobre Frederick West, un asesino en serie que mató y emparedó a 12 mujeres en su casa. No recordaba cuándo había visto el principio de aquel programa, pero volvió a fascinarme hasta dónde podía llegar la maldad humana. Un hombre de apariencia normal, un vecino cualquiera de una pequeña ciudad del sur de Inglaterra, se dedicaba a alquilar

habitaciones. Pero su dedicación real era acabar con la vida de algunas de sus inquilinas, ayudado por su esposa. Sexo duro, torturas, secuestro de muchachas jóvenes en paradas de autobús y hasta el asesinato de sus propias hijas o de hijas de familiares cercanos. Los West no le hicieron ascos a nada. Solo su captura evitó que el número de cadáveres entre los muros de su casa llegase a ser infinito.

Cuando acabó el documental comprendí que aquellos dos eran el tipo de monstruos que podrían haber asesinado a las niñas de Alcasser. ¿Antonio Inglés encajaba en ese perfil? Mi mente gritó un rotundo no, pero yo me resistí a aquella impresión inicial. Razoné mi respuesta. Asesinos sádicos organizados, que lo planificaban todo hasta el mínimo detalle, no había tantos. Y en los 90 Antonio era un drogadicto violento y manipulador, no el tipo de monstruo tan específico que eran los West, curiosamente en la misma época.

– El Antonio Inglés de hoy en día, con casi sesenta años, encaja más en el perfil de asesino y torturador de las niñas que el joven de veintipocos que era entonces –dije en voz alta.

Y además Mejía afirmaba que era homosexual, mientras Antonio lo negaba con poca convicción. Aunque, a todo esto, ¿dónde estaba Mejía? Me dijo que me iba a ayudar y no sabía nada de él desde nuestro primer encuentro. Precisamente por ser él mismo un toxicómano que conocía a las calles y en su día fue amigo del propio Inglés, me podría ilustrar un poco más sobre las dudas que tenía sobre aquel caso.

– ¡Joder! –chillé, cuando el teléfono me indicó que el móvil de Mejía estaba apagado o fuera de cobertura. El mismo mensaje que recibí cuando llamé a Rubén días atrás.

Las pistas se me escapaban de las manos y también algunas de las personas con las que había contado para solucionar aquel caso.

No dormí. Me puse a pensar en Rubén y tuve que reconocer que, a mi pesar, aún le añoraba. Me comí un arroz con leche de marca blanca mientras veía un video tras otro en YouTube sobre el caso Alcasser. Me había olvidado de los West y de Mejía. Estaba de vuelta con las niñas y su terrible destino. Gracias a Alessandra comenzaba a manejarme con mi Smartphone y ya no era una completa inútil. Ya era capaz de buscar con soltura contenidos en vídeo.

Me di cuenta de que el paso del tiempo no había hecho disminuir el morbo de la gente hacia aquella macabra historia: encontré videos no solo de los años 90, sino también de décadas posteriores hasta llegar a la actual. Tal vez nunca habría un crimen que levantara tantas ampollas en la sociedad y causara semejante expectación. La detención de Inglés de unos años atrás no había hecho sino provocar una nueva oleada de programas, de carnaza, de tertulianos que decían saberlo todo y no sabían nada. Pero esta vez habían coincidido en su culpabilidad. La aparición del monstruo había dejado atrás las teorías de la conspiración, al menos para la mayoría de la gente.

Llegó un momento en que de nuevo no pude seguir con el caso Alcasser y distraje la mente con mi otra obsesión, aquella que me había guiado en el pasado: el caso de las Ocho de Badalona. Decidí bucear también en los videos de YouTube y, a través de ellos, en mis recuerdos. Examiné el principio de la investigación, cuando nadie sospechaba que las desapariciones estuvieran conectadas, y luego vi documentales que se centraban en la desesperación de la policía y las familias cuando los secuestros comenzaron a amontonarse. Incluso me descubrí a mí misma, mucho más joven, respondiendo a las preguntas de la prensa. Al fin y al cabo era la persona que había puesto a las fuerzas del orden sobre la pista de aquellos dos que se hacían pasar por fotógrafos. Dos monstruos similares a los West, monstruos que se llevaban a las chicas después de citarlas para falsas sesiones de una aún más falsa agencia de modelos.

– Ha aparecido el cadáver de Verónica Planas, la última víctima del caso de las Ocho de Badalona, ¿qué tiene que decir, señorita Goldar?

Una Gloria casi quince años más joven, pálida delante de una cámara de Televisión Española, tragó saliva y dijo:

– Estoy convencida de que hay más cadáveres, solo que no se han encontrado aún.

– ¿Cree que la policía está haciendo un buen trabajo?

– Sin duda. He colaborado con ellos y sé que están implicados completamente en el caso. Estamos buscando nuevas pistas y un día encontraremos a los culpables.

Me dormí escuchando mi propia voz, hablando de resolver unos crímenes

que nunca habían sido resueltos y que aún me dolían en el alma cuando pensaba en ellos. Lo cierto es que, debía ser sincera al menos ante mí misma, aquella historia me importaba aún más que los crímenes de Alcasser. Era una espina clavada en mi carrera y no en mi adolescencia, que era un lugar difuso que rara vez visitaba. Había conocido a Miriam, Toñi y Desirée, cierto. Pero hacía tanto tiempo que todo lo sucedido era como una imagen de una película, de algo que le hubiese pasado a otra persona.

Por la mañana, aún embotada y aturdida, me puse El Capricho Español de Rimsky Korsakov en mi tocadiscos portátil. Mientras escuchaba las trompas mostrando el tema de las Variazioni y esperando que llegasen los instrumentos de cuerda a imprimir su sello, me pregunté qué pensaría Alessandra de una mujer que adoraba el sonido rasposo del vinilo y no usaba también el YouTube o el Spotify o cualquiera de esas sandeces modernas para escuchar música. Cuando llegaron los violines ya casi estaba vestida y movía las manos de un lado a otro en mi habitación, como si fuese una directora de orquesta en su pedestal. La música clásica conseguía liberarme de las ataduras del sueño, del sentimiento de culpa por no haber dado con los secuestradores de las Ocho de Badalona, de la pena por la muerte de Rubén (si es que estaba muerto) y de cualquier problema real o imaginario. Y ahora mismo tenía uno muy real entre manos, porque no sabía qué demonios iba a hacer con el caso Alcasser.

Finalmente, el sonido de la flauta disolvió lentamente la melodía en la coda. Entonces me atreví a levantar la aguja del disco y tomé el camino del ascensor. Diez minutos más tarde me tomaba un café doble (o triple) cuando llegó Alessandra.

– ¿Y ahora qué? – me dijo, tras pedir otra taza y sentarse a mi lado en el bar del hotel.

Levanté la vista. Mauro, siempre discreto, esperaba a la entrada del local, mirando el suelo vintage de rayas estriadas.

– He pensado en ir a ver de nuevo a Luisa Sanchiz.

– La antigua limpiadora de la Guardia Civil.

– Esa.

– ¿Crees que esconde algo, Gloria?

– Estoy segura.

– No la vi la última vez con muchas ganas de colaborar.
– Si insistimos lo suficiente tal vez descubramos qué es lo que me huele mal.

- Pues vayamos a por Luisa. Seguro que sacamos algo en claro.

Alessandra me dijo una vez que tenía envidia de mis intuiciones, de que al tocar la mano de una persona tuviese impresiones que luego resultaban ser verdad. Lo cierto es que siempre dudé que lo creyera, sospechaba que ella estaba convencida que no era más que una pose o que me había convencido de tener un don y me autoengañaba. Alessandra era un ser terrenal: para ella tocar o no a una persona no tenía la menor importancia, a menos que hubiera una intención cariñosa, amistosa o libidinosa. Aquel asunto, lo que fuera, sucedía en mi cabeza no en mis manos. Mi don, si lo había, era el don de Poirot o de Sherlock Holmes, fruto de la observación y nada más. La forense no creía en Dios ni en nada mítico o mitológico, ni en energías ni en flores de Bach. Pero confiaba en mí. Después de todo, aunque de forma intermitente, llevaba ya más de dos años colaborando con la asociación Egeria.

Nos levantamos de la mesa.

– Vamos, niño – dijo Alessandra a Mauro, dándole una palmada en el culo.

– Delante de la gente no. Estamos trabajando – dijo nuestro guardaespaldas.

– Lo lamento – repuso Alessandra, lanzándole una mirada lasciva –. Cuando vuelva a pasar no me lo tengas en cuenta. Es superior a mí.

Y sonrió pícara. Mauro removió la cabeza, dejándola por imposible.

De camino a Silla comimos en un restaurante. Alex volvió a explicarme que los hombres llevaban siglos o hasta milenios con aquella actitud: ella solo estaba poniendo su granito de arena en una lucha generacional para equilibrar la balanza. Ojalá hubiera más mujeres como yo, se acabaría el machismo, decía siempre. Y estaba convencida de ello.

Yo no dije gran cosa al respecto. ¿No era un poco mojigata a sus ojos? Pues eso. Que siguiera pensándolo.

Tras la comida aparcamos en una calle lateral, muy cerca del supermercado donde trabajaba Luisa. Creo que era justamente el mismo lugar donde estacionamos la vez anterior. Lo recordaba porque hacía esquina y

porque la última vez vi al pobre Pere en aquel lugar reprendido por una señora y su hija. Para mi sorpresa me pareció verlo de nuevo al final de la calle con sus andares característicos. Se balanceaba tanto que era como si cojease. De niño me provocaba ternura pero tenía que reconocer que, con medio siglo a sus espaldas, terminaría teniendo algún altercado con la ley, alguien le denunciaría y pasaría un mal rato. Me preguntaba si su familia no tendría que tomar cartas en el asunto y mandarle a un centro especializado en casos como el suyo. Pero pronto comprendí que en un lugar así Pere se moriría de pena. Su lugar eran las calles, en ellas pasaba la mayor parte del tiempo y se habían convertido en su hábitat, para bien o para mal.

–Ah, son ustedes.

Volvió a abrirnos la puerta Juan Sanchiz. Esta vez desde su silla de ruedas nos miraba con el semblante adusto. No era el hombre accesible de nuestro primer encuentro.

– Queremos hablar con su hija – dijo Alessandra –. Nos indicó que volviéramos más adelante y seguimos necesitando su colaboración.

– Ya me lo imagino. Pero no ha vuelto aún. Hoy saldrá un poco más tarde. Había inventario en el supermercado.

– ¿Cuánto más tarde? – quise saber.

– Un par de horas más de lo habitual – Juan miró su reloj –. Pero ya casi se han cumplido. Supongo que llegará en cualquier momento porque no es chica de salir por ahí y tiene pocas amigas. Es una buena muchacha.

Aquella buena muchacha debía rondar los 60 años, pero Juan hablaba de su hija como si fuese una mocosa. Desde su silla de ruedas gobernaba con mano firme aquella familia, o lo que quedaba de ella. Con cierto esfuerzo y renuencia nos invitó a pasar al interior. Mientras Alex y él hablaban para hacer tiempo, me quedé mirando de nuevo aquella foto en la que se veía a Juan junto a sus tres hijos, según él dos de ellos ya fallecidos. Los cuatro sonrientes posaban al lado de un coche de cuatro puertas, blanco, pequeño, como el que se llevó a las niñas de Alcasser.

Una luz se encendió en mi cerebro. Como un faro.

– ¿No tendrá un refresco o alguna cosa para hacernos más leve la espera? – dijo Alessandra.

– Sí, claro.

– Mil gracias.

Cuando Juan abandonó la estancia, la forense me susurró al oído:

– He visto que estabas echándole el vistazo a esas fotos y he pensado que sin moros en la costa lo harías más tranquila. Conozco la cara que se te pone cuando estás dándole vueltas a una teoría.

Alex tal vez no creyera en mi capacidad para sentir emociones estrechando la mano de desconocidos, pero lo cierto es que, a fuerza de observarme, había terminado por darse cuenta de que realmente tenía el gen del detective. Y conocía el gesto que teñía mi rostro cuando mi mente se ponía en funcionamiento.

Cuando Juan regresó con unas cervezas mis razonamientos se habían completado. Le di las gracias, cogí una, tomé un sorbo y dije:

– Querría saber por qué me ha mentido.

Juan me miró con rabia, los ojos inyectados en sangre. Me di cuenta de que era una persona visceral que ocultaba su furia detrás de la máscara afable de un hombre tranquilo.

– En qué se supone que la he mentido. Y recuerde que son invitados en mi casa y en cualquier momento podrían estar todos de patitas en la calle.

Hubo una pausa. Nos miramos. Di otro sorbo a mi cerveza.

– Me dijo que sus dos hijos menores estaban muertos, que solo le quedaba Luisa.

– Vicente murió hace ya mucho y el pequeño...

– El pequeño, Pere, está vivo. Sigue dando vueltas por los pueblos gritando a las mujeres “guapa, guapa y reguapa”.

Juan se mordió los labios y levantó la cabeza, altivo. Miró la foto que yo estaba señalando, una foto en la que había un hombre en silla de ruedas pero feliz a pesar de su discapacidad, junto a tres hijos perfectamente sanos, incluso el más pequeño.

– Pere murió también el día que lo hizo su hermano. Tuvieron un accidente de coche. Uno murió y el otro sufrió graves heridas en la cabeza. Ya ve el resultado.

– Pero sigue vivo.

– Sigue vivo su cuerpo. Pero es otra persona. Nunca crecerá, su cerebro no madurará mucho más allá de los nueve años que tenía en el momento en que su cabeza se estrelló contra el parabrisas. Tiene migrañas y pesadillas y se pasa el día en la calle llamando guapa a las mujeres, como bien ha dicho usted. Antes jugaba con chicos de su edad, llegó a tener algunos amigos a pesar de sus problemas, pero es un estorbo para la sociedad y acabará sus días solo en alguna institución de mala muerte. Hace décadas que vive en casa de mi hermana en Picassent y solo viene aquí de cuando en cuando. Y solo porque le gusta cómo cocino. Viene para comer y se marcha. Eso es todo lo que me queda de Pere. Así que para mí murieron mis dos hijos en aquel accidente.

Supe que me ocultaba algo. Tuve otro palpito. Miré de nuevo la foto y recordé la entrevista que tuve con la señora Conchita. Cuatro hombres habían recogido a las niñas de Alcasser. Uno de ellas cojeaba y bien podría ser Pere que, a distancia y para alguien que no lo conociese, en lugar de balancearse parecía cojear. Uno de los otros no salió del coche. Tal vez no podía sin ayuda porque iba en silla de ruedas. Los otros serían sus otros dos hijos: Luisa y Vicente. Luisa llevaba el pelo corto en la foto, incluso en la actualidad, tanto que parecía un chico.

Y las niñas se montaron en el coche porque conocían a Pere y confiaban en él. O tal vez porque Luisa iba a alguna de sus clases.

– ¿Cuándo murió exactamente Vicente? ¿Fue antes del 1992 o después?

Pero Juan también era una persona observadora y, cuando estrechó mi mano, también había comprendido el tipo de persona que era yo. Abrió un cajón de la cómoda, justo debajo de las fotografías, y sacó una carpeta con papeles. Finalmente me entregó un acta de defunción.

– Mi hijo murió en enero de 1990. Tenía 15 años. Había robado un coche y llevaba de paseo a su hermanito pequeño, vaya usted a saber por qué. Se estrellaron contra un muro en Catarroja. Pere pasó seis meses en el hospital y luego vino convertido en eso que anda por ahí fuera.

Me extrañó el desprecio que sentía hacia su propio hijo y sentí lástima por Pere. Pero aquel no era el mayor de mis problemas, porque me di cuenta al instante que mi instinto me había fallado. Y por el camino había enfadado a mi anfitrión.

– Perdona, quería estar segura que...

– Quería estar segura que mi hijo o tal vez yo o Luisa no estuvimos implicados en la violación y el asesinato de unas niñas. ¿Se le ha olvidado que sé que esa es la razón por la que quieren hablar con mi hija? Usted desconfía de todo el mundo y acusa a todo el mundo de forma real o velada. Viene a mi casa a insultarme.

– No lo pretendía. No... No... Un pálpito que he tenido de que ocultaban algo me ha nublado el entendimiento... una posibilidad.... me pregunté si... Sabemos que los agresores eran cuatro y... –Boqueé como un pez fuera del agua, sin saber si debía seguir tartamudeando y diciendo frases a medias o callarme de una maldita vez– No sé por qué me vino semejante idea a la cabeza. Lo lamento.

Juan apretó los puños y me miró con desprecio:

– No acepto sus disculpas. Escuche: yo tenía puestas muchas ilusiones en Pere. ¿Sabía que era un superdotado? Siempre matrícula de honor y un coeficiente de 160. Íbamos a llevarle a una escuela especial y esperábamos conseguir una beca de un colegio alemán. Por eso no me gusta la forma en que el destino se ha burlado de él. Pero le puedo asegurar una cosa, mentalmente puede ser un niño de nueve, diez u once años, pero es un niño bondadoso. No soportaría estar en la misma habitación donde están haciendo daño a un gato o a un perro, y a veces le visto llorar porque el dueño de un animal le había dado un cachete en la calle a su mascota. Puede suponerse cuál sería su reacción si viese torturar a unas chiquillas del barrio.

– Ya le he pedido perdón. Ha sido...

– Y le repito que no le acepto su disculpa. Quiero que se vayan.

– Lo comprendo, pero le pediría...

– ¡Quiero que se vayan ya!

Juan Sanchiz, rojo de ira, me señalaba la puerta de la vivienda, que Mauro ya estaba abriendo con la mano derecha mientras con la mano izquierda me hacía un gesto para que abandonase aquel lugar. Alessandra, que había permanecido durante nuestra discusión en silencio, dijo:

– Vamos, Gloria. El señor Sanchiz tiene razón. Es mejor volver otro día.

– ¡Lo mejor es que no vuelvan nunca! ¡Nunca! ¿Me oyen?

Salimos a la calle. Me sentía extraña, culpable. Vimos que por la acera de enfrente llegaba Luisa, vestida con su uniforme azul. Juan salió a toda velocidad de la casa dando fuertes manotazos a las ruedas de su silla y la interceptó antes de que pudiésemos acercarnos. Vimos cómo soltaba espumarajos por la boca y nos señalaba mientras hablaba a su hija, seguramente explicándole lo que había pasado.

– ¿No tendrías que haber sido más cauta? –me regañó Alessandra –. Soltaste de golpe y un poco a lo bestia lo que estabas pensando. Y además no tenías la menor base para sospechar de ellos.

– Ya te dije que tuve un pálpito.

– Pues tendrás que revisar el tema de los apretones de manos y los pálpitos – me aconsejó, confirmando mi teoría acerca de que definitivamente no creía demasiado en ellos.

No había dormido y estaba cansada. Seguía rota por lo de Rubén y no había tenido cuidado. Pero aun así algo rondaba mi cabeza. Algo importante que estaba relacionado con los Sanchiz, con Vicente, su hijo, el chaval de la foto. Si no era uno de los asesinos (y no podía serlo si murió dos años antes de la desaparición de las niñas), estaba implicado en lo sucedido de alguna forma. Podía sentirlo. Así que debía componer las piezas dispersas y dar con la verdad.

– Sigo teniendo un pálpito con el hijo fallecido. Tiene algo que ver con toda esta historia. No sé con qué parte ni cómo. Investiga cómo murió. Pide información a alguno de nuestros amigos en la policía.

– Vale, como quieras –dijo Alessandra.

– Estamos dando palos de ciego – terció Mauro.

– Es lo único que tenemos – repuse, enfadada principalmente conmigo misma.

Esta vez dejé conducir a mi guardaespaldas. Estaba agotada y no quería cometer otro error. Quizás lo mejor sería poner tierra de por medio, al menos unos días, para ver si eso aclaraba mis ideas.

– Vámonos. Ya sé cuál va a ser el siguiente paso que vamos a seguir.

Entré en el coche y cerré la puerta de golpe.

14

Macastre estaba sentado en el bordillo, la espalda apoyada en una persiana de un restaurante que había cerrado hacía tiempo. Llevaba un chándal cubierto de suciedad y telas de araña compartidas a medias con la persiana metálica. Bebía una cerveza de litro y se atusaba la melena con unas manos grasientas. Parecía una imagen sacada de la España de los años 70 u 80, y hasta de principios de los 90, una imagen de los barrios bajos y de la drogadicción propia del arrabal de las grandes ciudades. Una escena congelada en el tiempo que él se obstinaba en perpetuar.

–No, por Dios.

Me estaba viendo llegar y su rostro grotesco y desagradable se había vuelto por arte de magia aún más grotesco y desagradable. – ¿Hoy no traes a tu gallito para que me pegue? – preguntó. Luego eructó y dio un largo trago a su botella.

No entendí a qué se refería. Le miré atónita.

– No sé de qué me hablas. Solo busco a Mejía.

Se suponía que debía ayudarme en el caso, devolverme el favor que le hice años atrás. Pero desde que nos reunimos por primera vez y le hablé de Alcasser, mi asesor, por así llamarlo, estaba en paradero desconocido. De hecho, me había costado incluso encontrar a su compañero de correrías, aquel al que llamaban Macastre. Sin los contactos que seguíamos teniendo en la policía no habría sido posible.

– Busco a Mejía –insistí, al ver que el toxicómano callaba.

– Tú sabrás. Igual le disteis demasiadas ostias y está escondido.
– Te repito que no sé de qué me hablas.
– Hablo de tu amigo el de las trenzas. Se fue con Mejía y mi colega no ha vuelto a aparecer. Me dio de ostias a mí también antes de llevárselo. Me dejó esto de recuerdo.

Macastre me enseñó una cicatriz que tenía bajo el pómulo derecho.

– Recuerdo de tu amigo –repitió.

– ¿De Rubén?

– Ese mismo, el que vino contigo la otra vez. El trencitas, el que estaba callado mientras tú hablabas con Mejía. Pero la segunda vez que vino estaba más hablador y sus manos también vinieron dispuestas a hablar de lo lindo.

Así pues, Rubén había ido a buscar a mi informador. Me mintió y en lugar de regresar a Madrid, a su puesto en FSY Electronics, se había puesto a investigar por su cuenta. ¿Pero por qué fue a por Mejía? ¿Y por qué se había puesto violento?

– ¿De qué habló Rubén con Mejía? Cuéntame cómo fue todo.

– No hay nada que contar. El tío llegó hecho una furia. Me dio de ostias con una barra de metal que cogió del suelo y casi me saca un ojo. Yo estaba tirado hecho un guiñapo y le oí decir a Mejía: “o vienes conmigo o te reviento a palos hasta que te mate. Y ya sabes por qué”. Le dio un par de veces con la barra de hierro y al final Mejía decidió acompañarle.

– ¿Y nada más?

– Nada más. Se fueron y no sé nada de ellos hasta ahora.

Cada paso que avanzaba en aquella historia menos la entendía. Y menos entendía a Rubén. Ni su desaparición, ni sus actos tras dejarme tirada ni su supuesta muerte.

– Mira Macastre...

– No miro nada, zorra. –El drogadicto ni siquiera levantó los ojos de su botella–. Quiero que te pires. No quiero líos ni idiotas que vengan a partirme la cara. No voy a decir una palabra más.

– Macastre...

– Fuera, zorra... No tengo nada que hablar contigo.

Era el momento de dejar de negociar.

– ¡Escucha, basura humana! No vengo con Rubén, pero traigo a un amigo mucho mejor. Y quiere conocerte.

El toxicómano levantó la vista y vio a Mauro. También vio sus músculos de gimnasio y una mirada de pocos amigos. Y sus casi dos metros. No le gustó. Chasqueó la lengua.

– Qué quieres saber, zorra. – Cuando vio que Mauro daba un paso en su dirección intentó retroceder todavía más y la persiana crujió –. He dicho zorra con el máximo de los respetos. Mi propia hermana es puta – aseguró.

Contuve una sonrisa.

– Quería que Mejía me ayudase a encontrar a Miguel Ricart. Pero si él no está disponible igual tú me puedes ayudar.

– Pues eres una idiota aparte de zorra – repuso Macastre. Al momento, dándose cuenta de su nuevo error, levantó las manos en gesto de súplica en dirección a Mauro. La botella se le escapó y rodó por el suelo, derramándose parte de su contenido –. ¡Maldita sea!

Miguel Ricart sabía lo que había pasado la noche en que murieron las niñas. Quería oír de sus labios lo que hizo Inglés u oírle negarlo todo. Tal vez estrechar su mano y sentir sus emociones. Aunque me estuviera engañando y no tuviese en verdad don alguno. Era adicta a esa sensación de poder que me daban mis pálpitos. Tal vez fuera una idiota como decía Macastre, pero así era como funcionaba mi mente de investigadora, dando saltos y no acumulando pruebas y siguiendo la pura lógica.

– Esta idiota quiere saber dónde está Miguel –dije, levantando la voz–. Mejía fue su amigo hace muchos años. Y tú eres del barrio. Me fío más de ti que de la policía o los periódicos. Al menos sobre el paradero de Ricart.

Macastre abrió su boca desdentada para decir:

– Está en Francia, eso he oído a gente de por aquí. Y al propio Mejía antes de pirarse.

– Dónde de Francia. Es un país muy grande.

–Solló.

– ¿Solló? ¿Qué sitio es ese? Ni siquiera creo que exista. ¿Estás seguro de lo que dices?

– Por supuesto que no estoy seguro. Se lo he oído alguien que se lo había

oído a otro que se lo había chivado a Mejía. Pero es lo que se dice: Solló. O una cosa parecida. Si esperas que te lo escriba en francés vas lista porque no sé ni cómo se escribe en español. Hacen por ahí cerca de Solló una feria de libros, alguien fue y vio a Ricart. Se dice en la calle que vive en esa ciudad de incógnito. No sé más. Si no tienes bastante tendrás que pegarme y no sacarás nada tampoco de ello.

Me incliné y cogí su botella del suelo. Todavía quedaba una tercera parte. Se la entregué y él bebió ávido, como si fuese un trago de agua para un viajero del desierto.

– Podrías hacer mejores cosas con tu vida – le dije.

Macastre levantó la mirada y sonrió. Una sonrisa cansada, sin ánimo de ser realmente una sonrisa.

– No, no podría hacer con mi vida nada mejor. En eso te equivocas.

Alessandra nos esperaba en un bar cercano. Allí compré dos botellas del peor vino que tenían y se las di a Mauro. También un pack de seis cervezas.

– Llévaselas.

– No te lo va a agradecer. Y tampoco las necesita.

– Llévaselas de todas formas.

Una hora después, tras una cena frugal a base de pinchos y tapas, nos dirigimos al sur de Francia. Fue Alessandra la que dio con la clave de cuál debía ser nuestro destino. Casi de inmediato, al oír de mis labios la pronunciación de Macastre, tuvo claro a qué se refería.

– Soyaux. Está tocando a Angulema, donde se celebra la feria del cómic más famosa de Francia y probablemente de Europa.

– No sabía que te gustase el cómic.

– Ya ves. Soy una mujer llena de aristas. Hay un dibujante que se llama Toni Carbos que me chifla. Y otro autor, un canadiense llamado Seth. Ya te pasaré algo de ellos en el móvil, para que te hagas una idea de su trabajo.

Mi WhatsApp comenzó a pitar poco después, llenándose de imágenes en formato JPG. Mientras aprendía un poco más del noveno arte, proseguimos camino hacia la frontera. Hicimos noche en Biarritz, una localidad francesa que se hizo famosa en los últimos tiempos del franquismo y que todavía perduraba en el recuerdo de muchos. Yo no había estado nunca, pero tampoco

presté mayor atención y me alegré cuando llegamos a Angulema al día siguiente. De allí a Soyaux no había distancia real, pues estaban pegadas.

– Pegadas como Picassent y Alcasser –dije en voz alta, acaso porque en mi mente el pasado y el presente estaban convergiendo, trazando posibilidades y similitudes, tratando de desvelar un misterio que acaso estaba condenado a no ser jamás revelado.

Alessandra y Mauro aprovecharon aquel viaje para conocerse mejor. Yo di largos paseos y reflexioné. Hice llamadas a amigos de la policía. Personalmente, no a través de colaboradores en la asociación Egeria o por medio de Alessandra. Traté de conseguir más información, pero no los hallé muy receptivos a decirme nada sobre Rubén. Estaban aleccionados. Después de todo yo era parte de la investigación. No era la primera vez que una mujer mataba a su novio. Lo normal era lo contrario. Pero nada es imposible en asuntos de amores.

En Francia, por supuesto, no dimos con Miguel Ricart. Probablemente ya lo sabía desde el momento en que salimos, pero necesitaba huir de Alcasser y de los pueblos de los alrededores que, de pronto, me estaban asfixiando. Todo aquel caso me asfixiaba.

Al segundo día de pasear por los barrios de Soyaux, Angulema, Dirac y otras villas de los alrededores, de hacer preguntas y no recibir respuestas, nos quedamos en una pequeña casa rural que habíamos alquilado. Pasamos el resto de la semana deambulando, alejados del estrés de una investigación que no avanzaba.

La última jornada de nuestra estancia fuimos hasta la playa de Royan, que distaba poco más de una hora en coche. Relajados, pasamos la tarde merendando junto a las olas. Alex me explicó que le había llegado un informe sobre Vicente Sanchiz, el hermano de Pere y de Luisa, aquel muchacho que estrelló un coche robado y se mató en 1990.

– Tenía una lista bastante larga de pequeños hurtos y delitos menores a pesar de tener solo 15 años. Una mala pieza. Pero eso es todo lo que han podido decirme de él. Tampoco vivió lo bastante para que su currículum fuera mucho más allá.

No dije nada. Seguía con la impresión de que aquel muchacho era

importante. Pero no sabía ni cómo ni porqué. De cualquier manera, pronto cambiamos de tema.

– Igual era Sochaux –dijo Alessandra, con gesto compungido.

Sochaux era una ciudad en la otra punta de Francia, casi tocando Suiza.

– Te refieres a lo que dijo Macastre, Solló o lo que fuera que pronunciara.

– Me despistó lo de la feria del libro. Creo que no es Sochaux una ciudad famosa por ninguna feria del libro pero igual me equivoco. No sé. Hay otras ciudades francesas que pueden sonar de una forma similar a lo que dijo el drogata. Pero creo que ninguna con una feria tan famosa como la que hacen en Angulema.

Por desgracia la feria del cómic se celebraba a finales de enero y faltaban aún muchos meses para que volviera a tener lugar. Nos hubiéramos dado una vuelta por los stands y seguramente Alessandra me hubiese explicado más cosas de sus autores favoritos.

– Tal vez se lo inventara Macastre para que nos marchásemos –opiné–. O sencillamente nos mintiera.

– O puede ser que Ricart viva en cualquiera de las calles por las que hemos paseado, Gloria. Estaba en casa, mirándonos por la ventana y no le hemos visto. Encontrarlo hubiese sido una casualidad tan grande como hallar una aguja en un pajar enorme, como un campo de fútbol.

Tenía razón. Ambas sabíamos desde el principio que no íbamos a dar con el único hombre que se había confesado culpable de participar en el secuestro de las niñas. Entonces añadió Alessandra:

– Pero no importa que no demos con Ricart, ¿sabes?

– ¿No?

– No. He investigado lo bastante este caso para tener ya una idea clara de lo que pasó – me dijo Alessandra.

Mauro estaba bañándose y haciendo largos como si estuviera en una piscina. Alex ni siquiera lo miraba. Aquel día estaba pensativa.

– ¿Te refieres al caso Alcasser o a la muerte de Rubén?

– Alcasser. Lo de Rubén no es cosa nuestra.

– Salvo que sea también parte del caso Alcasser.

– Yo no lo creo.

Miré hacia el mar, que poco a poco iba oscureciéndose mientras el sol se ocultaba en lontananza. Pronto tendríamos que irnos y eso me entristeció.

– ¿Cuándo me contarás tus conclusiones? No me digas que has resuelto el caso.

– No es eso. Puedo contaros lo que pasó desde que encuentran los cadáveres y detienen a Miguel Ricart. Y puedo contaros el porqué. No creas que vaya a hacer grandes revelaciones y lo que explicaré no dista mucho de lo que te dije cuando revisé las autopsias. Lo importante es que estoy en disposición de cumplir con la parte del trato con Inglés. Hemos investigado el caso Alcasser de forma exhaustiva. Antonio deberá renunciar al tercer grado. Se pudrirá en la cárcel, que es lo que queremos todos. Pero dime, ¿cuándo irás a ver de nuevo a Antonio a Castellón?

– El martes de la semana que viene.

– Ese día os lo explico a los dos. Si me dejas acompañarte.

Me di cuenta de que a ella también le picaba la curiosidad. Se moría de ganas de conocer al monstruo.

– Quieres mirarle a los ojos, ¿no es verdad?

– Me encantaría.

– Pues si él no pone pegas estás invitada.

No hablamos mucho más. Mauro terminó su baño y nosotras dejamos de tomar el sol; en parte porque el sol nos había abandonado y la tarde avanzaba en tonalidades de gris y nubes de tormenta. Regresamos a nuestra casita rural e hicimos las maletas.

Echaría de menos Francia. No había sucedido nada en especial, pero por un instante me había sentido de nuevo una mujer libre de ataduras y de compromisos, dueña de mis horas y de mis días.

Rectifico, echaría de menos Francia precisamente por eso: porque no había pasado nada en especial, ni hombres que me perseguían, ni cadáveres, ni coches en llamas, ni un monstruo tras los barrotes que me ofrece tratos ni la sombra alargada del asesinato de tres adolescentes que una vez fueron mis amigas.

Al llegar a Valencia nos esperaba una sorpresa. Delante del hotel se hallaba apostado el hombre de la chaqueta de franela, ese hombre cansado, al

borde de la jubilación, que investigaba la aparición de un cadáver calcinado dentro de un coche: el subcomisario Ángel Vela.

– Tenemos que hablar – me dijo sin más preámbulos.

– ¿Aquí o en la comisaría?

– Seguro que su hotel es un sitio tranquilo. Dos personas pueden hablar sin que nadie repare mucho en ellas.

Mauro y Alessandra subieron a la habitación. Me acomodé en una silla de respaldo alto y me tomé una tónica. Mi acompañante pidió una Coca-Cola. A fuerza de pasar tiempo allí, en el bar del hotel con su aspecto vintage, comenzaba a resultarme un entorno agradable.

– El muerto no es su novio – me informó con su sequedad de costumbre—. Las placas dentales no tienen nada que ver. Vamos hacer pruebas de ADN pero no hace falta. Al muerto le faltaban varias piezas y tenía implantes antiguos, uno de ellos de oro. A su novio no le faltaba ninguna pieza y tenía una dentadura bien cuidada.

– ¿Y quién creen que puede ser?

– ¿El muerto o el asesino del muerto?

– Supongo que piensan que el asesino es Rubén. Preguntaba por el muerto. El subcomisario inclinó la cabeza, como alabando mi frialdad.

– Hay un hombre que ha desaparecido hace unos días y la descripción coincide con el quemado. Se apellidaba...

– Mejía.

El subcomisario pareció sorprendido. Sin esperar a que me preguntase le expliqué lo que sabía, incluida la paliza que Rubén le había propinado a Macastre y el hecho de que se había llevado a Mejía por la fuerza. Hace tiempo que descubrí que no hay ocultarle nada a la policía. Siempre es un mal negocio a menos que seas culpable de algo. Yo no lo era.

De todas formas, Ángel me aconsejó que en el futuro le diese cualquier información pertinente al caso en el momento que la obtuviese, sin esperas ni viajes a Francia. Entonces dijo:

– Parece que su novio se traía alguna historia entre manos que se nos escapa de momento.

– Yo tampoco entiendo lo que le pasó por la cabeza el día que me

abandonó en este hotel. Me mintió, se fue a investigar por su cuenta, se puso a dar palizas y se llevó a Mejía a alguna parte. Sin embargo, yo aún creo que no es un asesino. Todo debe tener una explicación que ahora mismo soy incapaz de ver.

– O tal vez Rubén y Mejía estaban metidos en algún asunto sucio que no sabemos.

– No le conocía hasta que yo se lo presenté.

– O eso le dijo.

Me encogí de hombros.

– Supongo que a estas alturas todo es posible. Pero hay algo que me sorprende: el vehículo al que prendieron fuego. No creo que Mejía fuese propietario de un Renault negro o cualquier otro coche, ni siquiera un ciclomotor. Era un toxicómano aún más tirado que el propio Macastre.

– El coche era robado. En Alboraya hace quince días.

– Tampoco creo que fuese un ladrón de coches.

– No, ni siquiera de joven tenía antecedentes de ese tipo. Pero nunca se sabe lo que puede hacer alguien de su calaña.

El subcomisario se levantó. No había tocado su bebida.

– Si su novio se pone en contacto con usted, ¿me avisará?

– Puede estar seguro de ello. Pero no creo que lo haga.

– ¿Y eso?

– Un palpito.

– Vaya, pues si tiene otro palpito relacionado con esta historia no dude tampoco en hacérmelo saber.

El subcomisario se alejó palpándose la calva, brillante y sudada. La calefacción estaba un poco alta. Arrastraba los pies con aire cansado y taciturno. Debía estar soñando con su jubilación y en viajar a una playa tranquila como la que habíamos visitado en el sur de Francia. Soñaba acaso como yo misma con alejarse de toxicómanos, asesinatos, coches y cadáveres en llamas.

– Ah, una última cosa – me dijo sin volverse. Por lo visto a aquel hombre le gustaba terminar sus conversaciones de espaldas.

– Dígame.

– ¿Sigue investigando el caso de las niñas de Alcasser? – se había vuelto ligeramente y podía verle la punta de la nariz y su generosa papada. No sé si llegaba ni siquiera a verme de reojo. Tal vez le bastaba con intuirme.

– No me queda otra. Hice un trato con Antonio Inglés. Pero creo que de eso ya está usted informado.

– Algo sé. Sí. Y también sé otra cosa. ¿Sabe cuál es?

– Ni idea. Pero seguro que me lo va a explicar.

El subcomisario echó a caminar lentamente mientras murmuraba:

– Es un conocimiento muy simple pero útil en esta vida: solo los idiotas remueven el pasado.

15

La visita del comisario no fue la única sorpresa de aquel día. Camino de mi habitación recibí un WhatsApp de Alessandra. No sabía si aquella aplicación me gustaba o comenzaba a ponerme nerviosa. El ser humano no tenía un descanso con ella. Siempre estabas irremisiblemente conectado, siempre en contacto, siempre a punto. No disponías de un maldito ápice de libertad y de tiempo para ti misma.

Pero por otro lado era jodidamente útil.

El mensaje me decía que pasase por su habitación antes que por la mía. Eso hice. Y allí me encontré la sorpresa: era Luisa Sanchiz, la limpiadora que había dejado su trabajo en un cuartel de la Guardia Civil por problemas con el caso Alcasser. O eso se rumoreaba. Aunque yo no entendía qué problemas podría tener una sencilla mujer de la limpieza con un caso de aquella envergadura. De hecho, no debería haber tenido relación alguna. Y aun así subsistía mi palpito, la sensación de que la familia Sanchiz tenía algo que ver con todo lo sucedido.

– ¿Os dejó a solas? – dijo Alessandra nada más verme llegar.

Mauro esperaba fuera, en el pasillo, siempre vigilante y siempre a la suficiente distancia para no molestar.

– ¿Puede quedarse mi amiga? – le pregunté a Luisa, que parecía nerviosa. Ahora entendía el porqué de la pregunta de Alessandra. Aquella mujer no estaba cómoda y podía marcharse en cualquier momento si no teníamos tacto.

– Como quieran – dijo Luisa. Me miró a mí y luego a Alessandra. Dudaba.

Alessandra era el tipo de hembra agresiva que intimidaba a cualquier hombre y a algunas mujeres. La forense se había percatado que alguien como yo, que no pretende destacar, vestida con un traje chaqueta oscuro y unos zapatos a juego, sería alguien en el que confiaría más fácilmente una mujer sencilla como aquella. Le hice un gesto a la italiana, que abandonó mi habitación con su top rojo y sus pantalones ajustados. Nos quedamos a solas.

– Hable cuando esté preparada. No hay prisa.

Intuí desde el principio que aquella conversación era crucial. Debía esperar a que hablase cuando se sintiera con fuerzas. Pasaron un par de minutos. Luisa se encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

– Nada de lo que diga debe salir de aquí – comenzó a decir finalmente –. No quiero que lo grabe y negaré cualquier cosa que ahora diga si alguien me pregunta en el futuro sobre este asunto.

– Entendido. Solo queremos saber la verdad.

Luisa dio una calada y exhaló una larga bocanada de humo.

– Vengo sobre todo por mi padre. Sé que usted y sus amigos seguirán molestándonos si no hablo. Y mi papá ha sufrido mucho. Es un buen hombre y la vida no le ha dado muy buenas cartas. Mi madre murió de cáncer cuando yo era muy pequeña. Y papá se quedó pocos años después paralizado por un ataque fulminante del síndrome de Guillain-Barré. Aunque recuperó el uso de las extremidades superiores no pasó lo mismo con las inferiores. Se quedó en silla de ruedas. Y luego mi hermano Vicente... el accidente de coche. En fin, ya lo sabe. Y no solo fue su muerte sino las heridas de mi hermanito, de Pere, y las secuelas psicológicas posteriores. Eso terminó de hundirle, de hundirnos. No quiero que sufra más.

– Entiendo.

Dejé de nuevo que el silencio inundase la habitación. Luisa, con su pelo cortado a cepillo y sus manos callosas, miraba el enlosado con gesto pétreo. Pensé que las revelaciones vendrían poco a poco, pero me equivocaba. La revelación principal apareció de golpe:

– Yo inculpé a Antonio Inglés.

No supe qué decir. No esperaba aquella confesión. No esperaba ni siquiera averiguar aquella parte del enigma Alcasser, solo hilvanar algunas

hipótesis plausibles y llevarlas a la prisión de Albocasser, cumplir con mi parte del trato y de esa manera impedir que al monstruo le concediesen el tercer grado penitenciario. Pero ahí estaba aquella mujer a punto de darme una explicación a lo que durante años había sido un misterio.

– Yo lo hice – insistió Luisa –. Hace tiempo que la culpa me reconcome, aunque no por haber inculpado a esa alimaña sino porque los culpables de matar a las niñas no hayan pagado. No sé si hice bien. A veces creo que preferiría estar segura que cometí un error, que Miguel Ricart y Antonio Inglés no se lo merecían. Así podría dejar de dudar. Pero Inglés se lo merecía y por eso tengo una sensación extraña en la boca del estómago. Porque hice bien y mal a la vez. Es una cosa terrible obrar bien y mal, tener los dos lados de la moneda en la misma tirada. Porque a veces pienso: ¿Y si los asesinos están por ahí libres por mi causa? No sé si me entiende.

– Es importante que cada cual sea juzgado por los delitos que ha cometido.

– Eso creo yo también, pero en aquel momento tenía mis razones y tomé una decisión. – Luisa apagó su cigarrillo contra el cenicero violentamente. Esbozó una mueca trágica que no era de dolor, sino de hastío y de rabia, el gesto de una mujer rota—. Mucha gente ha hablado y ha escrito de este caso, pero la mayoría no entienden cómo funciona la policía. Ellos actúan de buena fe, siempre intentan hacer las cosas bien. Pero muchas veces no es posible.

Me explicó entonces que cuando aparecieron los cadáveres se llamó al capitán del cuartel más cercano de la guardia civil. Valencia entera, España entera estaba obsesionada con aquel caso y cuando apareció un cadáver enterrado a pocos les cupieron dudas de que era una de las niñas de Alcasser.

– Todo se hizo a la carrera. Yo estaba limpiando y oí cómo el teniente preguntaba a voz en grito si alguien sabía quién frecuentaba La Romana. Pronto supieron que era refugio de algunos toxicómanos, especialmente de Antonio Inglés y Miguel Ricart. Así que cuando el capitán subió en su coche con uno de los colmeneros ya conocían a los culpables. Al menos ya sospechaban de ellos y, de cualquier forma, hubiese sido el punto de partida de la investigación. Pero yo quería que los condenasen, que no hubiera una sombra de duda. Odiaba a Antonio, sobre todo a Antonio, a Miguel apenas lo conocía. Cuando oí que hablaban de Inglés me di cuenta de que era la

segunda señal del destino que recibía en pocas semanas, que era una casualidad demasiado grande. Dios me estaba indicando cómo debía llevar a cabo mi venganza.

» Así que subí con mi moto mientras en el cuartel hacían los preparativos y antes de que el capitán regresase. Pasaron dos horas y media y ello me dio tiempo a correr por el monte, encontrar la mano que sobresalía del suelo, poner los dos trozos de papel en un matorral cercano y desaparecer. Cumplí con mi plan. Mientras, en el cuartel, todo se hizo en secreto para que no se enterase nadie de los cuarteles vecinos ni entre los altos mandos de la comarca. Esa tardanza fue lo que me permitió vengarme de Antonio. Todos querían llevarse el mérito de haber hallado los cuerpos y todavía más de haber encontrado a los asesinos.

Luisa se quedó en silencio, a solas con sus recuerdos. Esta vez decidí intervenir y ayudarla a proseguir con su historia. Había hablado de una segunda señal del destino pero no de la primera. Pensé que si hurgaba un poco más saldría a la luz y todo se aclararía.

– Así que fuiste en moto hasta donde te fue posible, aparcaste y luego subiste el barranco. Llevabas la receta del médico de Enrique Anglés.

Luisa asintió.

– La encontré limpiando en la central de Valencia, donde estuve haciendo una sustitución. Se le había caído a Enrique una vez que lo detuvieron, tiempo atrás. Yo la guardé. Una receta de la familia Anglés, de los hijos de puta que habían destruido la vida de mi padre. Fue la primera señal del destino, del propio Dios, que como dice el dicho escribe con renglones torcidos. Siempre llevaba la receta conmigo en el bolso. Sabía que Dios la había puesto en mis manos por alguna razón y que al final entendería el porqué. Y así fue.

No quise contrariarla. No dije nada. Aquella mujer pensaba de verdad que detrás de sus actos había alguna suerte de plan divino.

– Fue algo premeditado, quiero que quede claro. No sabía que de qué acabaría inculpándole exactamente, si de la muerte de las niñas de Alcasser o de otra cosa, pero buscaba algo semejante. Guardaba ese papel porque hacía tiempo que había decidido cargarle con algún crimen. El que fuera.

– No me has explicado por qué odiabas a Anglés.

Luisa levantó la mirada. Estaba llorando.

– Ese cabrón metió en la droga a mi hermano Vicente. Lo hizo su camello con solo 13 años. Le gustaba dominar y tener a la gente en un puño. Siempre tuvo a subalternos a su servicio como Miguel Ricart y mi hermano fue uno de ellos. Le destruyó, le convirtió en un toxicómano y le condujo a la muerte. Ya sé que no conducía el coche que robó Vicente. Pero es como si lo hubiera hecho. Tal vez incluso se lo ordenó para algún trapicheo o mi hermano intentaba aprender a conducir para impresionar a Antonio. Nunca debió llevarse al pequeño Pere.

Tenía un nuevo cigarrillo en la boca sin encender. Le pasé mi mechero y maquinalmente prendió la punta y aspiró.

– Y también destruyó la vida de tu hermano pequeño.

– Tenía solo nueve años antes del accidente. Era un niño tan bueno... Y mi padre desde entonces ya no es el mismo. Anglés hizo añicos a mi familia, no solo a mis dos hermanitos. Por eso lo hice.

– Lo que no entiendo es por qué dejaste de limpiar en los cuarteles de la Guardia Civil y esos otros problemas con tus superiores que han llegado a mis oídos.

Luisa se mordió el labio inferior. Le dolían los recuerdos.

– Ya te he dicho que la gente no entiende cómo funciona una investigación de este tipo. En la Comandancia tenían un caso bien fundamentado, y al cabo de poco tiempo también la confesión de Ricart. Y fueron cuadrándolo todo para montar un caso sólido. ¿Sabes lo difícil que es montar un caso sólido? Las cosas deben cuadrar porque de lo contrario los abogados defensores hacen pedazos el trabajo policial.

– Pareces una experta.

– Una mujer de la limpieza es mucho más que un cubo y una fregona. Acabas conociendo a los profesionales y hasta haces amigos que te cuentan cosas. Al final acabas conociendo más del trabajo policial que muchos periodistas.

Yo la comprendía. Casi todos los casos tienen tantas opciones, tantas ramificaciones y tantas posibilidades diferentes, que hay que tomar una dirección al resolverlo o se necesitarían cien policías para cada pequeño

hurto. Las fuerzas de seguridad del estado deben intentar que las pruebas halladas se encaucen hacia la culpabilidad de los detenidos, intentando componer un relato comprensible de los hechos. De lo contrario ningún crimen se resolvería. Su deber es montar un caso sólido para que lo presente la fiscalía.

– Y yo, según avanzaba el caso, más luchaba contra mí misma –prosiguió Luisa–. No por Inglés y Ricart, que sabía merecedores hasta de la pena de muerte de haber existido. Pero me preguntaba si no había dejado libres a unos asesinos de niñas para acabar con mis enemigos. ¿Y si las señales que Dios había puesto ante mí no eran para que me vengase sino para todo lo contrario, para que pusiese la otra mejilla? Comencé a beber más de la cuenta y a expresar mis dudas sobre la culpabilidad de Inglés delante de mis jefes. Sobre todo respecto a la receta médica, que todos sabían que era imposible que se hubiese encontrado allí intacta y que por fuerza alguien debía haberla colocado. Creo que una vez, estando muy borracha, le confesé a una compañera que yo había puesto los papeles junto a la fosa de La Romana. Poco después me dieron el finiquito. Sin preguntas, sin pedirme explicaciones. Nadie quería remover el caso Alcasser y menos poner en duda la investigación, que en esos momentos estaba en pleno juicio contra Ricart.

Luisa se puso en pie.

– No hay mucho más que contar. Durante estos años he luchado conmigo misma porque por un lado estaba contenta de lo que había hecho y por otro lado me arrepentía. Todavía lo hago. Supongo que pensarás que soy una idiota.

– No, pienso que eres un ser humano. Las cosas rara vez son blancas o negras y a menudo son blancas y negras. Inculpaste falsamente a alguien que merecía estar en la cárcel. El caso es, sin embargo, que si él no lo hizo...

Luisa levantó los ojos y me miró un breve instante, luego apartó la mirada, avergonzada:

– Si Inglés no lo hizo los asesinos siguen ahí afuera. – Volvió a dar una larga calada a su cigarrillo y añadió: – ¿Sabías que en la segunda autopsia se encontraron en los cuerpos de las niñas quince pelos púbicos de al menos cuatro hombres distintos? ¿Sabías que a día de hoy ni siquiera se sabe si alguno concuerda con Inglés o con Ricart? Lo vi en la tele.

El análisis morfológico de un cabello encontrado en uno de los cadáveres mostraba similitudes con los de Ricart. Una prueba fiable pero no definitiva. Solo a unos pocos pelos se les pudo extraer la secuencia de ADN completa. Ninguno era de los sospechosos. Y sí de cuatro hombres desconocidos.

– No hay pruebas de ADN definitivas. Eso está claro. Supongo que eso es lo que te hace sentirte culpable más que nada.

– Exacto. Por mi culpa un grupo de cuatro torturadores, violadores y asesinos sigue libre. Tal vez sucede que no soy una buena persona y eso lo explica todo. Al final Dios me castigará. Cada día que pasa estoy más segura de que puso aquellos dos trozos de papel en mi mano para ponerme a prueba. Y fallé. Tal vez...

– Tal vez lo que eres es una buena hermana que se vengó de los que dañaron a los suyos.

Luisa suspiró.

– Si hubiese sido una buena hermana hubiese matado a Inglés en la época que convirtió en un yonqui a Vicente. No debí esperar a que destruyese lo que quedaba de nuestra familia.

Una sencilla mujer de la limpieza caminó como sonámbula hacia la puerta de la habitación de Alessandra, la abrió y contempló sin verlos siquiera a la forense y a Mauro.

– Negaré todo lo que acabo de contarle, señorita Goldar. Ya se lo he dicho. Es una conversación que nunca ha sucedido.

Y se marchó caminando lentamente, de forma errática. Era incapaz de hacerlo en línea recta y daba pequeñas eses. Tal vez hubiera bebido como antaño para darse fuerzas.

– ¿Cómo ha ido la conversación? – preguntó Alessandra –. ¿Hemos avanzado?

Fruncí el ceño.

– Sabemos mucho más que al principio – reconocí –. Y sin embargo no sabemos nada. No creo que averigüemos nunca quién mató a las niñas de Alcasser.

Informe "Caso Alcasser"



(¿ALGUNA VEZ SABREMOS LO QUE PASÓ CON LAS NIÑAS?)

LOS HECHOS PROBADOS

Oficialmente, Antonio Anglés y Miguel Ricart son los culpables del secuestro, tortura y asesinato de las tres niñas. Todo lo demás son especulaciones que seguramente nunca podrán probarse.

LA VERDAD JUDICIAL

La sentencia es clara y no deja lugar a dudas. Antonio fue el autor principal y Miguel su cómplice. El primero huyó de la justicia y sus crímenes prescribieron. El segundo pasó más de veinte años en prisión y hoy es un

hombre libre en paradero desconocido. A efectos legales el caso Alcasser está resuelto.

LAS DUDAS

¿Realmente está resuelto? ¿Fueron Anglés y Ricart? Lo cierto es que sin la confesión de Miguel no hay caso. En realidad, nunca hubo caso, dicen muchos, porque la confesión no vale nada.

¿Por qué este caso siembra tantas dudas? Por la forma precipitada en que se hicieron las cosas. La presión de los políticos fue enorme, políticos que querían una solución a cualquier precio. Algunas de las personas que estaban en la cima de la pirámide de responsables de la investigación eran gente como Rafael Vera, director general de la Seguridad del Estado, que más tarde sería condenado por diversos delitos económicos y hasta por secuestro y su vinculación al grupo terrorista conocido como GAL. Y es necesario citar también al Director General de la Guardia Civil, Luís Roldán, uno de los criminales más famosos de la historia de España, condenado por cohecho, fraude fiscal y estafa de miles de millones de pesetas.

Aunque de ninguna manera se puede afirmar que la investigación falló por esta causa, sí es un hecho que eran este tipo de políticos quienes demandaban resultados a sus inferiores y presionaban para que la opinión pública se sintiera satisfecha. A partir de ahí, que cada uno saque sus propias conclusiones.

SEXTA PARTE

LA VERDAD

16

– Estamos en disposición de cumplir con lo pactado – le dije a Antonio Inglés.

El monstruo estaba en esta ocasión de pie, dándonos la espalda. Le había presentado a Alessandra y no había mostrado mayor interés. Ella vestía de forma provocativa, como siempre, quizás no muy provocativa para el mundo real pero sin duda sí para un preso como Antonio y para cualquier preso de la cárcel de Albocasser. El pantaloncito o la falda corta había sido sustituida por unas mallas, y el top por una camiseta, pero seguía siendo Alessandra, lo que era demasiado para la mayoría de hombres, estuvieran o no entre rejas.

Sin embargo, Antonio parecía distraído, como pensando en otras cosas, como si el atractivo natural de aquella mujer le trajese sin cuidado. No se quejó de su presencia ni se alegró tampoco. Apenas le echó un vistazo y me invitó a comenzar nuestra transacción. Tenía la cabeza gacha, parecía ocultar su rostro o estar reflexionando en alguna cosa. Como si no estuviera allí con nosotros.

– Nuestro acuerdo fue, según el contrato que firmamos – le informé –, que una vez investigase el caso y llegase a unas conclusiones preliminares renunciarías públicamente al tercer grado.

– Mi cliente cumplirá con lo prometido – intervino Javier –. Pero te pedimos que dentro de una semana, en nuestra próxima entrevista, digas el nombre de los verdaderos culpables.

– Si los encuentro – puntalicé –. Supongo que no esperaréis milagros.

– Nos vale con hipótesis razonadas. Qué tipo de personas pudieron hacerlo si es que mi cliente no estuvo involucrado.

– No, no creo que lo estuviera –reconocí.

– Lo que ya es un milagro – opinó Inglés – es que ahora mismo ya no me consideras culpable, al menos de estos crímenes.

Parecía contento pero también indiferente.

– Al menos de estos crímenes, pero sí de muchas otras cosas –le informé.

Inglés se dio la vuelta, tocó el cristal blindado con la punta de su nariz y me mostró su rostro por primera vez durante la conversación. Seguía siendo el mismo hombre de estatura y complexión media, teñido de rubio y profundamente malvado. Pero algo había cambiado respecto a las otras visitas. Me di cuenta de que su falsa indiferencia ocultaba una felicidad absoluta rayana en lo exultante. Y creo que no era por el hecho de que le reconociese inocente del asesinato de las niñas. Había otra cosa en su cabeza, eso que le tenía distraído. Sentí un frío que recorría mi espinazo. Algo terrible estaba pasando. Algo que yo no estaba viendo.

Algo que debería haber visto desde el principio.

Pero de cualquier forma debía cumplir con mi parte. Carraspeé y dije:

– No creemos que la investigación fuese en modo alguno una conspiración de la policía – comencé.

Al poco me relevó Alessandra, que explicó su teoría sobre la forma en que se habían llevado a cabo las autopsias. También se explayó en los efectos de la presión de ciertos políticos, que condujeron a buscar la rapidez por llegar a una conclusión por encima de cualquier otra cosa.

– Todo se hizo de prisa pero no con mala fe.

Inglés soltó una carcajada. Sus ojos azules parecían refulgir. Parecía que desde hace un rato se estaba conteniendo la risa... hasta que no pudo más.

– Lo que más me preocupa en este mundo no es precisamente la buena o mala fe de policías y jueces. Pero prosigue, por favor.

– La confesión de Miguel Ricart se ciñe a los descubrimientos que tenía la policía en el momento en que la realizó –dijo Alessandra–. Sigue las conclusiones de las autopsias oficiales y es verosímil con ellas. La policía oyó lo que quería oír y lo dieron por bueno. A partir de ahí presentaron un

caso creíble para que la fiscalía pudiera obtener una condena.

Era lo que Luisa Sanchiz me había explicado en la habitación del hotel. Que había sido una investigación policial como tantas otras y que las prisas lo habían estropeado todo. El que la opinión pública desde el principio tuviese demasiada información de la propia confesión de Ricart provocó que todo el mundo (medios de comunicación, familias y curiosos) mirasen con lupa cada paso de la investigación. Y comenzaron las teorías de la conspiración.

Cuando Ricart confesó los policías no pudieron detectar muchas de sus mentiras porque no sabían que lo eran. Tal vez, enfrentado a sus mentiras, hubiese acabado reconociendo que no sabía nada del caso. O tal vez, enfrentado a esas mismas mentiras, acorralado al comprender que le habían pillado, hubiese dicho de verdad lo que les pasó a las niñas. En caso de que lo supiera. De cualquier forma, según los informes de la segunda autopsia fueron llegando y nuevos datos se sumaron a la investigación, la confesión de Ricart, que era lo único que tenían, se derrumbó como un castillo de naipes. Cada vez era menos creíble porque se había hecho en un momento demasiado prematuro de la investigación.

– Y no solo en un momento inicial de la investigación – sentenció Alessandra –. La confesión por supuesto es falsa. Ricart mintió.

Miguel Ricart era una persona influenciable. Si alguien tan patético, un analfabeto violento como Anglés, podía tenerlo completamente dominado, era de suponer que aquel hombre, bajo presión, tras horas interminables de interrogatorios, podría haber confesado que mató a John FitzGerald Kennedy y a Lincoln con la misma bala.

Pero el caso es que confesó.

– De hecho, durante el juicio, este fue el argumento principal de la fiscalía. Que la confesión delante de la policía de Ricart, y más tarde delante del juez, se había hecho siguiendo todas las garantías constitucionales. – Alessandra levantó la vista y miró a Anglés, que seguía sonriendo –. Lo cual es absolutamente cierto.

Antonio levantó una mano y Alessandra calló:

–Así que todo el mundo lo hizo bien y pese a todo nos cargaron el muerto.

– No todo lo hicieron bien – tercié, adelantándome a Alessandra –. Te

implicaron en el caso. La receta de tu hermano fue puesta deliberadamente para que te condenasen por esos crímenes. Pero no fue la policía.

– Vaya. Y yo tengo que creérmelo – se mofó Anglés.

– Es la verdad.

– Pero no me dirás quién fue.

– No. Era una persona que tenía razones sobradas para hacerlo. Reconocerás que tenías muchos enemigos. Por otra parte, no forma parte de nuestro acuerdo el que te lo diga. Si encuentro a los verdaderos asesinos te diré quiénes son y los llevaré ante la justicia, si es posible acusarles de algo pese a que los delitos han prescrito. Pero no hablamos de que te revelara quién te implicó.

Se hizo el silencio. Yo temía que aquel hombre, que seguía siendo un manipulador malvado y vengativo, convenciese a un compañero de prisión para ajustar cuentas contra la familia Sanchiz y en particular con Luisa.

– Aunque no esté en el contrato, tal vez, como muestra de buena voluntad... –comenzó Javier, pero Alessandra le interrumpió:

– Hay algo que debéis entender –dijo la forense, mirando alternativamente a Anglés y a su abogado–: el tema de la receta de Enrique Anglés no tiene la menor importancia ni lo tuvo nunca.

– ¿Por qué no tiene importancia? –preguntó Antonio.

– Aunque no hubieran hallado la receta los policías habrían obrado igual. Todo el mundo sabía que aquello era un nido de toxicómanos y en particular de unos tipos llamados Antonio Anglés y Miguel Ricart. Habrían comenzado por vosotros las pesquisas, pedido una orden para entrar en casa de tu madre y detenido a Ricart. Y el muy imbécil no habría tardado en confesar, tal y como hizo en el mundo real. Así pues, lo mismo que sucedió se habría repetido sin apenas modificaciones. No habría cambiado nada. Yo creo que ese papel partido en dos mitades ha servido más para alimentar las teorías de los conspiranoicos que para modificar un ápice el camino de la investigación.

De nuevo Luisa y Alessandra coincidían en puntos de vista. Me hizo gracia que aquellas dos mujeres, tan distintas, fuesen de alguna forma igual de fuertes, de arrojadas y de viscerales. Como las dos caras de una misma moneda. Como si todas las mujeres fuésemos una cosa y también la contraria,

y solo los caminos de la vida, los errores, los aciertos, las oportunidades, nos condujeran por diferentes sendas. Pues cada mujer tiene en su interior todas las versiones de sí misma... al menos hasta que elige una de ellas.

Hablamos unos minutos más, Javier intervino un par de veces, cada vez con menos curiosidad por el discurso de la forense, que decía mucho pero no aportaba gran cosa. Finalmente, observamos que Antonio también perdía interés en la conversación, se levantaba de su silla de jardín y nos daba la espalda, concentrado en sus propios problemas.

– No estoy muy contento del trabajo que habéis hecho – dijo entonces Javier –. Os guardáis información, venís con una versión edulcorada que favorece a la policía y a los jueces y, aunque de facto reconocéis que mi defendido no tiene nada que ver, echáis balones fuera y dejáis las cosas tal y como estaban.

– ¿Qué esperabas? –me extrañé.

– Vosotros organizasteis este tinglado y debíais saber de sobra los límites de remover un caso de hace 30 años con los pocos medios de los que disponemos – añadió Alessandra –. El juicio, todo lo relacionado con Alcasser, tuvo mucha repercusión mediática pero no hubo conspiración ni grandes errores judiciales. Sencillamente, la premisa inicial, que los culpables eran Inglés y Ricart, era falsa. Y como tenían la confesión de Ricart... pues pasó lo que tenía que pasar. Si una niña aparece muerta en el rellano de tu piso y te confiesas culpable, tienes un 95% de posibilidades de ir a prisión. Aunque no hayas tenido nada que ver. Y eso lo sabes de sobra, Javier.

– Tal vez habría que investigar cómo se consiguió esa confesión –dijo el abogado.

– ¿No esperarás que lo hagamos nosotras? Eso solo podría hacerlo alguien muy arriba en el escalafón político, policial o judicial. Y aun así se encontraría con muchos problemas, ya que...

– Bueno, ya está bien – les interrumpió Inglés –. Firmaremos esa carta pública y renunciaré al tercer grado tal y como pactamos. Habéis cumplido con vuestra parte y yo cumpliré con la mía.

– El resultado no es enteramente satisfactorio – objetó Javier, evidentemente sorprendido por la facilidad con que se conformaba su

defendido —. Podrían haber ahondado más en el asunto de los pelos hallados en las niñas, que nadie ha podido probar que fueran tuyos ni de Ricart, o dar una lista de las contradicciones del sumario. Eso solo para empezar.

— Es satisfactorio para el idiota que está en el trullo, que soy yo — dijo Inglés a su abogado —. Eso es lo único que cuenta. ¿Trabajas todavía para mí? Pues hazme caso.

Javier enarcó las cejas, asombrado. Al cabo de un instante se encogió de hombros. Dijo:

— Pues entonces bien; mandaré en breves días una carta al director de la prisión y a los medios de comunicación. Haremos público el contrato con la asociación de Gloria y renunciaremos a pedir el tercer grado, régimen abierto, salidas de fin de semana... todo, cualquier cosa que pueda sacarte de aquí.

— Bien está — dijo Inglés. ¿Sabéis? Desde el día en que me detuvieron no estaba tan tranquilo, tan relajado, tan satisfecho. Creo que he hecho lo correcto.

Recordé el día que lo vi en televisión después de más de 25 años desaparecido. Estaba tirado en una playa de Barcelona, esposado y con las manos a la espalda, rodeado de una multitud airada. Una mujer le había reconocido y los bañistas casi le matan a palos. Los policías no solo le detuvieron, también le salvaron la vida. Nunca se descubrió qué había hecho en todo ese tiempo ni qué demonios hacía allí, paseando tranquilamente a plena luz del día.

— Me marchó, Javier. Tengo cosas que hacer.

Antonio parecía tener prisa. Hizo una señal a un guardia, que lo cacheó y lo llevó hasta la puerta. Entonces se volvió y añadió, dirigiéndose a mí:

— No tiene por qué ser la semana que viene cuando vengas. Dedicar un poco de tiempo a encontrar a los culpables, señorita gran abogada. Me lo debes. Yo he sido muy bueno contigo a la hora de valorar tu investigación hasta ahora. Bien sabes que no has hecho un trabajo para tirar cohetes. Esfuérzate un poco más en encontrar a los verdaderos culpables.

Inglés sabía que me pedía un imposible. Siempre fue un imposible, desde el principio. Y una vez más mi cabeza regresó al punto de origen: ¿qué ganaba Antonio con todo aquello? Yo no iba a encontrar a los culpables, ni a cambiar

el pasado. Y aunque hallase a los asesinos, el crimen estaba prescrito y él pagaba prisión por algo completamente diferente. Nada cambiaría que lo exculpase. ¿Estaría intentando limpiar su nombre ante la opinión pública? Ni de broma. Estaba segura que a Antonio le daba igual su buen nombre y no digamos lo que pensase la gente.

Había tenido una suerte enorme encontrando a la persona que lo había inculpado. Hallar a los asesinos sería como si me tocase el gordo de la lotería de Navidad dos veces seguidas. No iba a pasar. Entonces, ¿qué demonios hacía yo allí?

No me pareció que Inglés le interesasen mucho mis elucubraciones (en caso de que le hubiese hecho partícipe de las mismas), o lo que sucedía en aquel locutorio acristalado, las explicaciones de Alessandra o las quejas de su abogado. Antonio tenía la cabeza en otro sitio, sus preocupaciones eran otras. Desde el principio de aquella charla. Se lo llevaron con una extraña sonrisa en la boca deformándole el rostro.

Y yo me quedé con la misma sensación que me embargaba desde hacía rato: algo se me escapaba.

Poco tiempo después salíamos de la prisión. Javier caminaba el primero de la fila por la acera del parking, un tanto enfadado conmigo.

– No esperarías que dijese que la policía lo amañó todo – señalé, una vez llegamos a donde habíamos aparcado nuestros vehículos.

– Por supuesto que no. Solo es que esperaba algo más de ti.

– Pero es que hemos contado lo que pasó – terció Alessandra –. En nuestro estado de derecho, si confiesas estás acabado. Ya lo he explicado. Las posibilidades de que te condenen son enormes. Aunque digas que estrangulaste a alguien y resulta que lo apuñalaron. La policía revisará tu declaración y se aferrará a lo que sea cierto de lo que declaraste, aunque sean minucias, aunque hayas acertado de casualidad. Así es como funciona la justicia en España. Y en todas partes. De lo contrario no se podría condenar a nadie.

– Tal vez ese sea el problema – dijo Javier.

– Tal vez sí – opiné. Una confesión que se demuestra falsa en casi todo, debería anularse.

– Vivís en el mundo de la piruleta –dijo Alessandra–. Sois unos ingenuos.

La Navaja de Occam lo explica casi todo en esta vida. La solución más simple es casi siempre la que da en el clavo. Ricart confesó y se fue a la cárcel. No hay más historia que esa.

– Sea como fuere, ingenuos o no –repuse–, si Anglés es inocente de estos crímenes en particular hay cuatro monstruos distintos del que hemos enfrentado hace unos minutos. Cuatro monstruos que siguen en libertad, cuatro monstruos que hace 30 años que campan a sus anchas. A saber lo que habrán hecho en todo ese tiempo. Y eso sin tener en cuenta que Ricart es un pobre desgraciado que se pasó más de dos décadas en prisión por unos crímenes con los que no tuvo relación alguna.

– Seguro que no era una monjita de la caridad – dijo Alessandra.

– Seguro que no – dijo Javier mientras se subía al coche y cerraba la puerta. Bajó la ventanilla y añadió –: ¿Pero merecía pasar tantos años en prisión?

El coche arrancó sin esperar respuesta, aunque Alessandra hizo bocina con las manos y gritó:

– ¡Que no hubiese confesado, coño!

En otro momento habría ido buscar a Javier, le habría dicho que me importaba y que odiaba haberle defraudado. Aunque seguía teniendo la misma sensación que dentro de la prisión, la misma sensación desde que comenzó aquella historia. Todo era un engaño. Yo no estaba allí para investigar el caso Alcasser sino... ¿para qué demonios estaba allí?

Maldita sea, había pasado algo por alto; no paraba de recordar la sonrisa de Antonio Anglés y solo de pensarlo se me ponía la piel de gallina. Frustrada, cogí el móvil de la guantera y lo encendí.

Lamenté de inmediato que no dejaran introducir en la prisión teléfonos ni tabletas ni ningún aparato electrónico. Hasta yo, que los odiaba, comprendí que debería haber llevado encima uno de aquellos engendros llenos de chips mientras estuve en el locutorio de la prisión.

Porque tenía 23 llamadas perdidas del subcomisario Vela.

17

La casa había ardido hasta los cimientos. Pequeñas nubes de hollín y ceniza se levantaban en derredor, formando extrañas volutas que caían a los pies de Alessandra. Mauro, como siempre en segundo plano, tomó la determinación de acercarse hasta nosotras. Nos entregó unos kleenex para que nos tapásemos la nariz. Aquel lugar apestaba a un acelerante, tal vez gasolina, y a fuego y a carne quemada.

– Parece que a su novio le gusta prender fuego a la gente – dijo el subcomisario Vela–. Un mal hábito.

Conocía aquel lugar. Estábamos en Silla, precisamente en la esquina de la calle Antich, donde habíamos aparcado dos veces en el último mes. Nunca habría imaginado que regresaría por tercera vez para contemplar semejante ruina y devastación.

– ¿Rubén ha hecho esto? – dije, incrédula.

La policía había acordonado la zona. Un grupo de sanitarios estaba sacando los cadáveres de la casa. Reconocí a Luisa, que no estaba quemada del todo, y todavía vestía los restos de su uniforme azul. Su rostro apareció retorcido por el dolor, esculpido para siempre en una mueca espantosa. Uno de los forenses terminó de cerrar la bolsa donde la llevaban y continuaron el traslado.

– ¡Dios mío! –gimotearon un grupo de vecinas, agolpadas a nuestra espalda.

Juan seguía en su silla de ruedas. Tuvieron que llevárselo junto a aquel

amasijo de hierros. Era el más quemado de los cadáveres, pero sin duda se trataba de él, fusionado con el metal retorcido, su torso y sus piernas inútiles adheridas a la silla como si hubiesen usado pegamento. Probablemente le habían echado buena parte del acelerante encima y eso había provocado que fuese el cuerpo en peor estado. Estaba atado a la silla a la altura del pecho y por sus manos retorcidas y la boca abierta daba la sensación que también lo habían quemado vivo.

– ¡Pobre Pere! –dijo entonces Alessandra.

Estaban sacando al último cadáver. Parecía que Pere había tenido la mala suerte de ir a comer aquel día a Silla y encontrarse con alguien que estaba ajustando cuentas. No estaba quemado como los otros dos cadáveres. Tenía la parte de atrás de la cabeza reducida a pulpa, la nuca reventada a golpes. Tal vez encontró al asesino cuando estaba saliendo de la vivienda tras perpetrar los asesinatos.

– Vieron a su novio huyendo de la casa. Nos han dado la descripción. Caucásico, estatura media, cabellos cuidados con trenzas largas, pantalón y camiseta, antojo en la oreja derecha bastante llamativo. Lo vieron tres testigos diferentes. Son demasiadas coincidencias físicas como para ser casualidad.

Era él, no cabía duda.

– No entiendo lo que está pasando – dije, anonadada.

– A la luz de este nuevo crimen, podemos concluir que el fuego es su modus operandi. O que le ha cogido gusto al asunto. De cualquier forma, ¿no tiene ni idea de por qué su novio está haciendo esto?

– Ya no es mi novio. Comienzo a creer que nunca lo fue.

– ¿Han hablado para terminar con su relación desde la última vez que la interrogué?

– No es eso. Si Rubén tiene algo que ver con todo esto es que nunca lo conocí y que nunca tuvimos realmente una relación. Debí desconfiar de él pero... todo lo contrario. Yo creía que era una persona noble y buena. Era lo que más apreciaba de él. Si me equivoqué tanto y tan completamente con alguien que vivió a mi lado tres años es que soy una idiota, no conozco el alma humana, no tengo don alguno a la hora de juzgar a los demás. Soy un fraude.

– A veces, las personas que están día a día justo delante de nuestros ojos

son las que nos pueden engañar con más facilidad –dijo el subcomisario–. Nos conocen. A nosotros y a nuestras debilidades.

No supe qué más decir. Siempre había estado convencida de que Rubén era buena gente. Esa era la razón principal que esgrimía mi cabeza para seguir a su lado, aunque mi corazón nunca estuvo tan interesado como yo fingía creer. Le había dado la mano y había percibido la bondad infinita de una persona de una sola cara, sin dobleces ni malicia. Si estaba tan equivocada con él podía estar equivocada en todo. Mis pálpitos eran una basura. Tal vez Alessandra tenía razón y mi don era en todo caso el razonamiento deductivo, como el de Sherlock Holmes o las famosas células grises de Poirot. Si es que tenía algún don. Ahora ya dudaba hasta de eso. “No deberías investigar este tipo de casos”, me dijo mi mente, y luego me repitió dentro de mi cabeza lo que yo acababa de expresar en voz alta: “eres un fraude”.

– Esto es lo que pasa por remover la mierda – dijo el subcomisario cambiando aparentemente de tema.

– Se refiere a...

– Me refiero por supuesto a las niñas de Alcasser. Me refiero a entrevistarse con Inglés, me refiero a remover el pasado y a la mierda que está hundida y sale a la superficie.

– Gloria no tiene la culpa de nada – terció Alessandra.

El subcomisario le echó un vistazo rápido a la forense, sin mucho interés. Las aletas de su nariz se movieron casi imperceptiblemente, como si estuviese delante de un plato sabroso pero por el que no quisiera parecer atraído. Se igualó su chaqueta de franela y estiró de las solapas. Solo entonces habló:

– Claro. Gloria Goldar no tiene culpa de nada. Seguro que no vino aquí a Silla a interrogar a la familia Sanchiz como me han informado los vecinos. Seguro que no discutieron y el padre no la echó de la casa, esa casa que ahora está calcinada. Seguro que nunca los había visto y que me va a decir que Rubén los ha matado, aunque supuestamente claro, en un acceso de locura. Quiero oír de sus labios que todo esto no está relacionado con el caso Alcasser ni con sus investigaciones.

– No puedo decir... – comenzó a decir Alessandra.

– No, no podemos decir nada de eso – completé la frase de la forense con

la voz temblorosa.

Y tras explicarle con detalle nuestras visitas a la vivienda de los Sanchiz, me atreví a sincerarme y le revelé que Luisa había reconocido ser la culpable de inculpar a Anglés y a Ricart en el asesinato de las niñas. Había dejado en La Romana el papel, la receta, que vinculaba a la familia de Antonio con el caso. Ahora estaba muerta y ya no tenía necesidad de guardar aquel secreto. Todo lo contrario: debía revelarlo porque tal vez serviría para encontrar a su asesino.

– Lo dicho. Estamos ante un hecho fortuito y nada más –concluyó irónico Ángel Vela tras escucharme con un interés no exento de una mueca de sorna–. No tiene nada que ver lo sucedido con el hecho de que usted estuviera removiendo la mierda. Ya me quedo más tranquilo.

Fuimos en un coche policial hasta mi hotel. El subcomisario delante con el conductor; Alessandra, Mauro y yo apretujados atrás. Una de las camareras de mi hotel reconoció la foto de Rubén. Había estado allí el día anterior a la hora en que Luisa vino a verme. Y muchos otros días. Escondido en el fondo del bar vintage del hotel, tal vez detrás de un periódico como en las películas, huyendo de mí pero al mismo tiempo vigilándome. Tal vez incluso fue testigo de la conversación que tuve con el propio subcomisario, en la que le informé de mi fallido viaje a Francia. A saber desde hacía cuanto tiempo que me vigilaba.

Alessandra y yo intercambiamos una mirada de inteligencia. Ambas estábamos pensando lo mismo. Después de abandonar el bar no dejó de acecharme. Seguramente vio a Luisa yató cabos. Tampoco había que ser muy listo. De cualquier forma la siguió hasta Silla. Sin duda la torturó para sacarle información antes de prender fuego a su casa y asesinarla a ella y a su familia. Pero, ¿por qué?

– Parecía nervioso – dijo la camarera –. Por eso me acuerdo de él. Pasó mucho rato al fondo con solo una consumición. No dejaba de teclear en su móvil y maldijo en voz alta alguna vez.

– ¿Recibió la visita de alguien? ¿Alguien se sentó a su lado? –preguntó el subcomisario.

– No. Parecía más preocupado en que no le vieran que en encontrarse con

nadie. No sospeché que pasase nada raro, delictivo quiero decir. Se sorprendería de la cantidad de personajes y tipos raros que vienen a un bar. Una no puede llamar a la policía cada vez que alguien actúa de forma extraña. Mientras no se meta con los otros clientes...

El subcomisario le dijo que lo entendía, le dio las gracias y salió a la calle. Le seguimos cabizbajos, conscientes de que habíamos colaborado en la muerte de Luisa y del resto de los Sanchiz. Los pobres no habían tenido suerte en la vida. Su existencia había sido un cúmulo de desgracias coronada de la forma más cruenta imaginable.

– Estábamos tan preocupadas en nuestra investigación que no habíamos reparado en que nos observaban. ¿Cómo íbamos a imaginar algo semejante? – dije en voz alta, no sé si a modo de disculpa o justificándome ante mí misma.

Porque era una pregunta retórica. No precisaba comentario ni respuesta de nadie. Y eso es precisamente lo que pasó. El subcomisario Vela se pasó una mano por la calva y dijo:

– Voy a dejar a un par de policías vigilándolas mientras no encontremos a su novio o ex novio o lo que sea – nos informó.

– Tengo a Mauro para cubrirme las espaldas –repuse.

– No he dicho para protegerlas sino para vigilarlas. Si Rubén vuelve a aparecer, aunque sea de incógnito o escondido en el bar, esperamos poder detenerlo. O por lo menos evitar que su grupo de alegres investigadores se entreviste con alguien y el muchacho de las trencitas decida prenderle fuego.

– No entiendo por qué razón Rubén querría matar a esas personas. Él no tiene nada que ver con este caso.

– No que usted sepa. Y me da la sensación que sabe muchas menos cosas de las que cree.

Era evidente que le caía mal al policía. La ironía de sus palabras rozaba el insulto. Y tal vez tenía razones para ello. A sus ojos yo era una diletante, una idiota metomentodo que se dedicaba literalmente a remover la mierda y provocar asesinatos con mi torpeza, como bien me había explicado ya unas cuantas veces.

– ¿Va a seguir investigando el caso Alcasser? – me preguntó, levantando la mano y haciendo un gesto a dos policías de paisano que cruzaron la calle y

vinieron hacia nosotros.

– Solo una semana más, tal vez dos. Tengo que hacerlo. De lo contrario puede que Inglés salga a la calle y no puedo permitir...

El subcomisario movió la cabeza de derecha a izquierda con gesto apesadumbrado. Se volvió hacia uno de los recién llegados, que vestía un traje sobrio de color gris.

– Zarzo, encárgate de vigilar a las señoras y al caballero –ordenó el subcomisario–. Y organiza con Buendía los turnos. Eso, si antes no pillamos a ese mal nacido que va quemando por ahí a la gente.

– Sí, señor.

Los policías nos miraron con la misma expresión de repugnancia y de pesadumbre que había compuesto su jefe. Este se volvió hacia nosotras y añadió:

– Procuren no cagarla demasiado el tiempo que les quede de “investigación” –dijo, recalcando la palabra investigación y silabeándola–. Ya estamos de mierda hasta el cuello. Nos podríamos ahogar en cualquier momento.

Acompañó aquella nueva aseveración escatológica colocando el dorso de su mano a la altura de la garganta, para que nos quedase claro hasta dónde llegaba la mierda de la que nos estaba hablando.

Como era su costumbre, el subcomisario se alejó sin despedirse, lentamente, calle abajo, como si tuviese todo el tiempo del mundo.

Y como también era su costumbre siguió hablando de espaldas, como si no mereciese la pena darse la vuelta:

– Y el día que decidan abandonar nuestra preciosa comunidad autónoma de Valencia, les agradecería que tardasen el mayor tiempo posible en regresar.

18

La Alborada había regresado en el tercer movimiento. El violín desgranaba su magia y el resto de la orquesta lo acompañaba con estrépito, guiada por el sonido de los tambores. De nuevo Rimsky Korsakov y su Capricho Español venían para salvarme, para conducirme por un sendero seguro cuando los ramales del destino se bifurcaban y semejaban todos iguales.

Llevaba varios días encerrada en mi habitación, pensando. Aquella melodía, a la que diera vida el maestro ruso como homenaje a la música de la península ibérica, resonaba sin cesar, calmando mi mente, el vinilo dando vueltas incansable en mi tocadiscos portátil. Poco a poco, había recuperado la calma y la confianza en mí misma. La música sí tenía un verdadero don, y era el de amansar a las fieras, esas que rugían dentro de mi alma y me acusaban de ser un fraude, una mentirosa, una fracasada. Por fin logré apartar aquellas voces, y fue entonces cuando comprendí que el caso Alcasser había nublado mi entendimiento. Llevaba semanas persiguiendo fantasmas cuando tenía un ser real, de carne y hueso, que había obrado de una forma errática e incomprensible y al que no me había dignado investigar. Alguien cuyo rastro podía perseguir, pues Rubén había actuado por última vez hacía menos de setenta y dos horas.

Rubén. No era un misterio imposible como el de las niñas, perdido hace treinta años... era un enigma real, que podía resolver. Al fin y al cabo, nadie tenía más piezas de aquel puzzle que yo, que había convivido con él y conocía sus obsesiones y su personalidad.

O creía conocerlas.

– Sí, dígame.

Llevaba varios minutos al teléfono tratando de dar con el jefe de recursos humanos de FSY Electronics. Primero había hablado con una de las secretarias, luego con el jefe de planta, hasta llegar por fin al jefe de personal. La empresa era una de las más prestigiosas de España en su campo y se dedicaba a negocios de todo tipo, especializándose en construir instalaciones de primer nivel para uso empresarial. Rubén llevaba unos tres años en ella. Empezó a trabajar más o menos en la época que nos conocimos. Tal vez unos meses antes.

– Quería hacerle una pregunta sobre Rubén Yacer –dije, bajando el volumen de mi tocadiscos.

– La policía me ha llamado también preguntándome por Rubén en más de una ocasión. Tal vez no debería hablar con nadie más.

El jefe de recursos humanos, como buen burócrata, estaba más interesado en la imagen de su corporación que en los muertos que fuese dejando un empleado a su paso.

– Soy Gloria, su novia. No se trata de ninguna pregunta embarazosa. Solo quiero que resuelva una pequeña duda que tengo.

– Lo intentaré, pero no le prometo nada.

– Gracias de antemano. Solo quería preguntarle cómo consiguió Rubén todos los días libres que le dieron en medio de la campaña para construir el nuevo campo solar fotovoltaico. Me consta que era un proyecto muy importante y que no podían prescindir de un ingeniero formado de un día para otro. Creo que Rubén me dijo que le habíais dado responsabilidades de primer orden en el proyecto. Por eso me extrañó que pudiera ausentarse.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. El jefe de personal dudaba, reflexionando sobre si estaba o no revelando información confidencial. Pero finalmente dijo:

– No le dimos ningún día libre. Se presentó y dejó la compañía. Sin los quince días de preaviso y sin importarle violar varias cláusulas de nuestro contrato. Ya le dijimos que se los descontaríamos, que incluso podía tener repercusiones legales, pero pareció darle igual.

Esta vez fui yo la que me quedé un instante en silencio. Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

– Una vez más le doy las gracias. Es todo lo que necesitaba saber.

Nos despedimos. Subí el volumen y dejé que el siguiente movimiento, ya comenzado, estallase violentamente. Mientras el violonchelo, rasgado imitando a una guitarra, llenaba la habitación con su sonido, me vestí lentamente, dejándome llevar por la música. Las piezas de aquel rompecabezas volaban delante de mí. Yo intentaba asirlas mientras los violines regresaban de nuevo con el tema principal, estallando en adornos magníficos, del grave al agudo, los dedos de los músicos deslizándose rapidísimos sobre las cuerdas.

– Me falta una pieza –dije en voz alta–. Está delante de mí. La veo pero soy incapaz de percibirla, de separarla de todas las demás piezas. Pero sé que la voy a encontrar. La voy a encontrar.

Era el momento de salir de mi encierro y resolver aquel misterio.

Una hora más tarde estaba junto a Alessandra y Mauro en una gasolinera de Alboraya. Mi guardaespaldas estaba llenando el depósito y la forense, a mi lado, me miraba con gesto cómplice. Sonreía.

– ¿De qué te ríes, Alex?

– Estoy feliz de que dejases de mortificarte encerrada en tu hotel. Además, si te vieses esa cara de mala leche que tienes te reirías igual que yo.

– No lo creo, Alex. Esa cara de mala lecha es auténtica mala leche y esto no me hace ninguna gracia. Porque me engañó en todo, tal vez desde el principio.

– Hablas de Rubén, supongo. ¿Qué quieres decir con “desde el principio”?

– Que todo era mentira. Y vamos a comprobar precisamente eso. Vamos al principio, donde empezó todo lo que sé de Rubén.

– ¿Dejamos el caso Alcasser?

– Nunca hubo un caso Alcasser, creo que éramos marionetas de Anglés. Y por eso vamos a Barcelona, al lugar donde se urdieron los hilos del titiritero que nos lleva tanto tiempo engañando.

Camino de la Ciudad Condal, por la autopista, el coche avanzaba a gran velocidad en manos de Mauro, siempre servicial y siempre en silencio.

Alessandra se había colocado en el asiento de atrás para poder conversar conmigo durante el viaje.

– Rubén siempre fue muy poco comunicativo al respecto de su pasado –la informé–. Sé que se quedó huérfano de niño. Heredó un bloque de pisos en Barcelona por la zona de la Ciutadella y vivía del alquiler de los mismos. Pasó algo y lo perdió todo. Creo que me dijo que el edificio tenía aluminosis y fue desalojado. Fuera como fuese, tuvo que ponerse a trabajar por primera vez en su vida con casi cuarenta años.

– Y crees que la explicación de lo que ahora está sucediendo, de sus crímenes, guarda alguna relación con esa época.

– Los años que pasó a mi lado, nuestra vida en común, no creo que tengan nada que ver con lo que está pasando. El misterio es anterior, esas cosas de las que no me hablaba o apenas, con cuentagotas. Siento que ahí está la clave.

Otra vez uno de mis pálpitos. Alessandra me miró con preocupación: mis últimos pálpitos no habían sido muy exitosos, a decir verdad.

– A veces hay gente que oculta cosas a la pareja que esta no podría ni llegar a imaginar. Tal vez en esos tres años de convivencia pasaron cosas que no sabes. A saber qué hacía Rubén a solas o cuando no estaba contigo.

– No, no es nada de eso. Era yo la que procuraba pasar el mayor tiempo sola posible. Rubén era muy asfixiante. No era un maltratador ni un controlador sino alguien que parecía entregado en cuerpo y alma a nuestra relación. No dedicaba ni un minuto de su tiempo a sí mismo. Estaba siempre por mí, por mis necesidades y me colmaba de atenciones.

– Una joya – dijo Alessandra, esbozando de nuevo una media sonrisa –. Si no fuese por su afición a quemar gente sería el novio ideal.

– Vete a tomar por culo – le contesté, medio en broma y medio en serio –. ¿Novio ideal? Luisa me cayó muy bien el día que por fin pudimos hablar con ella. Pere era un hombre bueno que no merecía tampoco morir. Nadie merece una muerte así. Esa familia tendría que estar viva y quiero saber por qué no lo está.

– ¿Y la promesa que le hicimos a Anglés? ¿No vamos a buscar a los verdaderos asesinos de Alcasser? ¿O al menos fingir que lo hacemos?

– Antonio Anglés puede irse también a tomar por culo. No íbamos a

descubrir tampoco nada en una semana ni en dos. Sé que ha hecho cosas terribles, quizás tan terribles como aquellas de las que le acusaron en falso. Él mismo reconoció que había matado a dos personas. Así que dedicaremos esta semana a investigar a Rubén y le diremos a Anglés que no hemos encontrado nada sobre Alcasser. Siempre que ambas cosas no están relacionadas.

– ¿Relacionadas? – preguntó Mauro que, por lo visto, estaba siguiendo la conversación y me miraba desde el retrovisor.

– Cosas mías. De momento solo una teoría o un palpito o como lo queráis llamar. Tú sigue conduciendo que aún nos quedan muchos kilómetros.

En Barcelona no nos fue fácil encontrar pistas. Al principio nos centramos en el parque de la Ciutadella, en cuyos alrededores, estoy segura, era donde me había dicho Rubén que se hallaba el edificio que había heredado de sus padres. Movimos hilos, hicimos llamadas y pedimos favores: al final descubrimos que en realidad el inmueble se hallaba en la Barceloneta, en la plaza de Hilari Salvadó. No quedaba lejos, a unos dos kilómetros de dónde siempre me había dicho, pero era otra mentira. Tal vez absurda, pero mentira al fin y al cabo. Nunca quiso que supiese nada concreto de su pasado. Mentía hasta en los detalles minúsculos, y debía haber una razón para ello.

Fuimos hasta la plaza de Hilari Salvadó, donde interrogamos a un par de antiguas inquilinas que seguían viviendo por el barrio. No descubrimos nada aparte de que las dos últimas plantas (la quinta y la sexta) estuvieron siempre habitadas en exclusiva por Rubén, mientras que los pisos estaban numerados A, B, C y D, distribuidos en las cuatro plantas inferiores. Dieciséis alquileres. Más que suficiente para vivir de forma cómoda incluso en una ciudad tan cara como aquella. El inmueble de Rubén era conocido como el edificio “Les Aligues”, en castellano “Las Águilas”.

Removimos el distrito de arriba abajo, buscamos en archivos y preguntamos a la gente de los alrededores de la Barceloneta. Aquel lugar me sonaba de algo, las calles, el olor del mar, todo el barrio... había estado por allí una vez, pero no conseguía recordar cuándo ni por qué. De nuevo sentí que una pieza del puzzle estaba cerca, rozándome, llamándome, pero yo me negaba a aceptar su existencia.

Llegamos en nuestras pesquisas hasta el barrio Gótico. Estuvimos a punto

de subir hasta Gerona, donde vivía retirado el administrador de Rubén. Pero encontramos la pista más importante a pocas calles del bloque de pisos. Fue de casualidad y gracias al desparpajo de Alessandra, que decidió preguntar a los ancianos del barrio, esos que están siempre mirando las obras o sentados en bancos entretenidos en ver pasar a sus vecinos.

Uno de ellos aferraba un garrote de madera y contemplaba a su nieto bajando por un tobogán azul, que emergía de una enorme estructura amarilla, una especie de torre vigía donde otros niños hacían cola para entrar. Cuando le hablamos de Rubén y de Las Águilas puso cara de estar enterado de todo y nos dijo:

– Para ese tema tenéis que hablar con el Ernest. – Y señaló hacia la lejanía en dirección a un restaurante que emergía en una calle lateral, que tenía el nombre del famoso cómico Pepe Rubianes.

– ¿El Ernest? – dijo Alessandra.

– Fue el conserje y encargado de mantenimiento de ese bloque durante los últimos diez años que estuvo en pie. Si alguien puede informaros de ese asunto es el Ernest. Ya se jubiló, pero se pasa la vida en el Restaurante Segovia. Creo que el dueño es primo suyo o algo así.

No tardamos en encontrarlo, en la barra del local de su primo, tomándose unos chipirones. Luego de una animada pero intrascendente conversación, el propio Ernest propuso llevarnos hasta lo que quedaba del edificio Las Águilas. Seguía teniendo la llave y pudimos pasar la alambrada sin más problema.

– Aquí estamos. Y pensar que un día fue un lugar precioso para vivir, a doscientos metros de la playa, en pleno centro de la ciudad.

Ernest tendría poco más de setenta años, gesto adusto y mirada soñadora, una mirada que se perdía en dirección a un enorme bloque de hormigón con las vigas apuntaladas, las ventanas rotas y aspecto de llevar mucho tiempo abandonado.

– ¿Qué nos puedes decir de Rubén? – le pregunté.

Los asesinatos del incendiario (como algunos lo llamaban) se habían filtrado a los periódicos y las televisiones. Todos sabían que Rubén estaba en busca y captura por el asesinato de Mejía y de la familia Sanchiz. Era el caso

de moda.

– Poca cosa. Lo normal. Era un buen jefe y nunca pensé que acabaría así. Pagaba bien, siempre puntual y daba pocos problemas. No le gustaba mucho la gente, pero a mí eso me daba igual.

– ¿Qué quieres decir con que no le gustaba la gente?

– Vivía recluido en la planta quinta y sexta. Yo le traía la comida, la bebida y todo lo que necesitaba. No tenía mucho trato con nadie y procuraba pasar desapercibido. Creo que llevó fatal perderlo todo.

– ¿Qué sucedió? – terció Alessandra.

– Un incendio. Un descuido de un niño o algo así. Nunca quedó claro cómo empezó el fuego exactamente, pero debió ser una imprudencia. Los materiales eran antiguos y aunque el edificio estaba bien mantenido todo se vino abajo en cuestión de minutos. Los vecinos fueron evacuados y por suerte no hubo muertos. Pero el señor Rubén lo perdió todo. El incendio tampoco fue muy grave pero afectó a la estructura y lo declararon siniestro total. Temas legales impidieron que pudiera vender la finca a terceros, no tenía dinero para reconstruirla y el seguro puso no sé qué pegas. Resumiendo, la finca sigue aquí esperando a que alguien se acuerde de ella. A veces paso por delante y me da pena. – Ernest se giró y señaló un banco de la plaza–: Recuerdo allí al señor Yacer, a Rubén, vaya. Es como si lo viera aún sentado, desolado mirando el humo que salía de un balcón, de aquel día diez de marzo. Lo había perdido todo y...

– ¿Diez de Marzo has dicho? – le interrumpí debido a un súbito estallido de conocimiento.

– Sí, estoy seguro. Es la fecha del cumpleaños de mi nieto, o sea que lo recuerdo perfectamente.

La pieza que rondaba mi mente, esa que se negaba a colocarse en el puzzle mientras escuchaba música clásica en el tocadiscos, comenzó a vibrar como si fuese ella misma un instrumento musical, una nota, un acorde, parte de una gran melodía que resonaba en mi interior.

– Ernest, lo que te voy a preguntar es importante. Concéntrate. ¿Estamos hablando del diez de marzo de hace exactamente seis años?

El hombre hizo sus cálculos y movió los dedos de su mano izquierda

mientras abría los labios, como si contase en voz baja.

– Bueno, mi nieto acababa de cumplir un año por entonces y ahora tiene siete y medio. O sea que... sí, precisamente hace seis años. ¿Cómo lo ha sabido?

Y entonces, como si hubiese perdido la razón, saqué mi móvil del bolso y me puse a dar botes como haría precisamente un niño de seis o siete años.

– ¡El fandango asturiano! –le chillé a Alessandra, poniendo el móvil en sus manos.

La forense me miró con los ojos desorbitados.

– ¿Qué dices, Gloria? ¿Te encuentras bien?

Yo estaba excitada. Mis manos temblaban y se movían espasmódicas, señalando la pantalla del móvil.

– Quiero escuchar el fandango asturiano. Es una pieza musical, el último movimiento de El Capricho Español de Rimsky Korsakov.

Alessandra frunció el entrecejo, aún sin comprender. Pero yo necesitaba que obrase rápido y dejase de hacerme preguntas. Añadí:

– La música me ayuda a pensar, joder. ¡Necesito que me pongas en el WhatsApp o donde coño sea, la pieza que te pido!

– ¿Te refieres al YouTube o el Spotify?

Sí, claro, el YouTube. El otro día había estado mirando vídeos del caso Alcasser en mi móvil con aquella aplicación. También había música y sin duda estaría El Capricho Español. Pero en ese momento estaba tan nerviosa que habría sido incapaz de interactuar con aquel odioso y a la vez maravilloso engendro lleno de chips.

– No sé a qué me refiero, Alessandra. Solo quiero oír la música. Y rápido.

Unos dedos hábiles y acostumbrados a aquellos engendros llenos de chips teclearon la combinación de palabras justa en la aplicación adecuada. Ernest miraba a Alessandra y a mí alternativamente. Por su expresión parecía estar pensando que a todas las mujeres nos faltaba un tornillo. O al menos a las que tenía delante.

– Ya está. Pero creo que deberías tomarte con calma esos pálpitos. Cada vez parece más que...

Dejé a mi amiga con la palabra en la boca, me di la vuelta y eché a correr

hacia el otro extremo de la plaza. Vi que los dos policías de mi escolta hacían acto de presencia precipitándose a la carrera desde una calle lateral. Hasta ahora habían pasado desapercibidos, tanto que había llegado a dudar de que nos vigilaran. Pero la gente del subcomisario Vela conocía su trabajo. Cuando pasó algo fuera de lo común, surgieron de la nada.

– ¿Dónde queda el Museo de Historia de Cataluña? –le pregunté a un transeúnte que pasaba por allí—. Está en esa dirección, ¿no es verdad?

Un muchacho, probablemente un universitario que volvía de las clases con su carpeta y sus libros, siguió a mi dedo señalando hacia el puerto y asintió. Miraba mi rostro desencajado con el mismo gesto preocupado que Alessandra o Ernest hacía unos instantes.

– Por ahí más o menos.

– ¿Y la distancia?

– Unos diez minutos como mucho.

– ¿En coche?

– No, andando. En coche dos o tres minutos.

Suspiré hondo y me di la vuelta sin dar las gracias al joven, que se marchó contento de perderme de vista. Seria, concentrada, contemplé el edificio Las Águilas, también a los dos policías de mi escolta, que hablaban con Alex y con Mauro. Aún en la distancia observé que todos hacían gestos de perplejidad, abriendo las manos y alzando los hombros.

Fue entonces cuando me puse unos auriculares de cordón en las orejas. Creo que los llevaba en el bolso desde la última vez que viajé en tren, pero me sirvieron para salir del paso. Los conecté a mi móvil y pulsé el triangulito blanco del vídeo del YouTube (cuyo uso había aprendido en el WhatsApp gracias a Alex). La música empezó a sonar. Todos los instrumentos aparecieron al unísono, potentes y decididos a alcanzar el final de una obra maestra. El volumen estaba demasiado alto pero no me importó.

Y eché a correr de nuevo, esta vez hacia la playa de la Barceloneta. Apenas tarde un minuto en llegar. Mauro y Alessandra me seguían; por la acera contraria avanzaba el primero de los policías de la escolta personal que me había puesto el subcomisario. Era Zarzo. El otro, Buendía, le iba a la zaga, cruzando en ese momento el paso de cebra y entrando en el paseo marítimo.

– ¿Qué demonios está pasando? – preguntó alguien a mis espaldas. Pero no oí bien lo que decía, solo un rumor que la música en mis oídos sofocaba.

Fui la primera en llegar a la arena. La orquesta alcanzaba en ese momento la coda, el final del movimiento y de la obra, entregada a una bacanal de instrumentos, cada vez más rápido, cada vez más movido, más alegre, más...

Y entonces la última pieza del puzzle encajó y yo me detuve mirando la arena bajo mis pies, con el rostro desencajado por el dolor.

– ¿Qué demonios está pasando? – preguntó de nuevo una voz conocida. Era Zarzo.

Me arranqué los auriculares.

– No ha pasado nada – repuse, con los puños apretados de rabia –. O sí. Acabo de comprender que soy una idiota y que, si hubiese sido más observadora o más desconfiada, habría podido evitar todo lo que ha pasado.

¿Qué es lo que el propio Inglés había comentado cuando nos vimos por primera vez en la cárcel de Castellón? Ah, sí. “Señorita gran abogada, si fueses un poco más lista ni siquiera yo te podría manipular”. El muy cabrón siempre había dicho la verdad.

Tuve que hacer esfuerzos para no romper a llorar de pura indignación.

A Alessandra, a pesar de no entender lo que estaba sucediendo, no le había pasado desapercibido mi estado de ánimo. Así que se acercó y me abrazó. De pronto la rabia y la ira dejaron paso a la tristeza y no pude aguantar más. Me eché a llorar.

– ¿Fue aquí mismo, Alex, no lo entiendes? Aquí, en este mismo lugar de esta misma playa. ¡Aquí comenzó todo! O terminó. O ambas cosas. Llevamos dando vueltas por el barrio desde hace días y no lo había recordado hasta ahora, cuando este lugar se halla apenas a doscientos metros del edificio de Rubén. ¿Cómo he podido ser tan tonta?

Seguí gimiendo, llorando, pataleando y repitiendo frases por el estilo hasta que me calmé.

– ¿Y ahora qué hacemos? – preguntó Alessandra cuando mis sollozos comenzaron a espaciarse y mi respiración se normalizó.

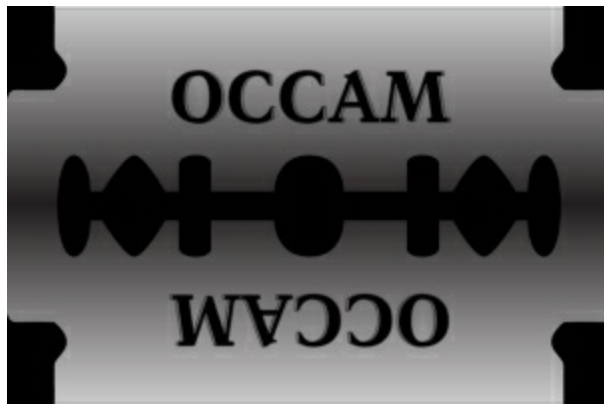
– Ahora, con la ayuda de estos señores de la policía y de sus superiores, resolveremos unos crímenes que tuvieron lugar aquí hace unos años: los

crímenes de las Ocho de Badalona.

Zarzo abrió mucho la boca, pero finalmente no dijo nada. Y se quedó a la expectativa.

– Y luego, cuando hayamos encontrado los cadáveres – añadí, volviendo la vista hacia Alessandra –, volveremos a Valencia y ajustaremos cuentas.

Informe "Caso Alcasser"



(LA HUIDA DE ANTONIO ANGLÉS)

LOS HECHOS PROBADOS

Antonio Inglés huyó tras la aparición de los cadáveres de las niñas y la llegada de la policía a casa de su madre. Saltó por la ventana de la vivienda y desapareció.

LA VERDAD JUDICIAL

Inglés huyó en un taxi a punta de pistola. Más tarde fue visto en la cercana localidad de Alborache. Ya en Valencia, en una peluquería, se cambió de aspecto para que no lo reconocieran. Luego lo acogieron en una casa bajo el

nombre supuesto de Rubén. Levantó sospechas entre los que le acogían, volvió a huir y robó un vehículo.

A partir de ahí todo son especulaciones. Se le ve en Portugal, se dice que ha huido a Latinoamérica y un mes después encuentran a un polizón en Irlanda, en un barco. Aunque lo encierran en un camarote, salta del barco (o coge un bote salvavidas según las versiones) y desaparece. Pero nada de esto está probado, son solo hipótesis. Podría ser él u otra persona.

LAS DUDAS

Un delincuente analfabeto, presuntamente homosexual, que se dedicaba a trapear con droga en los barrios bajos de Valencia, se convierte de la noche a la mañana en un sádico torturador, violador y asesino. Además, es capaz de evadirse de la policía como un moderno Moriarty, el Napoleón del crimen, una mente criminal de primer orden.

La absurda huida del presunto Inglés es la gota que colma el vaso. Muchos no se creen nada del caso Alcasser y la teoría de la conspiración cobra más fuerza que nunca.

Tal vez la mejor manera de juzgar el caso Alcasser es con la lógica. ¿Podemos creer de forma racional que las cosas pasaron como dice la sentencia? Lo cierto es que se hace difícil creer en ello. La mayoría de las personas opinan que no. Hay muchos casos mediáticos en los que la opinión pública acepta de buen grado el fallo del tribunal pese a lo endeble de las pruebas. Pero en este caso pocos piensan que se haya dado con los culpables (o con todos ellos). Por algo será.

SÉPTIMA PARTE

LA RESOLUCIÓN

19

La primera página de todos los periódicos celebraba un hecho de manera unánime. España entera se felicitaba:

Noticia del día: Antonio Anglés no saldrá de prisión.

Ha llegado a un acuerdo con la Asociación Egeria por el que se compromete a no pedir el tercer grado.

El ministro del interior afirma que ha llamado en persona a Gloria Goldar para felicitarla.

Estábamos de vuelta en la gasolinera de Alboraya, el lugar de donde habíamos partido hacia Barcelona un par de semanas atrás. Un camionero me reconoció y lanzó un bocinazo. Algunos coches que pasaban le imitaron y hasta un niño vino a pedirme un autógrafo. Sus padres, orgullosos, le esperaban repostando gasolina mientras el mocoso enarbolaba el pedazo de papel como si fuese la bandera de un país imaginario.

Luego todo se calmó un poco. Los policías estaban comprando unos bocadillos en uno de esos establecimientos que abrían veinticuatro horas. Mauro se tomaba un café mientras Alex y yo estirábamos las piernas. Teníamos los principales diarios del país apilados encima del capó del coche. La noticia estaba en la portada de todos ellos. El enemigo público número uno no saldría de la cárcel. Y seguía siendo el enemigo público número uno porque daba igual que no se le pudiese castigar por el asesinato de las niñas

de Alcasser; todos le creían culpable y todos veían en él al monstruo que yo sabía que habitaba en su interior pese a su inocencia. Al menos de ese delito.

– ¿De verdad te ha llamado el ministro? – dijo Alessandra, dejando un ejemplar de El País en la guantera, uno de los más elogiosos hacia esa nueva heroína del pueblo llamada Gloria Goldar.

– Pues no. Pero es un político. No esperarás que diga la verdad. Creo que si no eres capaz de mentir de forma creíble no asciendes en ningún partido. Hacen un examen y todo.

Alessandra rió tanto que acabó tosiendo. Cuando se recuperó, añadió:

– En cualquier caso, la fama llama de nuevo a tu puerta.

– No hice esto por la fama. Ya lo sabes. Además, será efímera. En poco tiempo nadie recordará nada más que el hecho de que Inglés no salió de prisión. Y luego se olvidarán hasta de eso, sobre todo si realmente muere en la cárcel en poco tiempo. Porque la verdadera noticia es la mala noticia. Si realmente hubiese salido libre, los periódicos y las televisiones lo habrían perseguido por las calles, buscando en qué ciudad se había refugiado. Sucedería exactamente igual que cuando pusieron en libertad a su supuesto cómplice, a Ricart, pero multiplicada por mil. Eso habría mantenido vivo el recuerdo y el miedo y el horror de las gentes. Pero las buenas noticias siempre pasan de largo. Las buenas noticias no venden.

– Pronto tendrán una noticia terrible de esas que venden –opinó Alessandra–. Cuando se haga público lo que hemos descubierto en Barcelona, la noticia de hoy quedará eclipsada.

– Pero luego vendrán otras aún peores. La maldad nunca se detiene.

Alessandra, como sabía que tenía razón, no añadió nada más. Caminó hacia donde Mauro estaba leyendo La Vanguardia, le quitó el periódico y le besó efusivamente. Yo me alejé unos pasos hacia uno de esos caminos de asfalto o de hierba que habitan en las gasolineras, pequeños descampados donde pasear a los perros, que llevan atados horas en el asiento de atrás y necesitan echar una meada tanto o más que los amos. Pensaba en lo que habíamos encontrado en Las Águilas, en sus implicaciones y en el horror más absoluto que se derivaba de todo ello. No entendía cómo me había podido equivocar tanto con Rubén. Es como si hubiese convivido con un extraño,

porque no solo le había tocado o estrechado su mano, sino que mis labios lo habían besado y mi cuerpo compartido el lecho con él durante treinta y cinco meses exactamente. Sin embargo, no le conocía en absoluto. Nadie me había engañado tanto y tan completamente en toda mi vida.

Nunca volvería a confiar totalmente en un hombre (ni tampoco en una mujer, ahora que pensaba), ni a confiar totalmente en mis instintos. Me di cuenta de que era un buen aprendizaje, después de todo. Hasta la gran Gloria Goldar podía equivocarse. Y no a medias sino equivocarse del todo, absolutamente.

– Eres una imbécil – dije en voz alta.

Y entonces le vi. Pero no le reconocí. Intuí que avanzaba hacia mí alguien que me resultaba familiar. No sé por qué: por la forma de caminar o por la forma de mover la cabeza, inclinándola nerviosamente hacia el lado derecho. Qué se yo. Cuando una ha compartido tanto tiempo con una persona detecta gestos que los demás no sabrían ver.

Primero pensé: conozco a ese tipo. Y luego mi mente reaccionó horrorizada: ¡No, es él!

Rubén llevaba una sudadera con capucha azul y no se le veía la cara. Apenas la punta de la nariz. Se movía a buen paso pero sin correr, caminando en mi dirección. Llevaba una de las manos metida en un bolsillo de la sudadera. Entonces vi que algo de metal, tal vez la culata de un arma, sobresalía del hueco de ese bolsillo.

– ¡Rubén! – grité—. ¡No!

Y entonces todo sucedió muy rápido. Salí del camino y penetré en la gasolinera por un extremo, junto al espacio donde se inflaban los neumáticos. Vi a mi derecha a los dos policías de mi escolta: Buendía tiraba al suelo un sándwich de atún de máquina que se estaba comiendo y miraba hacia el interior de la tienda de veinticuatro horas. Dentro, Zarzo, su compañero, estaba saliendo con unas bolsas. Alessandra dio un chillido y se movió en dirección a las bombas de gasolina, huyendo de la línea de visión de mi ex novio. Mauro se quedó de pie, sorprendido. Solo un instante; luego se abrió la americana para coger su pistola. Yo pasé corriendo delante de mi guardaespaldas y me detuve en seco. Ahora me hallaba frente a frente con mi

ex novio.

Rubén ya tenía la pistola en la mano y me apuntaba.

– ¿Por qué? – pregunté sencillamente.

Fue, ya digo, un instante muy breve, no más de dos segundos. No sé si Mauro llegó a sacar su arma. Estaba justo detrás de mí y probablemente, cuando me detuve, había bloqueado la línea de tiro de mi guardaespaldas.

Me di cuenta de que Rubén iba a disparar y cerré los ojos. Me pregunté de nuevo por qué querría matarme. En aquel breve lapso de tiempo pensé que seguramente me había seguido aquellos días que pasé en Barcelona. Y supo que había descubierto su secreto mejor guardado: el edificio Las Águilas. Quería silenciarme o vengarse o ambas cosas. No importaba. No solo nunca me amó sino que me detestaba hasta tal punto que estaba dispuesto a asesinarme.

Sonó un disparo. Un grito. Luego otra detonación. Apenas dos segundos después una tercera.

Me tiré al suelo y chillé yo también.

Me pregunté si estaba viva. Temblaba de pies a cabeza y creo que no reaccioné hasta que uno de los policías vino a mi encuentro y me zarandeó.

– ¿Estás bien, Gloria?

Abrí los ojos. Me incorporé a duras penas. Rubén estaba en el suelo, muerto, a cuatro o cinco metros de mí. Un charco de sangre formándose en el asfalto alrededor de su cabeza. A mi espalda, Mauro lanzaba improperios y se sujetaba el brazo, de donde manaba también mucha sangre. Alessandra había regresado y estaba a su lado. Trataba de hacerle el torniquete con un pañuelo o una bufanda que había sacado de su bolso.

– Creo que estoy bien – dije a Zarzo, palpándome el cuerpo, tratando de hallar heridas o impactos de bala.

– Rubén falló el disparo, que pasó cerca de tu cabeza e hirió al guardaespaldas. Para que luego digan que esos tipos no valen para nada – Zarzo sonreía y me obligué a esbozar una sonrisa. Joder, estaba viva. Entonces Zarzo añadió—: Respecto al tirador, mi compañero lo abatió.

En ese momento, Buendía desarmaba al cadáver. Poco después llamaron a una ambulancia y luego al subcomisario Vela. Le informaron de lo que había

pasado. Me dijeron que su jefe estaba en Valencia y llegaría en diez minutos. Casi podía imaginarle diciéndome "todo esto te pasa por remover la mierda del caso Alcasser". Siempre me decía lo mismo, así que era probable que el bueno de Ángel Vela volviera a hacerlo.

Lo cierto es que tenía razón. Todo lo que pasaba era por haber removido la mierda del caso Alcasser.

Pero ahora era el momento de poner punto y final de una vez por todas a aquel caso.

Y para siempre.

20

Era la última vez que iba a pisar el locutorio de la cárcel de Albocasser. Al menos, eso pensaba. Me había habituado a su alto techo, a las sillas de jardín blancas y hasta al muro acristalado que separaba el universo de los presos de aquellos que veníamos de visita.

Antonio aún no había llegado. Su abogado tampoco. Así que estaba allí sola, esperando. Mientras aguardaba recordé la conversación que acababa de tener por teléfono con uno de los puestos directivos de la Asociación Clara Campoamor. Esta asociación era, como Egeria, un colectivo de profesionales dedicado a asistir a mujeres maltratadas, dar charlas para concienciar a la sociedad y presentarse como acusación en ciertos casos en que la violencia contra la mujer era manifiesta. Casos como el de las niñas de Alcasser.

Alba era una vieja amiga y no le extrañó que la llamase. Tal vez incluso se sintió halagada dada mi notoriedad del momento.

– Creo que deberíamos haberte fichado nosotras en lugar de dejar que Egeria se te llevase. Habrías sido un activo importante.

– Ya sabes que yo voy por libre.

Alba me dio la razón. Sabía que en una asociación tan importante como la Campoamor tal vez no habría podido desarrollar mis capacidades al máximo.

– ¿Has recibido la foto que te mandé por WhatsApp? –le pregunté, después de dedicar unos minutos a recordar algunas anécdotas del pasado.

Sí, hasta yo había caído en la trampa de los móviles y sus endemoniadas aplicaciones de mensajería.

– Lo conozco. Rubén Yacer. Salió un tiempo con una abogada de la asociación. Y estuvo cortejando a otra también. Ambas vieron algo raro en él y la cosa terminó ahí. Cuando apareció en las noticias y comenzó a hablarse de un asesino pirómano lo estuvimos hablando y las chicas suspiraron de alivio. De buena se han librado.

– Ya.

– Pero tú saliste con él varios años, ¿no?

– Sí, por desgracia no fui tan lista como tus amigas y no supe darle calabazas.

La conversación se terminó poco después porque de nuevo hizo aparición mi amigo el WhatsApp. Helena, una abogada que llevaba una fundación sin ánimo de lucro en Andalucía, me dijo que también había reconocido a Rubén.

Helena

Llegó a pedirme matrimonio. Fíjate tú. Y dudé porque era tan bueno y atento...

Gloria

Parecía ser bueno y atento. Pero todo era mentira.

Helena

Debes sentirte fatal.

Gloria

Sí, pero ahora está muerto. Ya no va a engañar a nadie más.

Helena

¿Muerto? No sabía nada.

Gloria

Lo abatió la policía. Aún no se ha hecho público. Pero lo que cuenta es que ya ha pagado por todo lo que hizo y ahora voy a asestar una estocada mortal a su cómplice.

Helena

Genial. Siguiendo el símil taurino, córtale las dos orejas y el rabo.

Gloria

Eso, sobre todo lo último.

Helena

Jajajaja XD

Entonces se abrió la puerta del locutorio. Inglés entró en la sala. No me miró hasta que se hubo sentado en su silla blanca de jardín. Levantó la vista. Parecía asustado o preocupado. Tal vez ambas cosas. Quedaba lejos su pose insultante de gallito, la que compuso la primera vez que nos vimos. O la indiferencia, jactancia y superioridad de la última.

– Hola –dijo.

No respondí. Oí unos pasos a mi espalda. Era Javier. Su voz sonaba algo nerviosa cuando anunció:

– Estamos listos, Gloria.

Todo lo que empieza tiene que acabar. La espiral de causas y efectos que comenzó el día en que Toñi, Miriam y Desirée hicieron auto stop en una calle de Picassent... conducía a aquel instante en que yo me hallaba delante de un monstruo, tal vez no el monstruo que las había asesinado, tal vez no el monstruo que las había violado, pero sí un monstruo violador y asesino.

– Mientras celebramos esta reunión se están presentando nuevos cargos contra ti – informé a Inglés con una enorme sonrisa de satisfacción en el rostro.

Antonio no pareció sorprenderse. Miró en dirección a su abogado, que se encogió de hombros. Javier no sabía nada. Había oído rumores de que algo gordo había sucedido y debía haber hablado ya de ello con Inglés. Pero nos habíamos encargado de que el secreto no trascendiese. Hasta ese instante.

– ¿Qué nuevos cargos? – quiso saber Inglés.

– Por la violación, secuestro y asesinato de Eva Fochez. Y probablemente de algunas más según avance la investigación y vayamos desenterrando cuerpos.

Ahora Antonio Inglés sí parecía sorprendido. Se mordió los labios. Miró a su abogado y constató que este no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Javier permanecía en silencio y miraba alternativamente a su defendido y a mí.

– No conozco a esa chica.

– Y, sin embargo, su cuerpo ha sido encontrado emparedado en el lugar

donde estuviste escondido tras tu fuga más de veinticinco años. No nos hará falta mucho esfuerzo para encontrar fibras, ADN o algo que te vincule con la escena de los crímenes.

Aunque no lo iba a revelar en esa reunión, ya habíamos encontrado cuatro cuerpos en la quinta planta. Y aún faltaba inspeccionar la sexta. De momento solo habíamos identificado el cuerpo de Eva Focher, pero pronto sabríamos más nombres con seguridad, hasta dar con las ocho de Badalona. Si es que no había alguna más. Yo conocía bien los medios de comunicación y sabía que el edificio las Águilas sería en breve tan conocido como la casa de los horrores de Fred West, en Inglaterra. Fred y su esposa asesinaron a doce personas y las emparedaron en su vivienda. Su carrera delictiva duró veinte años. Ambos casos tenían muchas cosas en común, aparte de los monstruos que los llevaron a cabo. Entendí en ese instante por qué me habían fascinado los documentales que habían emitido en televisión sobre el caso West. Una parte de mí había intuido que me hallaba ante un enigma parecido, y aquella percepción me había perseguido en forma de una pieza de puzzle que no terminaba de encajar. Hasta que todo encajó y la verdad salió a la luz.

– Te lo estás inventando todo – dijo Inglés –. Nuestro acuerdo era que me dirías quiénes son los asesinos de las niñas de Alcasser y no...

Quise asestarle un segundo golpe mortal a aquel hijo de puta y le interrumpí para darle un directo a la mandíbula:

– Rubén Yacer está muerto. Esta vez de verdad. Lo mataron a tiros delante de mí no hará ni dos horas.

Antonio inspiró hondo. Bajó los brazos y pareció más relajado.

– Ya veo.

– Fui una tonta. Cuando te dije hace unos días que mi novio había muerto vi cómo te afectaba. Pensé que sentías pena por mí, que tenías un rastro de empatía, que no eras un monstruo sin alma. Debería haberme dado cuenta de que eso era imposible, que te habías quedado sorprendido, pero no por la muerte de mi novio sino por la muerte de tu cómplice.

Javier, a mi lado, abrió la boca para hablar, pero puse una mano sobre la suya y le dije:

– Solo espero que tú no estés implicado.

– ¿Implicado en qué? – El rostro de Javier mostraba una profunda estupefacción. Estuve segura que no tenía nada que ver en aquel asunto. Pero después de lo sucedido con Rubén no sé si era capaz de fiarme ya de ningún hombre.

– Desde el principio era evidente que Antonio escondía algo –dije, sin apartar la vista de Javier–. Pero pensé que nada de lo que escondía podía afectarme. El caso Alcasser estaba prescrito. Aunque él no fuese el asesino, los culpables nunca podrían responder ante la ley. Yo creí que sencillamente evitaba al mundo que un ser peligroso pisase de nuevo las calles. Pero nuestro trato iba un paso más allá. Antonio quería ser juez y jurado; quería impartir justicia contra los que le inculparon.

– Y contra los que verdaderamente asesinaron a las niñas – me corrigió Inglés.

– Así que reconoces lo que hiciste.

– No reconozco nada. Solo quería insistir en el hecho de que todavía no sabemos quién mató a las niñas de Alcasser y eso también era parte de nuestro trato y de mis objetivos.

– Que era matar a los culpables como hiciste con la familia Sanchiz a través de tu cómplice.

Javier se levantó de la silla y dijo con voz estentórea:

– Te recomiendo que no digas nada más, Antonio. No tengo ni idea de lo que estáis hablando pero...

– No, no tienes ni idea – le cortó Inglés –. Tal vez la señorita gran abogada pueda aclararte las cosas. Aunque creo que también anda algo perdida.

Antonio me estaba retando a demostrarle lo que sabía. Precisamente a eso había venido, a demostrarle que, aunque me habían engañado muchas veces durante aquella investigación, al final había resultado vencedora. Así que dije en dirección al abogado:

– Hay una primera parte de la historia que desconozco. No sé lo que pasó después de que Antonio se fugase de Valencia en un coche robado. No sé cómo llegó al edificio Las Águilas en la Barceloneta. Creo que la idea le estaba dando vueltas desde que escapó de la policía en casa de su madre. Por eso

tomó el sobrenombre de Rubén durante su huida.

Anglés asintió con la cabeza, animándome a continuar. Eso hice:

– Puedo aventurar que un joven llamado Rubén Yacer le había comprado droga en el pasado. Sabía pues que en Barcelona vivía uno de esos muchachos a los que podía tener controlados a voluntad. Aquí el señor Anglés es un manipulador, alguien capaz de dominar a los débiles a través de la violencia, de la intimidación o de quién sabe qué trucos psicológicos baratos. Rubén era un huérfano que vivía de rentas y Antonio sabía hasta qué punto era débil, sabía que era una víctima propiciatoria. También sabía que disponía de dos plantas enteras de un gran edificio. Con un gran espacio donde instalarse, habitaciones y dinero. El cómplice ideal para su huida y para desaparecer del mapa largo tiempo.

Antonio asintió de nuevo.

– Y allí vivieron sin trabajar, confortablemente, de las rentas de la familia de Rubén, durante casi tres décadas.

– No tan confortablemente. Dos personas pueden llegar a aburrirse mucho –repuso Anglés.

No le hice caso y proseguí por otros derroteros. Le dije a Javier:

– ¿No sabías de la amistad de Rubén y Antonio? –le pregunté.

– No sabía nada. Ya te dije que solo soy un abogado de pueblo. Si fuese lo bastante listo habría salido de Alcasser hace mucho.

Javier parecía triste. No sé si porque intuía que el caso se había terminado y no me vería en mucho tiempo o por ser la única persona de aquella sala que no tenía ni idea de lo que se estaba hablando. Seguí pues explicándole la historia:

– De cualquier forma, allí, en un barrio de Barcelona, vivieron los dos reclusos. Primero agazapados, temerosos de que la policía diese con ellos. Pero poco a poco se dieron cuenta de que el mundo, aunque no había olvidado a Anglés, sí que lo consideraban desaparecido. Sobre todo cuando muchos medios dieron al asesino de Alcasser por muerto en las costas de Irlanda – Antonio sonrió. Yo proseguí–: Lo que cuenta es que aquellos dos jóvenes sin moral se drogaron juntos y vivieron un tiempo más o menos felices, aunque tal vez se aburrieran como bien acaba de reconocer tu cliente. Porque la cara del

asesino más famoso de España no podía pasar desapercibida. No podían contratar a una prostituta y arriesgarse a que le reconociese. Así que formaron una falsa agencia de publicidad, y de cuando en cuando buscaban una compañera para ambos entre las chicas de la localidad aspirantes a modelo o a actriz. Rubén las entrevistaba, hacía las fotos y Antonio vigilaba, espiaba en la trastienda disfrazado con una peluca o maquillado. Incluso se atrevieron a tener sexo consentido con alguna de ellas, las luces bajas, poniendo en riesgo su fuga. ¿Qué habría pasado si alguna de aquellas chicas le hubiera reconocido? Seguramente decidieron que el riesgo era demasiado alto y optaron por una solución más radical. Entonces eligieron a una de las aspirantes. Y luego al cabo de un tiempo a otra. Pero las elegidas no regresaban a casa sino que acababan en las dos últimas plantas del edificio Las Águilas. Tal vez las tenían encadenadas, convertidas en juguete sexual, hasta que se cansaban, las mataban y buscaban a la siguiente. Los detalles los dirimirá la investigación. Fueron ocho, todas del extrarradio de la Ciudad Condal o de los barrios periféricos: Badalona, Sant Adria, Trinitat Vella. El caso es que los medios las bautizaron como las Ocho de Badalona y...

– Son siete – dijo de pronto Inglés con una voz sonora, de ultratumba—. La número tres no tiene nada que ver con nosotros.

Me di cuenta de que se sabía derrotado. Que entendía que habíamos encontrado el edificio Las Águilas y que estábamos profanando la casa de los horrores que había montado con Rubén. La número tres era Claudia de Souza. Ya en su día la policía sospechó de un familiar, de un tío que regresó de inmediato al Brasil, pero nunca hubo pruebas claras y al desaparecer en la misma época que las otras, y en la propia Badalona, al final acabó en el mismo sumario. De todas formas, las palabras que acababa de pronunciar no solo probaban su participación en los hechos, sino que había seguido el caso y conocía la identidad de las desaparecidas, incluida aquella respecto a la que afirmaba no tener relación. Y es que Inglés no tenía nada que perder. En realidad, aquella era una conversación privada con dos abogados que trabajaban para él, aunque yo no lo fuese a hacer por mucho más tiempo. Nada de lo que dijese le podía incriminar. Los cadáveres que hallaríamos en Las Águilas se encargarían de hacerlo.

– De las siete, algunas sobrevivieron varios años –dijo Inglés–. La última estaba aún viva la noche antes del incendio. Yo mismo la degollé. Era Verónica Planas, la que encontrasteis tirada en la basura.

21

Tragué saliva y procuré parecer tranquila y segura de mí misma. El monstruo no me iba a doblegar en el momento de mi victoria.

– Sin embargo –añadió entonces Inglés–, creo que sigues sin comprender lo que pasaba allí, en aquellas dos plantas.

El monstruo me miraba con superioridad. No sonreía, pero parecía satisfecho, como si todo aquello ya no importase. Me di cuenta de que su aspecto había empeorado desde mi última visita. Estaba pálido y ojeroso. Sus labios reseco se movían indolentes, como si le costase hablar. ¡Maldita sea! Estaba muy enfermo, aún más de lo que me había confesado. Por eso le daba igual todo. Había dicho un año de vida. ¿Y si eran meses? ¿O semanas?

– ¿Qué es lo que no comprendo, Antonio?

– Ah, no comprendes nada, en realidad.

Entonces pitó mi WhatsApp. Sí, aquella maldita aplicación había pasado a ser indispensable en mi vida. Incluso había pedido un permiso especial a la directora de la cárcel para que me dejase entrar con mi móvil. Los peritos forenses estaban trabajando 24 horas al día en el antiguo edificio de Rubén. Yo quería estar al tanto de los avances por si me eran útiles en aquella entrevista. Además, la última vez que no me llevé mi móvil recibí una infinidad de llamadas del subcomisario Vela. Fue cuando mataron a la familia Sanchiz. No quería que pasase algo importante y no estuviera localizada. No en un momento como aquel.

El WhatsApp pitó de nuevo. Leí voraz los dos mensajes:

Alex

Han encontrado dos cadáveres más, pero ambos de sexo masculino.

Alex

Uno emparedado, otro tirado en el suelo de la sexta planta, debajo de un montón de muebles y escombros.

No contesté a mi amiga. Salí de la aplicación y traté de sumar aquella nueva información a lo que ya sabía. ¿Siete mujeres esclavas sexuales, seis emparedadas y una aparecida en un contenedor de basura? ¿Y ahora dos hombres? ¿Cómplices de los que no se sabía nada? Resolví cambiar de tema, acaso para darme tiempo a reflexionar sobre aquel hallazgo.

– Hubo un incendio, Javier. – Me costaba dirigirme directamente a Inglés y volví a cambiar de interlocutor –. Inglés y Rubén tuvieron que huir a toda prisa de un edificio viejo que se colapsó y se volvió inhabitable. Rubén se quedó en medio de la calle viendo cómo la mansión de los horrores se consumía. Pero Antonio no tenía a dónde ir, así que cogió un arma, un poco de droga y se puso la capucha de su cazadora. Corrió hacia la playa. Allí fue, en la Barceloneta, donde lo reconocieron, le quitaron la pistola y casi lo matan a palos. A pocos metros, en las paredes de las dos últimas plantas del edificio, Rubén y Antonio dejaban tras de sí un reguero de cadáveres.

Javier miró a su defendido con renovado horror. Entonces estuve ya completamente convencida de que no sabía nada. Tenía razón: solo era el muchacho de pueblo que había conocido tanto tiempo atrás. Aquello le venía grande. Incluso a mí me venía grande. ¿A quién no le hubiese venido grande la historia de aquellos dos monstruos?

– No me di cuenta de lo sucedido hasta que seguí a pie parte del camino que había tomado Rubén para arrojar el cadáver de Verónica en un contenedor de basura, y luego el que tomó Antonio huyendo del gentío, esperando que nadie le reconociese. Pero tuvo la mala suerte de que su rostro y su aspecto no han cambiado demasiado. Todo por culpa de su obsesión por mantenerse en forma, en su peso, gracias a una buena alimentación. Le reconocieron. Y se hizo justicia.

Antonio escupió en la mampara de cristal que nos separaba.

– No, no se hizo justicia. El mundo me lo debía. Se me había acusado en falso de tres crímenes atroces que yo no había cometido. Decidí que tenía derecho a participar en cuantos crímenes atroces quisiera. Y aun así, las cosas no pasaron como tú crees. O no del todo.

De nuevo regresó a su rostro aquella mueca de superioridad. ¿Qué se me escapaba? ¿Por qué había al menos dos cadáveres masculinos en la casa de los horrores? Carraspeé y dije:

–De cualquier forma, aquí estás y aquí te quedarás el resto de tu vida.

El subcomisario Vela me había dado cuarenta y cinco minutos antes de entrar y llevárselo para interrogarlo. Inglés volvería estar en las portadas de todos los periódicos y revistas del país, convertido en un asesino aún más terrible que aquel que había sido originalmente a ojos del pueblo. Debía darme prisa.

– Pero vayamos a lo que pasó después de la captura de Antonio – dije entonces –. Inglés estaba en prisión y su cómplice fuera, un cómplice que seguía en su poder, que era como un títere a quien podía mover a voluntad como había hecho en su tiempo con Miguel Ricart. Así que le ordenó que fuese la mano ejecutora de su venganza. En primer lugar, buscó a una idiota que tuviese medios, recursos e inteligencia para hacer el trabajo sucio. Y me encontró a mí.

Javier enarcó una ceja. Entonces añadió:

– Rubén cortejó a varias abogadas criminalistas y directoras de asociaciones de víctimas como yo.... hasta que encontró a una dispuesta a creerse sus mentiras. Por eso Antonio me eligió para este trabajo. Porque tenía un infiltrado no en mi organización sino en mi cama, alguien que le decía todo lo que pasaba en el caso, todo lo que descubría. ¿Cómo le informaba? No lo sé. No querían levantar sospechas. Por eso estoy segura que Rubén nunca vino a prisión en persona. ¿Tú lo viste alguna vez, Javier?

Inglés estaba tan interesado en la narración de los hechos como yo misma. Antes de que su abogado pudiese decir nada comentó:

– Rubén se ponía en contacto conmigo a través de un preso de confianza que entra y sale de Albocasser a menudo. Él me explicó que os perseguía un Renault negro. Estaba seguro que los verdaderos asesinos de las niñas estaban

tratando de disuadirle de seguir con las pesquisas. Incluso le persiguieron en La Romana y le dijeron que no siguiera con el caso.

A mi mente regresaron las palabras de uno de aquellos hombres encapuchados: “¡No sigas con esto!” Vaya idiota estaba hecha. Pensé que el encapuchado me hablaba a mí. Y me extrañó que lo hiciera, porque poco sabía del caso Alcasser y andaba completamente perdida. Pero claro, le decía a Rubén que parase de buscar a los culpables. Eso significaba que los culpables estaban cerca, muy cerca, y que debíamos haber tenido trato con ellos para que se asustasen o de lo contrario no tenía sentido que...

– Oh, Dios, Mejía –dije de pronto en voz alta.

– Sí, Mejía. Rubén desconfió, lo siguió y lo encontró aparcando un coche robado, el mismo que os había seguido. Me informó de que había encontrado a uno de los culpables. Pero no consiguió los nombres del resto de asesinos. Tenía ese tal Mejía más miedo a los otros que violaron a las niñas que a lo que pudiera hacerle Rubén. No habló ni ante la amenaza de quemarle vivo. Y al final así acabó. Pobrecillo.

– Y así acabaron también Luisa Sanchiz y su familia.

– Exacto.

Fue en ese instante que comprendí que era como si yo hubiera dado orden de matarlos. Fue cuando le revelé a Inglés en la última visita que alguien le había inculcado. No le dije quién había sido pero Rubén, que me estaba siguiendo, sabía que en aquellos días solo me había entrevistado con Luisa.

– Ordenaste prenderles fuego como habías hecho con Mejía.

– Bueno, el medio de ejecución fue cosa de Rubén. El incendio del bloque de pisos que le legaron sus padres le dejó obsesionado con el fuego. A veces pienso que lo provocó él mismo, cansado de que viviésemos encerrados en aquel lugar o por alguna otra razón que ahora no viene al caso que te explique. Rubén era una persona complicada. Tanto o más que yo mismo.

Yo sabía que mi ex novio era una persona débil y manipulable, pero no por ello dejaba de ser compleja. Tal vez Rubén, como decía Inglés, se había cansado de vivir en un lugar cerrado con mujeres encadenadas a las que Inglés violaba día y noche. Tal vez quería ser libre pero no fue capaz de conseguirlo. Tal vez aquel ápice de humanidad fue lo que yo intuí cuando

estuvimos juntos.

No, para nada. Fui una idiota que se dejó engañar por un psicópata, o por dos psicópatas. Y Alessandra estaba en lo cierto: esa primera impresión que sentía al tocar las manos a una persona era una completa estupidez. Mi intuición e inteligencia habían resuelto al final aquel caso, pero yo era tan proclive al error, incluso a los más graves, como cualquiera.

Y probablemente mis errores le habían costado la vida a la familia Sanchez e indirectamente a Mejía. Quién sabe cuántas personas más habían sufrido en el pasado por mis errores.

– ¿Por qué dices que Rubén era tanto o más complicado que tú? –pregunté al fin.

Anglés seguía mirándome con superioridad y jactancia. Como si sucediera algo obvio que yo era incapaz de ver. Entonces, no sé por qué, mi mente divagó, y recordé el poco interés que Antonio puso en Alessandra, un pedazo de tía buena que aparecía delante de un hombre que no había catado una hembra en seis años que llevaba en aquella prisión. La voz del monstruo me distrajo por un momento de aquel razonamiento.

– Alguien, un periodista, comenzó a bailarle el agua a la investigación oficial y me pintó como un manipulador experto. Yo podía hacer con cualquiera lo que me diese la gana. Por lo visto soy un genio del mal. –Se echó a reír– En la vida real, Ricart comía en la palma de mi mano porque básicamente era un poco idiota. Tal vez por eso confesó unos crímenes en los que no tuvimos nada que ver. Pero yo no soy un genio del mal sino un tío que intenta sobrevivir. Lo era cuando traficaba y lo fui después cuando me convertí en un prófugo de la justicia. Por eso pensé en Rubén, porque me di cuenta, una vez que coincidimos de fiesta en Valencia, que era un mal bicho, que tenía vicios y gustos inconfesables. Y yo podía ayudarle a cumplir sus fantasías.

Fantasías de mujeres encadenadas, pensé de pronto. Mujeres atadas, secuestradas, torturadas... Rubén, por carácter, sí que podría haber sido uno de los asesinos de las niñas de Alcasser. Pero Antonio no, él era...

– Eres homosexual. Y los dos hombres que hemos hallado en Las Águilas eran tus amantes.

Anglés me miró con rabia. Aquel imbécil podía reconocer sin problema

haber degollado a una mujer a sangre fría, pero le costaba decir que le gustaban los hombres. Se había criado en un mundo, los barrios bajos de Valencia, donde ser homosexual era peor que ser un ladrón o un asesino.

– Rubén secuestraba a mujeres: era un sádico. Yo nunca participé en sus juegos, lo creas o no. Dejé de ser un analfabeto. Aquel encierro fue para mí una segunda oportunidad, me aficioné a la lectura y crecí como persona. No sabré palabras complicadas de esas que conoce una gran abogada como tú pero me puedo defender en una conversación. Mejoré como persona y solo tuve dos parejas en todo ese tiempo. A ambos los encontré a través de la agencia de modelos. Asumí muchos riesgos con aquellas relaciones.

– Ahora resultará que eres un santo. ¿Y la chica de las braguitas de encaje rojo de la que has hablado otras veces? ¿Esa que violaste?

– No, no soy un santo. Tienes razón. La historia que te conté es anterior a los crímenes de Alcasser. De la época en la que aún luchaba por descubrir mi verdadera sexualidad. Violé a mi novia y la dejé encerrada en una habitación. Por eso me mandaron a la prisión de Lugo. Supongo que ya sabrás que huí durante un permiso y estaba en busca y captura cuando pasó lo de las niñas.

– ¿Y las dos personas que me dijiste que habías asesinado? Un hombre y una mujer.

Anglés frunció el ceño. Le dolía recordar.

– No creas que voy a eludir mi responsabilidad. Los dos hombres que habéis hallado... yo... yo... también los retuve contra su voluntad. Los secuestré, por supuesto, pero tras un tiempo los dejaba libres. No estaban atados y podían disfrutar de una cierta libertad. No como las prisioneras de Rubén.

Una vez más, el alcance de mi error a la hora de juzgar a mi exnovio quedaba patente. Si Anglés no mentía, yo había pasado tres años de mi vida con un psicópata de manual. Uno de esos que tienen a niños enterrados en el jardín mientras la idiota de su esposa duerme a pierna suelta.

– ¿Y cómo murieron tus “parejas”?

– El primero murió cuando intentaba escapar. Fue el año 2001. Hace mucho tiempo.

– Ahora me dirás que se cayó por las escaleras.

– No, ya te dije que he cometido dos asesinados. Estrangulé a Ricardo cuando intentaba acceder a la planta cuarta para desde allí bajar a la calle. No podía dejar que se marchase.

Antonio decía la verdad. Me miraba a los ojos y no escondía los malos actos que había cometido.

– ¿Y tu segunda pareja?

– Murió en el incendio. Me desperté en medio de un humo que me asfixiaba. Gabriel estaba en el suelo del salón de la planta sexta. Le había caído un armario bajo encima y estaba cubierto de astillas y de cascotes. Ya no respiraba y las llamas comenzaron a rodearme. Escapé por los pelos.

Ahora lo comprendía todo. No había un asesino dominante y un sumiso, eran dos asesinos que compartían guarida.

– Pero has dicho que mataste a Verónica Planas. Supongo que ese es el otro asesinato al que te referías.

Antonio bajó la cabeza. Bufó como un animal herido.

– No te puedes imaginar lo que Rubén le había hecho a esa chica. Mucho peor que lo que he leído que les hicieron a las niñas de Alcasser. Gabriel no podía soportar más vivir allí, discutíamos mucho y yo comenzaba a estar asqueado. Mi pareja me amenazó con suicidarse. El nivel de sadismo de Rubén iba cada día a más. Degollé a Verónica en un acto de piedad. Fue la noche antes del incendio.

En una cosa se equivocaba Antonio. Sí sabía lo que le habían hecho a Verónica. Era el único cuerpo que teníamos hasta ahora y conocía cada una de las torturas que le infligieron. Sadismo mayor, lo llamaban los expertos. Fuera como fuese, ahora quedaba claro en qué circunstancias se había producido el incendio. Inglés me estaba dando a entender que su cómplice perdió los nervios y habría querido matarle por venganza, por detener la agonía de su último juguete sexual. Rubén, después de prender fuego a Las Águilas, se llevó el cuerpo de Verónica (tal vez no tuvo tiempo de emparedarla o lo hizo en un arrebato). Y la tiró a la basura sin saber que Inglés había sobrevivido y estaba huyendo hacia la playa. Poco tiempo le duró esta vez su huida.

¿Había pasado así? ¿O fue fortuito? ¿Fruto de un raptó de ira? ¿O el incendio comenzó en otra planta, en alguna de los inquilinos? ¿Qué tipo de

relación malsana desarrollaron Inglés y Rubén con sus amantes y juguetes sexuales humanos retenidos? Si en unas semanas en Gran Hermano la gente a veces parecía actuar como enloquecida era imposible saber qué dinámica se desarrollaría en un encierro de varias décadas. Demasiadas preguntas, muy pocas respuestas. El subcomisario Vela tendría mucho trabajo para rellenar los huecos. Aunque daba lo mismo, al menos para mí.

– Lo que no entiendo es por qué Rubén te ayudó cuando ingresaste en prisión. Me parece que no acabasteis muy bien, por lo que me cuentas. Ya no erais amigos. ¿O sí?

Inglés movió la cabeza a un lado, luego al contrario. No era una negación, sino un gesto con el que me desautorizaba, revelando de nuevo que me creía demasiado ingenua.

– Yo sabía demasiado sobre él y los cadáveres que ocultaba en su antigua casa. Bastante suerte tuvo de que los bomberos no descubrieran el cadáver de Gabriel. No podía reconstruir el edificio de las Águilas porque estaba repleto de cadáveres emparedados. Por lo que no tenía dinero, ni a donde ir, y yo podía con una llamada meterle en prisión cuando quisiera. Le prometí que si me ayudaba a encontrar a quien me inculpó y a los verdaderos asesinos de las niñas, esos cabrones que me habían jodido la vida, que nos habían jodido la vida a los dos en realidad... bueno, si lo hacía yo me olvidaría de Rubén Yacer. Vivimos muchos años juntos, por si no lo recuerdas. Yo tengo muchos defectos, pero tengo palabra. Él lo sabía.

Hizo una mueca y curvó los labios, como si estuviese recordando una broma privada. Entonces añadió:

– Para él fue un reto parecer una persona normal, cortejar a las otras abogadas y luego convivir con la tonta que se creyó sus mentiras. ¿Sabes que lo de “señorita gran abogada” es un apodo que se inventó él? Se reía de la gran Gloria Goldar a sus espaldas.

No necesitaba saber nada más. Ahora entraría en el locutorio el subcomisario Vela y se llevarían a Inglés para interrogarlo sobre la nueva casa de los horrores. No quería que me humillasen más, ni sentirme culpable de nuevo. Mi parte en aquel drama se había acabado.

– ¿Ya te marchas? –dijo Inglés, al ver que me incorporaba.

– Aquí ya no tengo nada más que hacer.

– ¿Y tu palabra, señorita gran abogada? ¿De verdad me vas a dejar tirado con el caso Alcasser?

– No hay caso Alcasser. Ya no.

– ¿Has investigado al tipo que apareció carbonizado en el coche? ¿Ese tal Mejía? – dijo entonces Inglés –. ¿El que mató Rubén mientras perseguía a los verdaderos asesinos de las tres niñas? Si lo haces tal vez consigas...

– No voy a seguir investigando. Te he cazado a ti que era en el fondo lo que quería. Nuestro acuerdo ya no vale nada porque no te van a dar el tercer grado. No puedes chantajearme con la posibilidad de salir de nuevo a la calle. Pasarás el resto de tu vida entre rejas, así que aquí se acaba nuestra relación.

– Pero esas niñas... Yo creí que te importaban.

– Como bien sabes el asesinato está prescrito. No voy a indagar más en ese pozo de mierda. Un amigo mío al que pronto vas a tener la suerte de conocer, me ha aconsejado que no lo removiese y esta vez le voy a hacer caso.

Inglés se echó a reír. Una carcajada estruendosa. Luego se echó la mano al pecho, como si le doliese. Su voz sonó rota:

– ¿Crees que no habrán matado a nadie más? ¿Crees que la gente como Rubén o los asesinos de las niñas se detienen? Tu novio mató a cuatro chicas mientras vivió contigo en Madrid. ¿Sabías eso? ¿Crees que los tipos que mataron a las niñas se fueron a sus casas y nunca más han vuelto a torturar a nadie? Pueden haber asesinado a diez, a quince o a veinte. Y a ti no te importa. Yo creí que...

Me levanté y comencé a caminar hacia la puerta. Le hice una señal a un guardia, que la entreabrió. Inglés estaba chillando:

– ¡Yo creí que te interesaba la verdad! ¡Que querías hacer justicia!

Seguí caminando feliz de oír la voz de Inglés cada vez más alta, cada vez más desesperada. No temía a nada y estaba a punto de morir. Antonio solo deseaba que aquellos que habían asesinado a las niñas le acompañasen en su caída. Pero aquel caso, ya lo he dicho muchas veces, me venía demasiado grande. No había pruebas contra nadie, ni un maldito indicio. No había nada.

– ¡El muerto! Investiga a Mejía. Me lo debes. Todos me lo deben. Por esos treinta años que estuve encerrado en Las Águilas. ¡O por los casi siete años

que llevo aquí! –Anglés se desgañitaba, golpeaba la mesa y el muro de cristal. Y lo siguió haciendo hasta que los guardias vinieron a reducirle.

No sabía que ya había investigado a mi antiguo confidente. Y que lo haría con más insistencia aún las semanas siguientes. Pero era un callejón sin salida. Un drogadicto más de las calles de Valencia, alguien con una infancia de maltrato como Ricart y tantos otros, alguien que en la época de la muerte de las niñas tenía quince años y una larga ficha policial por diversos delitos, desde robo de bolsos, a asalto con violencia.

– ¡Putas, putas zorra y estirada! No te importa nada más que tú misma. ¡Vas a dejar el caso más importante de la historia de este país sin resolver!

Entonces me volví. Anglés seguía forcejeando con los guardias. Los ojos inyectados en sangre. Llegué a temer que le diese un infarto allí mismo.

– El caso más importante de la historia de este país es el de Las Ocho... Las Siete de Badalona, un grupo de jovencitas inocentes que van a encontrar emparedadas en un edificio en ruinas en la Barceloneta. Con Rubén fallecido, esas muertes te las cargarán a ti en solitario. Y el segundo más importante, el de Las Niñas de Alcasser, también está resuelto. Tú eres el monstruo detrás de esos dos horrendos crímenes. Así pasarás a la historia y cuando mueras el país entero suspirará aliviado. Y yo la primera.

Seguí caminando, le oí gritarme una vez más “puta” y luego "No vales nada. ¡No eres nada, me oyes!". Pero luego su voz fue desapareciendo y cuando la puerta se cerraba a mi espalda apenas quedó un rumor, un chillido, un alarido de rabia infinito que por fin se volvió inaudible.

En ese momento pensé que nunca más oiría la voz de Antonio Anglés, ni volvería a verlo.

Una vez más, me equivocaba.

22

Se había convertido en una costumbre charlar un rato en el parking de la prisión de Albocasser con Javier. Me senté en mi coche, leí unos mensajes en el móvil y le esperé escuchando música clásica en la radio. No era El Capricho de Rimsky Korsakov, pero las Goyescas de Granados tampoco estaban mal. Además, el sonido del piano me relajó tras la discusión con el monstruo.

He de reconocer que casi me duermo. Acaso acabara en ese duermevela en el que estás soñando y despierta a la vez. Abrí los ojos. Javier estaba a mi lado, de pie junto a la ventanilla de mi Volkswagen. Me miraba dulcemente. Supe que se estaba conteniendo y que en su fuero interno deseaba acariciarme la mejilla. O tuve ese palpito. Yo y mis palpitos. Siempre poniendo límites o trastocando mi percepción de la realidad.

– Ya no soy el abogado de Inglés.

– ¿Lo has dejado?

– Digamos que de mutuo acuerdo. Le he dicho que no quería seguir defendiendo a una bestia como él y Antonio me ha mandado a tomar por culo. Todos contentos.

Bajé el volumen de la radio. Le devolví la misma mirada dulce que él me había lanzado hacía un momento.

– Ahora que ya no le defiendes me pareces hasta más guapo.

– Nunca seré un hombre guapo.

– Permítame que disienta.

Nos sonreímos como los dos niños que fuimos una vez.

– ¿Y tu amiga?

– ¿Alessandra? Se fue a urgencias con su novio. Rubén le disparó en el brazo. Pero me acaba de mandar un mensaje desde el hospital. La bala ha entrado y salido. Sin daños internos. Mauro, que parece que es tan cabezón como nosotras, ha pedido el alta nada más salir de quirófano. Van camino de la casa de sus padres, a celebrar nuestra victoria sobre las fuerzas del mal, eso me escribió exactamente. El padre de Mauro tiene una casa en la Valencia interior, cerca de Játiva creo que me ha dicho. Pasarán unos días de vacaciones. Se lo merecen.

– Conozco la zona. Mi madre era de Chella.

– ¿Chella?

– Chella. La Canal de Navarrés. A 20 kilómetros de Játiva.

– Creo que soy un poco inútil en geografía de la zona.

– Será en la única cosa en la que lo eres. Porque ahí dentro has hecho trizas a Antonio. Y se lo merecía.

Fruncí el ceño, pensando en lo que acababa de suceder en el locutorio. Yo no tenía las cosas tan claras como Javier.

– No tengo la sensación de haberle hecho trizas. Hay muchas cosas que se han quedado en el aire, cosas sin explicación que me temo que jamás se podrán resolver.

– ¿A qué te refieres?

Me mordí los labios mientras ponía en orden mis pensamientos. Ciertos aspectos del caso no terminaban de cuadrarme. El acuerdo entre Inglés y Rubén para empezar. Mi ex novio había corrido demasiados riesgos para vengar a un moribundo. ¿Habían sido pareja durante su cautiverio? ¿Se debían más cosas de las que Antonio me confesó? Cuando Rubén comenzó a matar ya debía ser consciente que terminarían dando con él. Había puesto la venganza de Inglés por encima de su propia seguridad. Había enfocado su existencia (¡durante años de fingimientos conmigo y otras mujeres!) en aquella búsqueda de los que habían asesinado a las niñas. Para luego arriesgar la libertad y la vida para castigar a los culpables. De cualquier forma, solo dio con Mejía, eso si mi confidente realmente estaba implicado. Otra cosa que nunca se

sabría con seguridad.

De pronto, comprendí que Rubén tenía la sensación de haber estado tan preso como el propio Inglés en aquel viejo edificio de la Barceloneta. Por eso lloraba, tal y como comentaban los testigos tras el incendio (feliz por lo que había hecho, triste por lo que había perdido). Llegó un momento que no pudo salir de ese universo malsano que habían creado y terminó culpando a los que habían matado a las niñas y puesto en marcha aquella cadena de acontecimientos. Esa podía ser la explicación. Pero había otras posibilidades. Tal vez nunca se sabría toda la verdad, como no se sabía por qué Fred West mató a buena parte de las chicas que emparedó en Gloucester ayudado por su esposa. Casos como aquellos no terminaban nunca. Daban vueltas en la cabeza de los investigadores para siempre. Sin embargo, había algo que me torturaba, la única incógnita que necesitaba conocer.

– ¿Por qué Rubén quiso matarme? –pregunté a Javier– No podía escapar, su cara estaba en todas las portadas de los periódicos y en los programas de la tele. ¿Y decidió que su último acto en la tierra debía ser acabar conmigo? ¿Tanto me odiaba? ¿Por encontrar el edificio de Las Águilas, su maldita casa de los horrores? ¿O ni siquiera lo sabía y quiso matarme por alguna otra razón?

Javier estaba boquiabierto.

– No sabía que intentó matarte ni tampoco que tu guardaespaldas había resultado herido hasta que me lo has dicho hace un minuto. Yo... no sé, Glori. Tal vez Rubén pensaba que no sería su último acto en la tierra, que se saldría con la suya y seguiría con su venganza.

– Una explicación demasiado sencilla. Algo no cuadra. Lo percibo. Pero estoy harta de dejarme guiar por mis pálpitos. Estoy harta de esta historia y de este caso, de los dos casos, Alcasser y Las Siete de Badalona. Lo dejo.

Arranqué el coche. Le guiñé un ojo a Javier.

– ¿Recuerdas dónde nos dimos el primer beso, Javi?

– No sé, ha pasado tanto tiempo...

– ¿De verdad?

– Era broma. Siempre que paso delante del viejo ambulatorio se me escapa una sonrisa. Te pedí que fueses mi novia. Me dijiste que sí y fuimos

cogidos de la mano hasta el huerto de naranjos que había al final del pueblo. Entonces... sencillamente pasó.

– Podríamos tomarnos algo por allí, en cualquier local. Comenzar a hablar como si nos hubiésemos encontrado de casualidad, sin caso Alcasser ni ninguna otra cosa que nos distraiga.

– Suena genial, Glori. Justo al lado hay un bar de tapas que...

Pero de nuevo el destino tenía otros planes para nosotros. La frase de Javier quedó en suspenso. El subcomisario Vela se acercaba corriendo mientras gritaba:

– ¡No se vaya! ¡No se vaya, señorita Goldar!

Cuando llegó delante de mi coche se detuvo largamente a recuperar el resuello. Bufaba como si fuese a salirle el corazón por la boca. Un casi jubilado como él no debería hacer un esfuerzo semejante.

– La necesito.

– ¿Pasó algo con Inglés?

No sé por qué, lo primero que se me pasó por la cabeza es que le había dado un infarto mientras lo interrogaban. Pero nada más lejos de la realidad.

– Zarzo se ha quedado al cargo del primer interrogatorio. Usted y yo tenemos que ir a otro lado.

Y sin más ceremonia, abrió la puerta del acompañante y se sentó. Ante mi gesto de estupefacción dijo:

– La orden viene de arriba, del propio ministro del interior. Confía mucho en usted, por lo que parece. Y la necesita. Me lo ha dicho por teléfono. Ya ve, un capitoste llamando a un humilde policía. Parece que la cosa es bien gorda y el ministro ha pensado en Gloria Goldar para resolverla.

Un deje de ironía, pero nada comparado con otras veces.

– No conozco al ministro y nunca he hablado con él.

Vela pareció pensar un momento a la luz de aquella revelación. No pareció extrañarse mucho.

– Usted no conoce a los políticos. Le diría a uno de sus secretarios de estado, y este a su vez a una de sus ayudantes, que la llamase para felicitarla. Ella hablaría con cualquiera de su asociación Egeria. Al ministro le llegó un informe de la charla y más tarde afirmó en rueda de prensa que había hablado

con usted largo y tendido, tanto que se había quedado asombrado de sus capacidades. Esa gente tiene una rara capacidad para creerse sus propias mentiras. Ahora realmente está convencido que habló con usted y que es una persona muy capaz, la ideal para tratar asuntos de una naturaleza delicada. Casos como este que acaba de surgir.

– ¿Un caso nuevo? Yo no quiero investigar nada en un tiempo. Mejor será que le diga...

– Me han ordenado que la lleve a Aldaya a la mayor brevedad. Una vez allí usted decida lo que quiera. Si nos damos prisa igual encontramos al ministro o a uno de sus secretarios de estado. O tal vez estén en Madrid y quien acuda sea uno de sus ayudantes. Y mañana podrá decir nuestro amigo a los medios que ha vuelto a hablar con usted. Y se lo creerá.

Como veía que dudaba, añadió:

– Venga. Sabe que no tenemos otra opción. Si yo pudiera elegir, ¿cree que escogería ir a ningún sitio con usted? Aunque la forma en que resolvió lo de Barcelona me ha dejado sorprendido, se habrá dado cuenta de que no es la persona que me caiga más simpática de este mundo.

– El sentimiento es mutuo, subcomisario – repuse.

Arranqué de mala gana. Mi último recuerdo de la cárcel de Albocasser es el de Javier despidiéndose agitando triste una mano. Era el muchacho desvalido y dulce que siempre había sido.

Suspiré y apreté el acelerador hasta el fondo.

UN DOBLE EPÍLOGO

1. Alessandra

Alessandra cerró los ojos e inspiró profundamente. Le encantaba el paisaje. Habían subido por una carretera escarpada por la sierra de Enguera, hasta la línea del horizonte una inmensidad de pinos, robles y fresnos. Cuando habían llegado a su destino, sin embargo, el lugar no le pareció gran cosa. Una piscina sin agua, una caseta de construcción sencilla, de unos 40 metros cuadrados, con un salón, una habitación, una cocina y un baño. Pero era una finca donde se respiraba paz. Mauro y ella pasearon un rato, recogieron setas y se dedicaron a dejar pasar el tiempo. Sin más. Pudieron, tras varias semanas de sobresaltos, cadáveres y obligaciones que nunca acababan, tener un rato para sí mismos.

– ¿Vamos a dar otra vuelta por la finca? – le preguntó Mauro después de comer –. Mi padre aún tardará en llegar y podríamos...

– Prefiero terminar el trabajo. Es una manía que tengo hace mucho tiempo. Cuando un caso se acaba quiero dejarlo todo cerrado.

Mauro se acercó y le acarició la cara. Se inclinó y la besó dulcemente.

– Pero si el caso está cerrado. Bueno los dos casos, el de Alcasser y el de las chicas que desaparecieron en Badalona.

– Sí, ya lo sé. Pero precisamente por eso pongo todos los informes juntos, ordeno los datos que hemos recabado, todas las pistas y los indicios, y los guardo en una carpeta de mi iPad. He aprendido a base de palos que es una cosa que hay que hacer, aunque sea un coñazo. Sí, eso es. Un maldito coñazo – Alessandra rió–. Pero vale la pena. Porque tarde o temprano surge una entrevista, o un nuevo caso relacionado, o sencillamente queremos consultar algo de lo que pasó.

– Pero ha salido el sol y hace un día estupendo. Podríamos...

– Hazme caso. La memoria es un lugar muy frágil, amor. Hoy revisaré toda la información, la dividiré en subdirectorios repletos de Words y Excels, documentos escaneados en PDF y unas cuantas fotos. No más de dos horas para dejarlo todo ordenadito. Esa sencilla tarea me ahorrará días o incluso semanas de trabajo más tarde. No hay nada peor que un informe desordenado.

Te lo puedo asegurar.

Alessandra levantó la vista y vio la decepción en el rostro de su amante. Tenía todavía el brazo en cabestrillo y debería llevarlo así al menos un mes. Al final la herida había sido mucho menos importante de lo que parecía en la gasolinera pero, ¡maldita sea!, era un disparo y, por muy fuerte que fuese aquel coloso, no dejaba de ser humano.

– Te compensaré por la espera – dijo ella, guiñándole un ojo–. Ya sabes que valdrá la pena.

Pero Mauro se alejó tristemente, no demasiado convencido. Alessandra dejó una copa de vino sobre una mesa baja con motivos ornamentales en forma de ramas de sauce. Luego volvió al trabajo con cierto sentimiento de culpabilidad, pero sabía que era algo que debía hacerse. No podía tomarse unas vacaciones y que los sucesos se enfriasen en la retentiva, obviando sucesos importantes y sobre todo las interacciones entre los mismos. Su experiencia le decía que estaba haciendo lo correcto y ella, más allá de su actitud díscola, era una buena profesional. Así que sacó su tableta, le conectó un teclado externo, y comenzó a trabajar en los hechos que había vivido, desde el principio de las investigaciones hasta su conclusión. A veces levantaba la vista y veía a Mauro sentado junto a la piscina vacía, esperando. Parecía contemplar el fondo, abstraído en sus pensamientos. Le había contado durante la comida que se cayó en aquella piscina siendo niño y que cojeó más de un año. Fue en la época en que desaparecieron las niñas de Alcasser. Aquella historia le traía recuerdos tristes y Alessandra decidió no preguntar nada más. Mauro era un hombre con aristas, mucho más complejo de lo que aparentaba con su musculatura esculpida en un gimnasio.

Lentamente, pasó la primera hora. Los pájaros silbaban tonadillas bajo un calor pegajoso. A Alessandra le pareció incluso ver a un águila real levantando el vuelo y por primera vez se arrepintió de no estar disfrutando de la naturaleza junto a su hombre. Suspiró y siguió tecleando.

– ¿Dígame?

Había sonado su móvil. Era Gloria. Al otro lado de la línea una voz cansada le habló de una extraña historia sobre un viaje relámpago de Castellón a Aldaya, de un nuevo caso que acababa de surgir y del que todavía

no sabía nada.

– En cuanto llegue te vuelvo a llamar y te explico qué demonios está pasando – dijo Gloria.

– No me jodas – dijo Alessandra, sin poder evitar el exabrupto –. Quería tomarme unas vacaciones y estar con Mauro al menos durante su convalecencia. Le han pegado un tiro mientras te defendía, por si no te acuerdas.

– ¿Piensas que yo no necesito unas vacaciones? Todavía no sabemos de qué va todo esto. En cuanto tenga más datos te informo.

– Me da igual. Procura mantenerme al margen. Mauro no está muy contento con nuestro primer día juntos porque lo estoy dedicando a ordenar estos malditos informes para tu Asociación. Si cuando termine le digo que tengo que salir pitando para comenzar con otro caso, igual me quedo sin novio.

– Lo entenderá.

– Un huevo lo entenderá. Es un hombre.

– Pues ahí igual tengo que darte la razón.

Encontraron la manera de reírse incluso en una situación como aquella, pero cuando colgó Alessandra tenía una sensación ominosa, de mal agüero, la impresión de que algo estaba a punto de salir rematadamente mal. Al final resultaría que ella también tenía pálpitos como Gloria.

– Lo siento. Pero no cuentes conmigo – dijo en voz alta a un teléfono sin nadie al otro lado que la escuchase.

Y volvió al trabajo.

El axioma profesional de Alessandra era, como siempre, la Navaja de Occam. Le gustaban las explicaciones claras y sencillas, nada de complots ni conspiraciones ni explicaciones extrañas. Todo simple y bien expuesto, sin elucubraciones absurdas. Solo tenía que poner en su sitio cada suceso, colocarlo en el conjunto y apagar su tableta.

Pero no le fue posible.

La primera cosa que no le encajó fue el archivo con los datos de Rubén Yacer. Descubrió ojeando en su currículum que fue tirador profesional. Estaba federado e incluso había estado a punto de clasificarse para los Juegos de Atlanta de 1996 en la modalidad de pistola olímpica. Llamó a Ernest, el

conserje jubilado del edificio de Las Águilas, que le confirmó que Rubén apenas salía de casa. Pero que cuando lo hacía era para practicar en el club de tiro de Montjuïc.

– ¡Qué raro que fallase el tiro que disparó a Gloria a tan solo tres metros!
– dijo de nuevo Alessandra en voz alta.

La Navaja de Occam vibró. La explicación más sencilla era... era...

“Tal vez se puso nervioso”, se dijo a sí misma. A nadie le gusta disparar a quien ha compartido la cama contigo tres años enteros.

La segunda cosa que no le cuadró surgió casi de casualidad. Estaba cerrando las biografías de todos los que habían participado en la investigación. Incluyó a Mauro Llorens medio en broma medio serio, tal vez por cariño, tal vez por culpa de ese maldito pálpito que la dominaba. Buscando datos biográficos de su familia descubrió que Jaime Llorens, su padre, no era solamente el propietario de una agencia de seguridad. Eso es lo que le había dicho el propio Mauro. Pero no se trataba de una pequeña agencia, como había dejado entrever. Jaime era el accionista mayoritario de la agencia más importante de España, con filiales en todas las ciudades del país. La Asociación Egeria trabajaba con Pignus Sécurité, una pequeña agencia de confianza de Gloria, cuya sede estaba en el mismo barrio en el que vivía en Madrid. Una empresa diminuta enfrentada al gigante que dirigía Jaime Llorens.

– ¿Porque Mauro dejó la agencia de su padre, se cambió de ciudad y se apuntó a una agencia de tercera categoría?

La Navaja de Occam buscó una solución simple, nada rebuscado, el tipo de soluciones que a ella le gustaban.

Bueno, podía ser perfectamente que prefiriese no trabajar para su viejo. Eso lo entendía. Su padre había intentado que ella trabajase en el pequeño ultramarinos que regentaba en Nápoles. Aguantó dos días antes de irse y en adelante prefirió hacer cualquier trabajo que volver al negocio familiar. Era joven y durante los veranos se ganaba un dinero para ayudar a su familia a pagar la carrera de derecho y para sus pequeños vicios. Pero de cualquier manera eligió ganar menos a volver a ordenar latas de atún bajo la mirada de su progenitor.

Estaba a punto de expresar en voz alta una tercera duda cuando Mauro

regresó al interior de la caseta.

– Mi padre ha venido con Salvador, un amigo de toda la vida. Es como si fuera mi tío. Vamos a picar algo. Les he dicho que estás muy ocupada pero que te queda poco. Cuando acabes te unes a nosotros y te los presento. ¿Te parece?

– Claro. Tengo ganas de conocerlos. Ya me falta poco para acabar. Gracias por ser tan considerado.

Mauro se marchó con la cabeza gacha. Alessandra tomó un sorbo de su copa de vino y volvió los ojos hacia su iPad. Había otra cosa sobre Jaime Llorens que no sabía, algo que deberían haber preguntado a Mauro, un detalle nimio pero que no habían indagado ni ella ni Gloria.

– ¿Cómo llegó a oídos de Jaime los problemas de Luisa Sanchiz con la guardia civil?

Sí, Mauro les había dicho que antes de dedicarse a la seguridad su padre era concejal en un pueblo cerca de Tous y La Romana. Pero igualmente, ¿cómo lo supo? ¿Era de dominio público algo tan delicado? ¿Un cotilleo que se escuchaba en los contornos? ¿Acaso eran Jaime y Luisa amigos? La propia Luisa había dicho que Jaime la había llamado para comentarle que irían a verla. Fue la primera vez que estuvieron en su casa en Silla. Quizás debiera preguntar a Mauro qué relación tenían los Llorens exactamente con la familia Sanchiz.

Se levantó y se asomó a la ventana que presidía el pequeño salón-comedor donde estaba trabajando. A unos cincuenta metros, junto a una vieja mesa de madera labrada, había tres hombres. Mauro y dos viejos de pelo blanco, uno de ellos casi completamente calvo. Este último le pareció conocido. Distinguió su camisa blanca y algo en su gesto le reafirmó en la idea inicial: lo había visto antes. No sabía dónde, pero lo había visto en alguna parte. De pronto, de una forma intuitiva, como si una ráfaga de claridad traspasase su cerebro, sintió que estaba en peligro, y la dominó el miedo, un miedo intenso y cervical, tanto que le temblaron las piernas.

– Así deben ser los pálpitos que tiene la majara de Gloria –murmuró... y se echó a reír. Pero la carcajada se heló en su boca.

La parte de ella que era puramente racional, aquella que se apoyaba en la Navaja de Occam, luchó contra aquella percepción.

– Esto no es un pálpito, no es más que paranoia –añadió–. Llevo tanto tiempo investigando muertes, asesinos en serie, torturas y mujeres emparedadas que comienzo a ver fantasmas en todas partes.

Pero las dudas persistían, dudas lógicas y reales. Aunque algo reacia, Alessandra se permitió abrir, en el último subdirectorío de su informe, un archivo en formato Word llamado precisamente así: Dudas. De esta forma, el bueno de Occam daría explicaciones a los cabos sueltos.

DUDAS

**1- Si Rubén no falló el disparo, ¿realmente pretendía matar a Mauro?
¿Por qué querría hacer algo semejante?**

**2- ¿Mauro acudió a la agencia de seguridad con la que trabajamos en Egeria para que le asignaran el puesto de guardaespaldas de Gloria?
¿Expresamente? No me costaría mucho saber si su padre pidió como un favor personal a los jefes de Pignus Sécurité que le dieran a su hijo el puesto. Si fuera así, ¿qué significaría todo ello?**

3- ¿Qué relación tenían los Llorens con los Sanchiz? ¿Si investigo descubriré, por ejemplo, que Luisa limpiaba también en la alcaldía del pueblo donde era concejal Jaime? ¿Eran amigos o conocidos en la época que desaparecieron las niñas? ¿Cómo había conseguido realmente Luisa los dos trozos de papel rotos, la famosa receta del hermano de Antonio Inglés? Ella dijo que los encontró en la basura durante una sustitución que había hecho en la central de la policía en Valencia. ¿Era creíble pensar que había tenido tanta suerte, que realmente Dios estaba detrás de aquella casualidad, como ella había afirmado? ¿O alguien había forzado la casualidad, alguien le había dado la receta en mano para que se vengase, alguien que necesitaba unos chivos expiatorios?

4- Fueron cuatro hombres los que se llevaron a las niñas. Uno tenía el cuerpo delgado como un niño y cojeaba, según declaró una testigo. Exactamente como debía ser Mauro en aquella época, un niño de once años de más de metro setenta y con una cojera temporal a causa de haberse caído en la piscina. Otro de los implicados podría ser Mejía, el

toxicómano. Otro, ¿tal vez el padre de Mauro?, y el cuarto... ¿algún amigo como el que había venido de visita? Ello encajaría además en la descripción de los encapuchados que persiguieron a Gloria y a Rubén en la Romana. Uno más joven y fornido que iba a buen paso (Mauro), y dos más lentos (un drogadicto que apenas se tenía en pie y un hombre de setenta años). El cuarto, otros de los ancianos, habría esperado en el coche.

Una idea le asaltó entonces. Una muy ominosa. ¿Por qué Mauro le había explicado aquel mismo día que cojeaba en la época en que desaparecieron las niñas? Es como si quisiese darle una pieza más del puzle, como si supiese que ella terminaría atando cabos y no valiera la pena disimular más tiempo. Como si ya hubiese decidido hacer algo al respecto y lo que ella descubriese le trajera sin cuidado. Las manos de Alessandra temblaban, pero aún seguían deslizándose sobre el teclado de su iPad. Todavía le temblaron más cuando, de nuevo guiada por aquel palpito, escribió otro número y esgrimió una última duda:

5- ¿Por qué los asesinos eligieron como lugar de enterramiento La Romana? Es evidente, a pesar de lo que diga la tesis oficial, que allí no fueron violadas ni torturadas las niñas. Entonces el lugar fue escogido porque al menos uno de los asesinos conocía bien la zona y...

Como movida por un resorte, Alessandra se alzó y regresó a la ventana. Ahora solo se veía a dos hombres, el padre de Mauro y su amigo. Al que le quedaban cuatro pelos, ese cabrón, ya sabía quién era. Era el chulo a caballo que la había insultado en La Romana. El que le había llamado puta, un ganadero que debía ser de aquella zona, que se paseaba por allí con sus amigos vigilando el ganado bovino que pastaba en las fincas cercanas. Un hombre que Mauro no dijo que conocía cuando se lo encontraron junto a la fosa de las niñas. El tipo de hombre que podría haber escogido aquel lugar para el enterramiento y luego organizarlo todo para inculpar...

¿Qué acaba de decir Mauro sobre aquel viejo cabrón? Se llama “Salvador, un amigo de toda la vida. Es como si fuera mi tío”. Y ni siquiera lo había saludado cuando coincidieron delante de la fosa donde aparecieron enterradas Miriam, Toñi y Desirée.

La Navaja de Occam esta vez no quiso buscar más explicaciones simples,

exculpatorias. Esta vez había algo que no cuadraba.

Se abalanzó sobre su teléfono móvil para llamar a la agencia de seguridad y preguntarles cómo había conseguido Mauro el trabajo. Luego llamaría a Gloria para hacerle partícipe de las ideas locas y absurdas que estaba teniendo. Ella, que era una experta en pálpitos, le diría si estaba perdiendo la cabeza o iba por el buen camino.

Alessandra se inclinó hacia la mesa baja donde estaba su copa de vino. Había dejado allí también su teléfono después de hablar con Gloria. Se dijo a sí misma que estaba loca, que lo que estaba pensando no tenía el menor sentido, que seguro que todo tenía una explicación. Pero entonces vio que su móvil no estaba. Recordaba haberlo dejado junto a la copa. Estaba segura. Se volvió, miró a derecha y a izquierda, hacia la mesita del televisor, el sofá, las sillas, el alféizar de la ventana. Entonces vio con el rabillo del ojo que los dos ancianos comenzaban a caminar lentamente hacia la caseta. Y Mauro seguía sin estar con ellos.

Por cierto, ¿dónde estaba Mauro?

– No busques el móvil – dijo una voz a su espalda –. Lo cogí antes sin que te dieras cuenta cuando vine a preguntarte si querías algo de comer. Deberías haber olvidado el informe. Te di varias oportunidades. No quería llegar a esto.

Alessandra se volvió y contempló a Mauro. Seguía con el mismo semblante triste. El mismo rostro de labios fruncidos y ojos brillantes que había visto cuando comenzó su trabajo. Entonces no se dio cuenta de que no estaba triste por quedarse solo durante unas horas. Estaba triste por otra cosa.

– Ya he terminado, amor. Si quieres voy a tomarme algo con vosotros. Tengo hambre y...

– Por favor, no insultes a mi inteligencia haciéndote la tonta. Es un papel que ambos sabemos que no te va.

Se escucharon unos pasos en la entrada de la caseta. Los pasos de dos hombres cansados, dos viejos mezquinos y corruptos hasta la médula. El primero era casi tan alto como su hijo, quizás algo menos, metro ochenta y cinco. Sesenta y muchos años. A su lado, Salvador, el cabrón que la había insultado en La Romana, sonriendo de oreja a oreja.

– ¿Y bien? – dijo este último mirando a Mauro.

–Sabía que cuando ordenase las pruebas y recapitulase sobre todo lo sucedido se daría cuenta. Alex es mucho más inteligente que Gloria. Solo que no tiene tanto afán de notoriedad y no se toma las cosas tan en serio. Al menos en el día a día.

– Una pena que no viva para tomarse las cosas en serio. Al menos las importantes –dijo Jaime.

– Las que te pueden costar la vida – terció Salvador.

Alessandra temblaba de pies a cabeza. Pensó en saltar por la ventana, que apenas estaba a metro y medio del suelo. Pero se encontraba en medio de la sierra, era casi de noche y tenía ante sí una masa forestal interminable, sin más edificios a varios kilómetros y un único acceso a través de una carretera privada. No escaparía. Además, si Mauro le había quitado el móvil también habría hecho lo propio con las llaves del coche. Estaba atrapada. Tal vez hubiera podido enfrentarse a dos hombres que debían rondar los setenta años, pero en la vida podría librarse de un hombretón como Mauro aunque tuviese un brazo incapacitado.

Muchas veces se había preguntado qué decían las víctimas de monstruos como aquellos a los que ahora enfrentaba, cuáles eran sus primeras palabras cuando cobraban conciencia de que iban a morir. ¿Pedían perdón? ¿Rezaban? ¿Tenían un ataque de ansiedad? No, no era así cómo iba a reaccionar Alessandra. A ella le fascinaba el conocimiento y la vida hasta aquel instante había sido un reto maravilloso, una fiesta que había disfrutado al máximo. Alessandra era un espíritu libre que saboreaba cada minuto y utilizaba el saber y la ciencia para completar el conjunto de sus experiencias. Así que hizo una pregunta.

– ¿Cuántas mujeres habéis matado desde las niñas de Alcasser?

La pretendida frialdad de Alex dejó sorprendido a Mauro. No era la pregunta de una víctima sino la de un alma fuerte a la que no podrían doblegar. Se alegró, aunque su rostro no mostró emoción alguna, tal y como le habían enseñado. Jaime Llorens dio un paso hacia la forense. Levantó la mano derecha para que viese que llevaba unas tenazas de carpintero. Alessandra intentó tragar saliva pero descubrió que era incapaz. Una lágrima resbaló por su mejilla derecha.

– Veintiuna – le informó Jaime. Su gesto no traslucía jactancia, ni ira, ni ningún otro sentimiento. Detrás de sus ojos no había nada: ni amor ni odio ni empatía ni deseo de venganza. Era la mirada de un sociópata y un asesino.

– Son muchas – dijo Alessandra. Le costó pronunciar cada sílaba.

– No creas. Además, lo exacto sería decir veinte. Tú serás la veintiuna – le explicó Jaime con el mismo tono de voz con el que un maestro le explicaría a su alumno una pequeña corrección en una suma–. Después del trabajo de Alcasser hemos sido más cuidadosos. No hemos repetido modus operandi, edad de las muchachas, nacionalidad ni provincia. Cada crimen era completamente distinto al anterior. Nunca han sospechado de nosotros. Hasta ahora. Inglés y Rubén tenían un buen plan y nos pusieron las cosas difíciles. Pero gracias a vosotras hemos salido bien librados.

– Tendríamos que haber matado nosotros mismos a Mejía hace años. Sabíamos que era el eslabón más débil – dijo Salvador.

– Es verdad. No te escuché y de nuevo te pido perdón –reconoció Jaime–. Yo mismo pensé en hacerlo cuando dejó de acudir a nuestras cacerías y se metió en la droga. Pero lo hecho... hecho está.

La forense contempló la tenaza en la mano del monstruo. El padre de Mauro era el verdadero líder del grupo. Se dio cuenta desde el momento que entró en la habitación. Jaime volvió la vista hacia su mano al percibir que ella contemplaba con terror el instrumento de tortura. Lo movió lentamente como si fuese el bisturí de un cirujano.

– Fue con estas mismas tenazas que arranqué el pezón de Desirée –expuso, con el mismo tono de voz neutro–. No he vuelto a usarlas desde entonces. Pero las he sacado de un cajón solo para ti.

Entonces Mauro y Salvador se pusieron en movimiento. Llevaban sendas tiras de cuerdas de esparto en la mano. Alessandra recordó que los asesinos de Alcasser las habían usado para atar precisamente a Desirée. Su mente de forense se dio cuenta de que seguramente habían usado aquel tipo de cuerda los últimos treinta años. En todos o la mayoría de sus crímenes. Tal vez por costumbre, por confianza en la forma de hacer nudos, por lo que fuera. Una cuerda nada común para aquel uso, ya que las había mucho mejores y más fuertes si lo que querías era inmovilizar a alguien. Hasta los asesinos más

inteligentes cometían errores. Si un día Gloria daba con su cadáver tal vez obtuviera la primera pista de un patrón de conducta criminal. Decidió que se comería un trozo de cuerda y pondría en funcionamiento la cadena de acontecimientos que un día llevaría a aquellos hijos de puta a la perdición. Cuando le hicieran la autopsia descubrirían el fragmento del rollo de esparto en su estómago y, entonces... entonces...

Sí, ella les destruiría desde la tumba.

– Lo siento – dijo Mauro.

En ese instante Alessandra no pudo soportar por más tiempo la tensión.

– ¡Cabrones! – chilló, e intentó escapar por la ventana, aunque sabía que Mauro era más fuerte, más rápido y más ágil, incluso estando herido. No llegó a saltar del alféizar al suelo. Una mano le cogió del pelo y la arrastró violentamente al interior.

Alessandra cayó al suelo con estrépito. El golpe le rompió una costilla. En ese momento, respirando con dificultad, se dio cuenta de que sus captores debían tener un plan más complejo que torturarla y asesinarla en el acto. Gloria sabía que estaba con Mauro y su familia. El guardaespaldas no podía presentarse y decir sin más que desapareció, que Alessandra se esfumó en la nada. Así que podía ser que no la mataran inmediatamente. Tal vez, para quedar impunes, la llevarían lejos, o le harían escribir una nota diciendo que había vuelto a Italia. O tal vez...

Pero dejó de pensar en posibles planes de sus torturadores cuando Jaime Llorens se inclinó sobre ella con las tenazas de carpintero en la mano y Salvador le abrió la camisa, intentando torpemente quitarle el sujetador.

Solo entonces comenzó a gritar.

2. GLORIA

Sin duda había una epidemia de móviles apagados o fuera de cobertura. Gloria se había apartado unos metros del cuerpo de la niña y llamaba compulsivamente a Alessandra. Pulsaba el botón verde, oía el mensaje del operador, pulsaba el rojo y volvía a pulsar para rellamar. Así hasta el menos una docena de veces.

¡Por el amor de Dios!, habían hablado apenas una hora antes. Alex había dejado claro que no le interesaba trabajar en un nuevo caso pero no esperaba que apagara el teléfono. Finalmente, tras una última llamada, decidió desistir y guardar el aparato en el bolsillo.

Gloria estaba nerviosa. Ponerla nerviosa no era cosa fácil. Y menos después de las pruebas que había superado en las últimas semanas.

– ¿Qué hacemos? –dijo el subcomisario Vela, que acababa de llegar tras hablar por radio con sus superiores.

– Vayamos.

El cadáver estaba a su izquierda, detrás de unos matorrales. El muchacho, el supuesto asesino, estaba a su derecha. Unos veinte años, rubio, vestido con un mono de trabajo sucio. Parecía tener una crisis de ansiedad o estar en shock. Se hallaba sentado en el suelo y se abrazaba las rodillas. Murmuraba “no pude contenerme” y alguna cosa más que no se entendía por completo.

Pero no era aquel joven lo que la preocupaba en ese momento.

Gloria avanzó unos pasos y entró en el cordón que había hecho la policía. No se detuvo hasta que pudo ver con claridad el rostro de la niña.

– Lleva muerta solo unas horas – le informó el subcomisario –. Por las marcas en el cuello creo que la han estrangulado.

La niña tendría doce años, tal vez trece. Era asiática y vestía un pantalón vaquero y una camiseta blanca con un diseño de arabescos estampados. Había una mancha extraña sobre el pecho de la chiquilla, como gotas o alguna cosa pegajosa que no pudo identificar. Tenía los ojos abiertos como si estuviese mirando hacia las nubes.

– Cualquier niño muerto es siempre una cosa terrible – dijo Gloria –. Pero no entiendo la prisa de las autoridades por traernos aquí. Ni la relevancia de este caso.

El subcomisario tenía la vista fija en la pequeña. Le temblaban los labios. Era la primera vez que perdía su pose de policía experimentado y mostraba emociones, esa humanidad que había detrás de aquel hombre prematuramente viejo.

– Nos han llamado no por el crimen en sí sino por lo que está murmurando el asesino.

Gloria miró en derredor. Se hallaban en un descampado delante del centro comercial Bonaire, en Aldaya. Tiendas, un Alcampo, multicines, todo lo que necesitan las familias para una tarde de ocio y de compras. Muchos curiosos venían a toda prisa desde los locales y comercios de los alrededores, atraídos como mosquitos ante las luces de los coches de policía. Muy pronto aquello sería un circo mediático como el caso Alcasser.

– ¿Y qué está diciendo?

– ¿Compruébalo tú misma?

Gloria caminó lentamente hacia el muchacho. Estaba sucio de barro, los pelos revueltos. Al verlo de cerca le pareció un poco más mayor, tal vez veinticinco años.

– Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo... – murmuraba.

– ¿Qué tuviste que hacer? – inquirió gloria.

El muchacho levantó la vista y clavó en ella sus ojos azules.

– Ya se lo he dicho a los otros policías.

– ¿Podrías decírmelo a mí también?

Los labios le temblaban al asesino cuando dijo:

– Tuve que matarla igual que hice con la otra niña, con Asunta. No pude contenerme. Prometí que no volvería hacerlo. Pero no pude contenerme. No pude contenerme. No pude...

Y luego comenzó a balbucear incoherencias. Finalmente volvió a hundir la cabeza entre las rodillas y se perdió en un mar de sollozos.

– ¡Por el amor de Dios! – exclamó Gloria, echándose las manos a la cara.

El caso Asunta había sido el más mediático de los últimos años en España.

Los padres de la niña habían sido condenados por el asesinato de la pequeña pese a que muchas de las pruebas de la acusación siempre fueron, cuando menos, discutibles. Sin embargo, había una diferencia muy grande con el caso Alcasser. La opinión pública siempre les había considerado culpables, todo lo contrario que a Inglés y a Ricart.

Nadie en su sano juicio querría meterse en un lodazal semejante. Y menos después de haberse enfrentado al caso de las niñas. Se trataba de otra investigación controvertida en la que habría que revisar la actuación de la policía y de los jueces. Otra vez se hallaría en el ojo del huracán.

– No quiero tener nada que ver con esto – dijo Gloria.

– Eso tendrás que decírselo en persona al ministro. Me acaban de avisar por radio que llegará en unos minutos. Esta vez de verdad. Sin mentiras ni intermediarios.

Gloria suspiró. Aquello significaba que probablemente tendría que implicarse. La Asociación Egeria les debía muchos favores a los políticos. ¿Quién no le debía algo a alguien en un país como España donde todo gira en torno al nepotismo?, ¿un país donde vales lo que valen los amigos que tienes?

– Esto es una putada –concluyó, acaso como resumen de la situación presente.

Vela estuvo de acuerdo con ella. Y añadió:

– Si no hubieses resuelto de forma tan brillante el caso de Badalona y el asunto del tercer grado de Inglés... no estarías metida en este lío

El subcomisario había hablado sin verdadera ironía. Solo constataba un hecho. ¿Cómo era el refrán? Ah, sí: “Ninguna buena acción queda sin castigo”.

Porque a veces hacer las cosas bien te pasaba factura. Las personas grises, las que nunca destacaban, no sabían la suerte que tenían.

– Los capitostes creen que solo tú podrás llevar este asunto con la mano izquierda y la discreción necesarias. –El subcomisario la había tuteado por primera vez, lo que Gloria no supo interpretar como algo bueno o algo malo– Y a mí me han metido también en este embolado por cruzarme en tu camino. Creen que hasta ahora hemos trabajado juntos y que somos uña y carne. No he podido sacarles del error porque los capitostes de muy arriba solo hablan y nunca escuchan.

– Entiendo lo que quieres decir.

Vela negó con la cabeza.

– Lo que de verdad quiero que entiendas es que no eres la única que está metida en un lío que no deseaba. Estamos en esto juntos.

Los curiosos comenzaban acudir al tropel desde los alrededores del centro comercial. Un enjambre de bocas que murmuraban, de niños que chillaban, de voces que se alzaban y se contradecían.

“¿Qué ha pasado? ¿Por qué hay tantos policías? ¡Una niña muerta! ¡Corre, corre a ponerte en primera fila!”.

Gloria levantó la vista y contempló al gentío ávido de sensaciones, de cadáveres y de sensacionalismo. Resopló y dijo:

– ¿Y qué crees que va a pasar, Ángel? Dime la verdad.

La luz de un flash la deslumbró. Alguien estaba haciendo fotos. Una mujer chilló al entrever el cuerpo de la niña y un grupo de personas a la carrera estuvieron a punto de tirar una de las cintas de balizamiento que había puesto la policía.

– Este caso va a hacer que nos llegue la mierda hasta el cuello –dijo el subcomisario Vela, con su vena escatológica de costumbre–. Ojalá salgamos tan bien librados como del anterior.

Pero no sería así en absoluto. Aquel nuevo caso cambiaría la vida de ambos para siempre.

FIN

PRÓXIMAMENTE la segunda novela de esta saga.

Gloria, el subcomisario Vela y Mauro tratarán de descubrir la verdad en este nuevo caso. Y deberán afrontar inesperados retos y misterios. Retos tan complejos que Gloria, para resolverlos, tendrá que pedir ayuda al moribundo Antonio Inglés, confinado en la enfermería de la cárcel de Castellón.

¿Las cosas se hicieron bien en el caso Asunta?

¿Siguen libres los asesinos de las niñas de Alcasser?

¿Por qué no aparece Alessandra? ¿Está viva o muerta?

Lo cierto es que la forense no ha dicho su última palabra y muchos misterios están aún por desvelarse.

Muy pronto en

YO MATÉ A LA PEQUEÑA ASUNTA

Nota final

(Por Javier Cosnava)

Llegué a una localidad vecina a Picassent y a Alcasser a finales de los 90. Viví en ella casi doce años y transité por muchos de los lugares que aparecen en esta novela. El recuerdo del caso Alcasser aún estaba presente en las gentes (no había pasado ni una década), a las que no les gustaba hablar del tema, y menos que se conociese su localidad tan solo por aquellos horrendos crímenes.

El último año de mi estancia en la zona estuve viviendo con mi novia, la que hoy es mi mujer, antes de marcharnos a vivir a Asturias, de donde ella es natural. En el presente, y precisamente junto a mi mujer, hemos construido la ficción que acabas de leer en torno a este caso, una ficción dominada sobre todo por el respeto. Porque nuestro primer objetivo era ser respetuosos con las víctimas, sus familias y hasta con los lugares que transitaron. Las

descripciones son superficiales e inexactas ex profeso. Lo hemos preferido así y esperamos que el lector lo entienda.

Casi todos los personajes vinculados realmente al caso Alcasser o son inventados o se les ha cambiado el nombre. Así, fueron seis y no siete los forenses que hicieron las autopsias a las niñas. El séptimo, pura invención, es el que sale en la novela. De la misma forma, la única testigo que aparece en la novela, Conchita Segovia, aunque existió y lo que cuenta está extraído de su declaración jurada, no se llamaba Concha ni se apellidaba Segovia. Algo muy parecido, pero no igual.

No usamos apenas valencianismos, aunque las gentes de la zona hablan de una forma muy específica y utilizan unos modismos y frases hechas propias. Tampoco quise usar en exceso jerga carcelaria ni ninguna otra jerga o forma de hablar, como la que utilizan las gentes del barrio de la Barceloneta, con giros del catalán central. No estoy muy a favor del abuso en la novela negra o policíaca y no creo que aporten verosimilitud, aunque ese es otro debate. Como en otros temas, buscábamos la claridad.

Nos hemos saltado toda la historia relacionada con el vídeo snuff de Desirée, en el que supuestamente se ve cómo se la tortura y finalmente es asesinada. El periodista que asegura tenerlo jamás lo ha mostrado y hasta que llegue ese día considero todo lo relacionado con esta historia una invención. De hecho, ni siquiera cito esta controversia en la novela. Los temas escabrosos sin base alguna no aportaban nada y los he desechado.

Tampoco hemos querido citar de forma específica la carta en que el forense de las familias critica de forma abierta las autopsias iniciales. Ya queda bastante claro el asunto de las autopsias y no hacía falta echar más leña al fuego.

El juicio, que hemos oído va a ser el punto central de un documental a punto de estrenarse en Netflix, tampoco era un tema que suscitase nuestro interés. Nunca hubo pruebas de peso contra Ricart ni contra Inglés. Morfologías de cabellos similares a Ricart en un cadáver y en uno de los coches del acusado un pelo parecido al de una de las víctimas. Poco más. La policía tenía la confesión de Ricart y en torno a ella construyó un caso. Es algo habitual y lógico. Por mucho que se quiera ver lo contrario, en el juicio en sí

no vimos misterio alguno ni nada que nos interesase novelar.

La novela se sustentaba sobre una delicada línea, la de mostrar que nada hace pensar que Inglés y Ricart estuvieron implicados en el caso, y la de explicar al mismo tiempo que una conspiración de policías, forenses y políticos es una estupidez. Construir una novela entretenida a partir de esas dos premisas (para muchos excluyentes) fue todo un reto.

Y el resto es ficción. Si los lectores responden, vamos a seguir buceando en algunos casos criminales del presente y el pasado, tratando de explicarlos de una forma clara y entretenida, huyendo de dogmatismos y, como siempre, con el máximo respeto para las víctimas y sus seres queridos.

Por todo ello, no será el último caso de Gloria Goldar. De hecho, ahora mismo está a punto de enfrentarse a un nuevo desafío. Tal vez el más difícil de su carrera. Os sorprenderá tanto o más que este primero.

Asturias. Diciembre de 2018

Sigue a Javier Cosnava y a Teresa Ortiz-Tagle en facebook o twitter

Instagram: teresaortiztagle

Twitter: @cosnava

Facebook: Cosnava

Instagram: cosnava

Podrás estar al tanto de ofertas, novedades y mucho más ;!!

OTRAS OBRAS DE LOS AUTORES

Teresa Ortiz-Tagle es un autora asturiana cuyas obras se centran en descubrir mujeres a lo largo de la historia, heroínas que realizaron grandes gestas y han sido olvidadas con el paso del tiempo. Esta es su primera incursión en la novela policíaca.

Destacan entre sus obras:

-MUJERES DE AL-ANDALUS: Fátima y Asunta, abuela y nieta, buscarán un enigma increíble que las llevará hasta los confines del Islam y los reinos cristianos. *Una obra que lleva ya varios meses entre las más vendidas en novela histórica en español en Amazon.com.*

-LA DAMA DEL AMAZONAS: Aventuras, acción, misterio y una mujer que luchó hasta más allá de cualquier límite. La más grande historia de amor del siglo XVIII. Y tal vez la más grande de todos los tiempos

Javier Cosnava es un autor de novela policíaca y también de novela histórica. Especializado en la segunda guerra mundial. **Lleva ya cerca de dos millones de descargas digitales de sus obras.**

Destacan entre su producción

-LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA

-EL JOVEN HITLER

-ESPAÑA, LA NOVELA

-ASESINATO EN MAUTHAUSEN

-Y la saga de novelas de ZOMBIES DE LENINGRADO

Índice

Javier Cosnava / Teresa Ortiz-Tagle

El Asesino de Alcasser

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

I

II

III

SEGUNDA PARTE

IV

V

VI

TERCERA PARTE

VII

VIII

IX

CUARTA PARTE

X

XI

XII

QUINTA PARTE

XIII

XIV

XV

SEXTA PARTE

XVI

XVII

XVIII

SEPTIMA PARTE

XIX

XX

XXI

XXII

EPÍLOGO

Nota final